

48ª REUNION — 2ª SESION EXTRAORDINARIA (Continuación) — DICIEMBRE 4 DE 1953

Presidencia del doctor Antonio J. Benítez
y de don José V. Tesorieri

Secretarios: doctores Rafael V. González y Eduardo T. Oliver

Prosecretario: doctor Enrique A. Pardo

DIPUTADOS PRESENTES:

ACOSTA, Policarpo
ACUNA, Judith Elida
AGUILAR de MEDINA, Generosa D.
ALBARELLOS, Juan
ALBRIEU, Oscar E.
ALENDE, Oscar Eduardo
ALONSO, José
ALVAREDO de BLANCO SILVA, Obdulia
ALVAREZ, Magdalena
ARGAÑA, José María
ARGUMEDO, Celfa
ARIAS, Jesús Pablo
ASTORGANO, José
ATALA, Luis
BALBI, Aimar A.
BENITEZ, Antonio J.
BIDEGAIN, Oscar E.
BIONDI, Josefa
BLASI, Héctor A.
BRIGADA de GÓMEZ, Josefa Dominga
BRIZUELA, Juan Francisco
BUSTOS FIERRO, Raúl C.
CAMPANO, Guillermo M.
CAMUS, E. P.
CANTORE, Luis
CABALLIDO, Dorindo
CARENA, Ezio Armando
CARRERAS, Ernesto
CARRIZO, Francisco Isidro
CASTAGNINO, Héctor
CASTRO, Orlando
CASUCCIO, María Elena
CAVIGLIA de BOEYKENS, María C.
CLEMENT, Fernando Abel
COBELLI, Francisco
CHALUP, Hugo del Valle
DACUNDA, Angélica E.
DA ROCHA, Alejandro J.
DEGLIUMINI de PARODI, Delia D.
DEIMUNDO, Antonio J. C.
DEL RÍO, Arturo R.
DE PRISCO, Guillermo
DÍAZ DE VIVAR, Joaquín
DI BERNARDO, Almerindo D.
DISKIN, David
D'JORGE, Luis
DOMÍNGUEZ, Carlos Joaquín
DOMÍNGUEZ, Roberto
DUSSAUT, Santiago
ESPEJO de RAMOS, Juana Alicia
FASSI, Santiago Carlos
FERNÁNDEZ, Expédito
FERNÁNDEZ, Hernán S.
FERRER ZANCHI, Alfredo G.
FLORES, Francisca A.
FONTANA, Alfredo
FORTEZA, Eduardo J.

GAETA de ITURBE, Dora Matilde
GAGO, Bernardo
GALLO, Luis M.
GARCÍA, Juan C.
GIANOLA, Jorge N.
GOBELLO, José
GOITIA, Carlos Inocencio
GÓMEZ, Manuel Vicente
GONZÁLEZ, Antonio F.
GONZÁLEZ, Santos
GONZÁLEZ, Ventura
GRAMAJO, Rodolfo
GRÓ, Carlos
HERMIDA, Antonio
IDOMANICO, Humberto
LABANCA, Enrique V.
LANFOSSI, Adolfo
LATELLA FRIAS, Donato
LOGUEBCIO, Dante N.
LÓPEZ, Gerardo
LÓPEZ, Noé
LÓPEZ, Pablo
LÓPEZ, Plácido Guillermo
LUNA, Pedro Antonio
MACABATE, Manuel E.
MACRI, Ana Carmen
MARCÓ, Teodoro E.
MARTINEZ, Darwin
MATTIS, Eduardo
MERLO, Patrocinio
MESSINA, Bernardo R. A.
MIEL ASQUIA, Angel J.
MIGUEL de TUBÍO, Josefa
MONTES, Abel
MORENO, Silverio
MORESCHI, Humberto P.
MOYA, Isaac Donald
MUSACCHIO, Miguel
NUDELMAN, Santiago I.
ORDÓÑEZ PARDAL, Pedro A.
ORLANDI, Bómulo E.
ORTIZ de SOSA VIVAS, Dominga I.
OSELLA MUÑOZ, Enrique
OTERO, Pedro Ramón
PALLANZA, Adolfo
PARINO, Edmundo
PAZ, Edvino Alfredo
PELLERANO, Jorge S.
PERALTA, Angel Enrique
PERETTE, Carlos H.
PEREZ OTERO, Tito V.
PERICAS, Luis
PIOVANO, de DE CASTRO, Mafalda
POSADA, José B.
PRACANICO, Zulema N.
PRESTA, José
RAVIGNANI, Emilio Juan F.
RINALDI, Luis
ROCAMORA, Alberto L.

ROCHE, Luis Armando
RODRIGUEZ, Celina E.
RODRIGUEZ, Manuel Félix
RODRIGUEZ de COPA, Seferina del C.
ROUGGIER, Valerio S.
RUMBO, Eduardo I.
SÁINZ, Héctor Agustín
SALABER, Carmen
SALVO, Hilario F.
SANTUCHO, Oscar D.
SCANDONE, Eduardo Ernesto
SIBOLDI, Agustín
SPACHESSI, Modesto A. E.
TEJADA, Beato Miguel
TEJADA, María Urbelina
TESORIERI, José V.
TOFANELLI, Oreste
TOMMASI, Victorio M.
TORTEROLA de ROSELLI, Isabel A.
ULLOA, José Manuel
VERGARA, Amando
VILLAFANE, José María
VILLA MACIEL, Otilia
WEIDMANN, Rodolfo A.
ZEREGA, Oreste A.

AUSENTES, CON LICENCIA:

CAMPORA, Héctor J.
DEGREEF, Juan Ramón
PEREZ, José C.
PIAGGIO, Juan José
PRESTE, Pascual N. H.
QUEVEDO, José C.
VILLARREAL, Pedro

AUSENTES, CON AVISO:

AGÜERO, Teodomiro de la Luz
BELNICOFF, Manuel
GOMIS, Pedro A. J.
LANNES, Héctor L.
MAESTRO, José Ángel
PICERNO, José E.
RABANAL, Francisco

DELEGADOS PRESENTES:

BARRERA, Néctar A.
ESCARDÓ de COLOMBO BERRA, P.
FADUL, Esther M.
FERNÍCOLA, Elena A.
MARINO, Ramón
MONTAÑA, Agapito
PAROLIN, Orlando L.
POLO, Antenor
RÍOS, Octavio A.
RODRÍGUEZ GALLARDO, ...
SAN MARTÍN, Pedro J.

SUMARIO

1.—Consideración del despacho de las comisiones de Asuntos Constitucionales y de Territorios Nacionales en el proyecto de ley de provincialización de Misiones. (Página 2418.) Se sanciona.

2.—Apéndice:

I.—Sanciones de la Honorable Cámara. (Página 2459.)

II.—Asuntos entrados. (Página 2460.)

III.—Inserciones. (Página 2460.)

—En Buenos Aires, a los cuatro días del mes de diciembre de 1953, a la hora 8 y 20:

1

PROVINCIALIZACION DE MISIONES

Sr. Presidente (Benítez). — Continúa la sesión.

Corresponde considerar el despacho que han producido las comisiones de Asuntos Constitucionales y de Territorios Nacionales en el proyecto de ley por el que se dispone la provincialización de Misiones.

Honorable Cámara:

Las comisiones de Asuntos Constitucionales y de Territorios Nacionales han tomado en consideración el mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo sobre provincialización del territorio nacional de Misiones; y, por las razones que dará el miembro informante, os aconsejan su aprobación.

Sala de las comisiones, 3 de diciembre de 1953.

Oscar E. Albrieu. — Elena A. Fernicola. — Alberto L. Rocamora. — Esther M. Fadul. — Francisco I. Carrizo. — Fernando A. Clement. — Francisco Cobelli. — Dante N. Loguercio. — Gerardo López. — José A. Maestro. — Octavio A. Ríos. — Celina E. Rodríguez. — Pedro J. San Martín.

En disidencia parcial:

Emilio Juan F. Ravignani. — Oscar D. Santucho.

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Declárase provincia de acuerdo con lo dispuesto en los artículos 13 y 68,

inciso 14 de la Constitución Nacional, al territorio nacional de Misiones.

Art. 2º — La nueva provincia tendrá los límites actuales fijados para el territorio nacional de Misiones.

Art. 3º — El Poder Ejecutivo nacional procederá a convocar la Convención Constituyente, que se reunirá en la ciudad capital del territorio.

Art. 4º — La elección de convencionales se efectuará de acuerdo a la ley nacional de elecciones y sobre la base del Registro Nacional de Electores y tendrá lugar en la misma fecha en que se realice la próxima elección de renovación del Poder Legislativo de la Nación.

Art. 5º — Se elegirán 15 convencionales a razón de uno por circunscripción, aplicando el sistema electoral para elegir diputados nacionales vigente en el momento de la convocatoria.

Art. 6º — Para ser convencional se requiere ser argentino nativo y reunir los demás requisitos y calidades que para ser diputado de la Nación. Los convencionales gozarán, mientras dure su mandato, de las mismas prerrogativas e inmunidades que los diputados nacionales y recibirán en concepto de compensación de gastos la suma de siete mil pesos moneda nacional (\$ 7.000) por todo el término de su actuación.

Art. 7º — El cargo de convencional es compatible con el de miembro de cualquiera de los poderes de la Nación.

Art. 8º — La convención deberá terminar su cometido dentro de los 90 días de su instalación y no podrá prorrogar su mandato.

Art. 9º — La convención dictará una Constitución bajo el sistema representativo, republicano, de acuerdo con los principios, declaraciones y garantías de la Constitución Nacional y que asegure la administración de justicia, el régimen municipal, la educación primaria y la cooperación requerida por el gobierno nacional a fin de hacer cumplir la Constitución Nacional y las leyes de la Nación que en su consecuencia se dicten.

Deberá, igualmente, asegurar los derechos, deberes y garantías de la libertad personal, así como los derechos del trabajador, de la familia, de la ancianidad y de la educación y la cultura, estableciendo, además, el carácter de función social de la propiedad, del capital y de la actividad económica. Sus principios no pueden ser contrarios a la Constitución Nacional ni a las declaraciones de la independencia política y económica.

Art. 10. — Toda la legislación vigente en el territorio en el momento de su admisión como provincia quedará en vigor en el nuevo Estado hasta que sea derogada o modificada por la respectiva Legislatura, salvo que el cambio o modificación provenga de la presente ley o de la Constitución de la nueva provincia.

Art. 11. — Pasarán al dominio de la nueva provincia los bienes que estando situados dentro de los límites territoriales de la misma pertenecan al dominio público de la Nación, como así también las tierras fiscales y bienes privados de ella, excepto aquellos que necesite destinar a un uso público o servicio público nacionales. En este caso la excepción respectiva podrá ser establecida por ley de la Nación dentro de los tres años de promulgada la presente ley.

Art. 12. — Mediante convenios entre la nueva provincia y la Nación se determinará cuáles escuelas públicas pasarán a depender de aquélla.

Art. 13. — La nueva provincia procederá a la organización de su Poder Judicial. Cuando se haya procedido a la organización del Poder Judicial local, les serán transferidas las causas tomando en consideración las reglas generales legales que rijan las jurisdicciones respectivas. Igualmente le serán transferidos todos los legajos, registros y actas correspondientes a las causas pendientes.

Art. 14. — Una vez organizada la justicia provincial, habrá dos jueces nacionales de primera instancia, uno en la capital y otro en Eldorado.

Art. 15. — Mientras la nueva provincia no dicte sus propias disposiciones tributarias continuarán en vigencia los impuestos, tasas y contribuciones que rijan al tiempo de su provincialización.

Art. 16. — El gobierno de la Nación continuará percibiendo todos los impuestos y pagando todos los servicios administrativos con arreglo al presupuesto del territorio y a las disposiciones que por esta ley se dictan, hasta seis meses posteriores al día en que se constituyan las autoridades provinciales, sin perjuicio de las transferencias parciales o totales que pudieran hacerse a la nueva provincia antes de la fecha indicada. Este plazo podrá ser prorrogado por acuerdo entre el Poder Ejecutivo nacional y el gobierno provincial.

Una vez que se haya organizado la nueva administración como asimismo el Poder Judicial, se hará la liquidación correspondiente a lo cobrado por las diferentes contribuciones.

Art. 17. — El gobierno de la nueva provincia convendrá con el Poder Ejecutivo nacional las transferencias de los registros y demás antecedentes relativos a impuestos por conducto del Ministerio de Hacienda de la Nación.

Art. 18. — El Poder Ejecutivo nacional efectuará la entrega de los distintos servicios administrativos con sus derechos y propiedades, créditos, activos y pasivos que deban pasar a la nueva provincia por conducto del ministerio respectivo. A tal fin se establecerá la forma y oportunidad de la entrega y las obligaciones a que hubiere lugar.

Art. 19. — A los funcionarios, empleados y obreros que pasen a depender de la administración de la nueva provincia, cualquiera sea el modo de la prestación de sus servicios y la forma de pago se les reconocerá:

- a) Identidad de jerarquía y sueldo;
- b) Aportes realizados;
- c) Término, condiciones y monto jubilatorio.

A todos estos efectos la Nación celebrará con la nueva provincia los convenios respectivos.

Art. 20. — Dentro de los treinta días de promulgada la presente ley, el Poder Ejecutivo nacional designará comisionado en la nueva provincia; cesando el gobernador del territorio, el comisionado asegurará la continuidad de los servicios públicos locales y estructurará la futura administración provincial con arreglo a las disposiciones de esta ley y a las que oportunamente dicte la Convención Constituyente.

Art. 21. — A fin de cumplimentar lo dispuesto en el artículo anterior, el comisionado instalará de inmediato los ministerios de Gobierno, Economía y Asuntos Sociales, y organizará la administración y la justicia locales con arreglo a las instrucciones que le impartirá el Poder Ejecutivo nacional por conducto del Ministerio del Interior y ulteriormente según las normas que establezca la Constitución de la nueva provincia.

Someterá a la aprobación del Poder Ejecutivo nacional el presupuesto de gastos de la provincia y propondrá, asimismo, la asimilación por parte de la administración local de todas las oficinas nacionales con asiento en el territorio, las que deberán transferirse gradualmente a la provincia en todo cuanto no sea materia de competencia federal. A los fines establecidos en este artículo, el comisionado queda autorizado para convenir dichas transferencias con los ministerios respectivos.

Art. 22. — Organizada la administración local, el Poder Ejecutivo nacional convocará a elecciones para que la nueva provincia designe sus autoridades. Una vez constituidas éstas, cesará toda intervención de los poderes nacionales en los asuntos de orden provincial.

Art. 23. — Los senadores y diputados nacionales se elegirán simultáneamente y en el mismo acto en que se elijan las autoridades provinciales. El Poder Ejecutivo nacional fijará los límites de las circunscripciones para esta elección de diputados.

Art. 24. — Los delegados del territorio nacional de Misiones cesarán al tiempo de la incorporación al Congreso Nacional de los diputados electos por la nueva provincia.

Art. 25. — Los gastos que demande el cumplimiento de la presente ley se atenderán de rentas generales con imputación a la misma.

Art. 26. — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Angel G. Borlenghi. — Román A. Subiza.

De los diputados Ravignani y Santucho.

En disidencia parcial, proponen las siguientes modificaciones:

Artículo 4º — La elección de convencionales se efectuará de acuerdo al sistema de representación proporcional y sobre la base del Registro Nacional de Electores y tendrá lugar dentro de los 120 días de la sanción de esta ley. El cuociente electoral se fijará así: 1º — Hecha la suma general de los votos computados en todo el territorio y las del número de sufragios que haya obtenido cada una de las boletas de los partidos, clasificadas según la denominación con que fueron oficializadas, la Junta Electoral procederá del modo y en el orden siguiente:

- a) Dividirá el número total de sufragios por el número de convencionales. El cuociente de esta operación será el cuociente electoral;
- b) Dividirá por el cuociente electoral el número de votos obtenidos por cada lista. Los nuevos cuocientes indicarán los números de convencionales que resulten electos de cada lista. Las listas cuyos votos no alcancen al cuociente carecerán de representación;
- c) Si la suma de todos los cuocientes no alcanzase el número total de convencionales, se adjudicará un convencional más a cada una de las listas cuya división por el cuociente electoral haya arrojado mayor residuo, hasta completar la representación con los convencionales de la lista que obtuvo mayor número de sufragios en la elección. En caso de residuos iguales, se adjudicará el convencional al partido que hubiere obtenido mayoría de sufragios. Para determinar el cuociente no se computarán los votos en blanco y anulados.

2º — En todo lo no previsto regirá la ley nacional de elecciones vigente en el momento de la convocatoria.

Artículo 5º — Se elegirán 30 convencionales por todo el territorio.

Artículo 6º — Para ser convencional se requiere los mismos requisitos y calidades que para ser diputado de la Nación. Los convencionales gozarán, mientras dure su mandato, de las mismas prerrogativas e inmunidades de los diputados nacionales y recibirán en concepto de compensación de gastos la suma de 7.000 pesos moneda nacional por todo el término de su actuación.

Artículo 7º — El cargo de convencional es incompatible con el de miembro de cualquiera de los poderes de la Nación.

Artículo 9º — La convención dictará una constitución bajo el sistema representativo republicano, de acuerdo con los principios, declaracio-

nes y garantías de la Constitución Nacional; y que asegure su administración de justicia, su régimen municipal, la educación primaria y la cooperación requerida por el gobierno federal a fin de hacer cumplir la Constitución y las leyes de la Nación que en su consecuencia se dicten.

Se suprime el artículo 14.

Se suprime el artículo 20.

Se suprime el artículo 21.

Artículo 23. — Los senadores y diputados nacionales se elegirán en el mismo acto en que se elijan las autoridades provinciales y de acuerdo con las disposiciones de la ley nacional 8.871.

ANTECEDENTES

Buenos Aires, 27 de noviembre de 1953.

Al Honorable Congreso de la Nación.

Tengo el honor de dirigirme a vuestra honorabilidad para someter a su consideración el proyecto de ley por el cual se declara provincia al territorio nacional de Misiones.

Este proyecto continúa el plan que ha de culminar con la incorporación de los territorios nacionales a la gran familia federal argentina, a medida que cada uno de ellos vaya alcanzando la madurez social, política y económica que le asegure el pleno goce de su autonomía, mediante la organización y funcionamiento previstos en la parte respectiva (XXIX, E. 25) del segundo Plan Quinquenal.

Que estas condiciones están dadas en Misiones lo sabe todo aquel que siga el desarrollo de los territorios. No es preciso, pues, abundar en datos estadísticos que muestren su densidad demográfica, sus índices de producción y su potencial industrial y comercial para encarecer su derecho a ser declarada provincia.

La intensa vida cívica que se refleja en sus comunas florecientes y el alto desarrollo cultural de sus ciudadanos y sus villas completan el cuadro y sería ocioso recordar a vuestra honorabilidad las vicisitudes históricas que hicieron perder a Misiones su *status* de provincia que hoy venimos a restablecer.

El proyecto que se somete a vuestra consideración sigue las líneas de la ley 14.037, que declaró provincias a los ex territorios de Chaco y La Pampa y las novedades, puramente formales, que a su respecto se introducen, atienden a la experiencia recogida precisamente en el proceso preparatorio de la instalación de las provincias Presidente Perón y Eva Perón.

No dudo que vuestra honorabilidad, con el alto sentido de colaboración demostrado hasta ahora, ha de prestar su apoyo a este proyecto, cuya sanción dará la satisfacción debida a los reclamos de los progresista pobladores del Norte argentino.

Dios guarde a vuestra honorabilidad.

JUAN PERÓN.

Angel G. Borlenghi, — Román A. Subiza.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración en general.

Tiene la palabra la señora diputada por Buenos Aires.

Sra. Rodríguez (C. E.). — Debe la Honorable Cámara considerar el proyecto de provinciali-

zación del territorio nacional de Misiones, enviado por el Poder Ejecutivo a los efectos de que su sanción por el Poder Legislativo importe un nexo de continuidad en el plan de incorporación de los territorios a la gran familia federal. Noble, justo y ambicioso plan es éste en la línea ascendente de esta promovida grandeza contemporánea que, debido a él, fluye por todos los horizontes de la patria.

Se levantan hoy, junto a Estados hermanos, las provincias Presidente Perón, ayer gobernación del Chaco, y Eva Perón, ayer gobernación de La Pampa (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*) El remoto anhelo, el dulce sueño de los antiguos pobladores y de las nuevas generaciones que remediaron las angustias de la soledad y del olvido, con las esperanzas no renunciables ni en la hora de la muerte, de un destino mejor para esos territorios en que nacieron y vivieron con sacrificado esfuerzo, la esencia y la presencia de la argentinidad, culmina en el decenio presente de la recuperación y exaltación de todos los valores nacionales, con la realidad anhelada.

Las tierras sin voz ni personería en el seno del hogar común —la nacionalidad— adquieren el natural derecho de representación política y jurídica que les corresponde. Ese proyecto es el que está a consideración de esta Honorable Cámara, y el alto juicio y el patriotismo limpio que inspiran y deben inspirar siempre sus deliberaciones han de dar una vez más cumplida satisfacción a un asunto que, después de ser un casi desvanecido sueño, es ahora una necesidad que obliga el pronunciamiento que el pueblo espera de sus legisladores.

Llega a turno reivindicativo el territorio de Misiones, y nadie como él posee más claros títulos para que se lo incorpore a la «gran familia federal». Todos han podido hablar y pueden hablar de su presente para justificar su acceso al pleno goce de las facultades constitutivas de que disponen los Estados federales; Misiones puede hablar con cifras y estadísticas refiriéndose a su presente, y con la profunda voz de la historia refiriéndose a su pasado.

Misiones debió ser uno de los primeros grandes Estados argentinos. Si en la revelación del ignorado inmenso continente americano hubieran prevalecido otros factores que aquellos del heroísmo indudable de los conquistadores, y más que de éstos, de los que vinieron tras ellos, sólo para recoger los frutos de esos gloriosos emprendimientos, los próceres de Mayo que crearon la patria y debieron muchas veces esigar recursos en despobladas zonas, se hubieran hallado con la valiosa cooperación de una formación autóctona del litoral, social, religiosa y económicamente organizada, fuerte en su nutrido cuerpo comunal, identificada por la fe y el amor al suelo, y rica, extrañamente rica, por la posesión de metales preciosos, y poderosa por esa otra riqueza fundadora que da origen a todas

las posibilidades de la dicha humana: el trabajo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Otro aspecto tendría la fisonomía territorial del país si los hechos y azarosas contingencias de esa edad lejana se hubieran producido de otra manera. Cuando fenece el siglo XVI y alborae en la conturbada Europa el siglo XVII, España, guerrera y cristiana, levanta la espada y la cruz con imperio de fuerza y misional función evangélica, ante los reinos que la circundan y ante el mundo virgen de las indianas tierras que han descubierto sus soldados y navegantes. Las singladuras de sus naves han explorado ya casi todas las costas de los dos mares y han penetrado el secreto de todos los importantes ríos americanos.

Cortés y Pizarro han dominado a sangre y fuego los dos imponentes imperios: el azteca y el inca; Magallanes ha cruzado como un albatros gigante el brumoso estrecho para ir a caer con mortal cansancio en las islas cenagosas del Pacífico; Solís perece en la costa oriental del Plata, y Gaboto ha llegado desgarrado y anhelante hasta las impetuosas corrientes del Alto Paraná. Ya son reinos indohispánicos el Perú y Chile, gobernación el Plata, y el Paraguay una comunidad sólidamente equipada.

Los otros soldados, los de Dios, piden entonces que la espada se envaine y brillen con eficiencia evangélica el catecismo y el silabario.

El ejército de Jesús ha rendido desde la gesta colombina su sacrificio de sangre misionera en las selvas y manglares americanos; no importa que haya fracasado ese adelantado de la piedad que fué el padre Las Casas, en su glorioso intento de convertir indígenas con la obra de bien y la palabra de amor. En las reservas inagotables de la fe sobran apóstoles para servir al cielo.

La corona, en su real orden del 30 de enero de 1609, encargó la reducción de los indios a los jesuitas, y facultó a la Compañía para su libre radicación en el suelo sudamericano. En 1610 los hermanos espirituales de Loyola empiezan a ampliar en nuestro suelo sus misiones, en dilatadas tierras, apenas reconocidas por las patrullas en tránsito de los conquistadores hispánicos y portugueses. Su extensión primitiva abarca los límites de los dos ríos, el Uruguay y el Paraná. Excede en mucho a los 25,30 grados y 28,10 grados de latitud austral, y 53,28 y 50,05 grados de longitud, a que ha quedado reducida hoy.

Pueblan originariamente esa vasta extensión las tribus guaraníicas, predominando entre ellas la estirpe «caiguá», que aun desdibujada en el conjunto subsiste en nuestros días, pero no en su pureza originaria por las inevitables conmociones que la desgarraron y transfundieron en otros cruces tribales.

La acción de los padres misioneros se realizó libre de toda intervención del poder civil o militar. La orden religiosa fía a la protección de Dios y al contagiante influjo del amor a la cria-

tura humana el destino de sus incipientes organizaciones.

Se han borrado de la visión inmediata del indígena los instrumentos de tortura y las obscuras mazmorras; no hay horcas en las plazuelas ni restalla el látigo del encomendero en los anchos predios, donde un soldado del bien trabaja junto al grupo destinado a la agricultura, enseñándole a preparar la tierra para la siembra; o allá en el otro y en los otros grupos, donde pacientes maestros en construcciones, telares, carpintería, herrería, manualidades y artesanías laboran en la creación material y predicán con el ejemplo, ganando para la civilización el suelo virgen y las vírgenes almas de los guaraníes.

Las comunidades crecen. Las zonas labrantías avanzan empujando las selvas. Se levantan ante el silencio verde las torres de las iglesias, y difunden su pregón de fe las alegres campanas moldeadas con la arcilla roja del propio suelo, vaciadas con la aleación de metales extraídos de sus propias sierras y licuadas al rojo vivo en sus propias fundiciones.

Todo lo emprende la sabiduría jesuítica y todo lo realiza, con sumisa inteligencia y vigoroso músculo, el hombre originario de la caliente tierra colorada.

Si la virtuosa experiencia de aquel que había de ser más tarde el severo defensor del indio contra la impiedad conquistadora, el padre Las Casas, se ha derrumbado casi sin producirse en las inquietas arenas del Caribe, aquí triunfa el bienhechor ensayo civilizador, y su fama cunde por los ámbitos sin término del reino indígena. La raza guaranítica es mansa, sana y laboriosa: la acosaron con el hierro agudo y contestó con la flecha; le ofrecieron paz, vestido, amor y respeto y contestó con la sonrisa abierta y la obediencia leal al culto cristiano y al fecundo aprendizaje de la industria, la producción y la artesanía. Recibió mucho y lo dió todo al entregar su mente a la enseñanza, su brazo al trabajo y su corazón a la nueva fe. Concurren en multitud las tribus del Norte y las que vagan por las márgenes occidentales y orientales de los dos grandes ríos que cercan con límites de aguas las organizaciones misioneras.

Cada masa concurrente da origen a una nueva creación; se multiplican los alvéolos del enorme colmenar. Llegan a constituir treinta y tres comunidades ahitas de gente. Cuando las estadísticas de los padres jesuitas comprueban que han sido superados los 100.000 habitantes—cantidad que entonces no poseía ninguna ciudad ni colonia sudamericana— las campanas misioneras se echan a vuelo y la oración agradecida sube a los cielos por 100.000 bocas en acción de gracias a aquel que ha hecho posible el milagro de paz, de dicha y de belleza.

La producción supera al consumo interno y rebosan de abastecimientos los graneros donde

toda la comunidad guarda sus alimentos en previsión de crisis o accidentes, o para socorrer, si fuera necesario, a las comunidades vecinas.

La selva que en un principio se abatía a hacha o fuego para sembrar, se expolia ahora con observación minuciosa; se ha creado, aunque ello sea en forma rudimentaria, la industria maderera.

Los pueblos misioneros que trabajaron largos años para sus propias necesidades se transforman en exportadores, tienen de todo y les sobra de todo. Todos tienen casa, alimentos y ropas: visten sin diferenciarse, matando desde el comienzo odiosos privilegios: los hombres, camisa, calzón, poncho y gorro; las mujeres, el blanco tipoy que todavía reaparece en los ranchos de aquellas regiones como un lampo albo de la feliz edad desaparecida.

En cada organización hay anualmente un excedente de producción superior a dos mil arrobas de algodón, de yerba mate, de porotos, de arroz, de tabaco, de maíz, de azúcar, de mandioca, cientos de fardos de paño de algodón tejido en sus inúmeros telares, piezas de lana que proporciona la esquila de incontables majadas de ovejas. Se hallan en situación de exportar hasta delicados trabajos de orfebrería y ebanistería.

Ese comercio se desarrolla con un ritmo regular y progresivo: la madera en jangadas, los productos de la tierra en balandrones, en piraguas, en «garandumbas», a lomo de mulas y caballos. Surten las villas del Paraná y del Uruguay, las poblaciones portuguesas, y llegan en sucesión copiosa a la gran aldea, Buenos Aires. Venden y compran lo que caro y tardíamente llega de la península y que ellos no pueden elaborar en sus comunidades.

Son ricos, felices y puede decirse independientes en esa hora de subordinación al mandato ciego del poder peninsular, que dispone a veces de la vida de sus colonias ignorando su estructura social, sus necesidades, sus anhelos y sus intereses, con un diluido conocimiento geográfico que sólo fija el recuerdo goloso y el resplandor en ocaso de la corona de Moctezuma, del oro de Atabaliba, la mina de Zacatecas y la plata de Potosí.

Las comodidades misioneras no tienen que rendir el quinto al rey en áureo metal, no pagan tasas inmobiliarias ni conocen la horrenda ley de la mita, que extermina a sus hermanos en los negros socavones del altiplano. Lo que producen es suyo y del que cerca suyo lo necesite: venden a bajísimo precio lo que les sobra y su corta palabra es humilde y afectuosa, porque han sabido que el Gran Hacedor de todo lo que sus ojos ven está allá arriba y baja cada mañana en la gota de rocío que hincha el brote jugoso de sus surcos y vigila de noche sus casas, sus sembrados y sus animales, a través de las mil pupilas del infinito cielo. A esa

altura, ninguna población de la zona austral es más importante ni mejor organizada, ni más rica por el trabajo, ni más virtuosa por su inocencia cristiana, que la comunidad misionera.

Es evidente, entonces, que si alcanza a promediar el siglo XVIII en paz y aumentada por esa poderosa multiplicación vegetativa, que rebalsa cada año sus ejidos, el alto litoral argentino será uno de los centros más poblados de la América del Sur. Porque ya habían alcanzado los planos primeros de una civilización superior: tenían imprentas, habían editado con gruesos tipos de madera catecismos y abecedarios; labraban con arte estimable coronas para sus santos, pulpitos para sus iglesias, retablos y ornamentos en metales y olorosas maderas que daban majestad y belleza original a sus templos. Tenían también oro acumulado y esa fué su perdición: poseer tanto, hacer tanto, ser capaces de alcanzar tanto y no estar obligados a entregarlo, a empobrecerse para mantener el lujo ocioso de determinadas castas imperantes. Al fin y al cabo, eran indios, acumulaciones de seres inferiores en trance de un mestizaje forzoso, que podrían con el tiempo, en uso de la libertad que disfrutaban, transformarse en pueblos compactos, con conciencia regional y su identificación inmediata, el sentimiento nacional.

Era un peligro y un modelo inquietante del que frecuentemente hablaban los pobres parias esclavizados de otras latitudes. A más era un grave inconveniente: los magnates que recibían «encomiendas» no las querían recibir de tierras vacías, necesitaban indios para que produjeran y sirvieran al señorío voraz. Las tribus amenazadas de leva huían a los bosques o desiertos o se acogían a las misiones. De remotísimas regiones se había venido a incorporar a las comunidades misioneras un clan de doce mil indios.

El pequeño comercio protestaba porque ellos pagaban impuestos y los misioneros no; el gran comercio, que lo constituían en su mayoría los exportadores de cueros y crines, del mismo modo, porque esos competidores vendían a menos precio. De un plumazo, el amo ausente borró del mapa colonial americano aquel paraíso creado por el amor y el trabajo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

El gobernador Bucarelli y Arzúa recibió en 1766 la orden real de deshacer aquellos núcleos maravillosos, expulsando a sus pacientes y geniales organizadores, los padres jesuitas. Se derrumbó entonces el cielo sobre la tierra. Antes que las villas, las represas, las sólidas mamposterías de los hogares y las iglesias se deshicieran por obra del abandono y la depredación humana, se vino abajo, cayó en la sombra, y tal vez para siempre, el alma de las tribus guaraníicas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

No tenía explicación, dentro de esas mentes recién iluminadas por la doctrina cristiana,

aquella crueldad que, a la distancia, como si fuera una fuerza del mal superpuesta a todas las fuerzas del bien, disponía el retiro, con intimaciones de prisiones y cadenas, de aquellos maestros bondadosos que no hicieron otra cosa que trabajar y orar. Jesús había sido derrotado: la celeste divinidad había sido vencida por el rey de los infiernos al que San Miguel había hundido en las tinieblas con su espada en llamas. Se fueron los jesuitas; cayeron como asoladoras mangas de langostas las pandillas del corregimiento, de las fiscalías y demás parcialidades burocráticas; se alzaron látigos y arcabuces, ferraron puertas para presidios y proclamaron bandos de un nuevo orden tiránico, y los indios, bajando la cabeza, se fueron también por grupos: sus maestros, río abajo, ellos, río y selva arriba, en busca quizás del viejo dios Tupá, abandonado pero siempre presente en la soledad húmeda de la jungla.

Hablen aquí las cifras para probar aquella devastación. Al retirarse expulsados los padres jesuitas dejaron documentada esta riqueza de propiedad comunal.

Ganado manso, en pastoreo para consumo y venta, año 1768, 743.608. Cuatro años después, es decir, en 1772, ese ganado fué reducido a 158.699. El cuantioso acervo había sido disminuido en 584.909 cabezas; ovejas, 225.486. Cuatro años después, 93.739; una disminución de 131.747 ovejas. Resumiendo, señor presidente, el total de animales, bueyes, caballos, yeguas, potros, mulas, burros y ovejas sumaban en 1768, 1.132.513, y en 1772, 348.641; una disminución de 783.952 animales en cuatro años.

Como acaece con las cosas eminentes, que desnivele y precipita su propio volumen, este descenso es rápido, vertical. Los rodeos se consumen a destajo, se venden para cubrir gastos burocráticos, se hacen cimarrones en razón de ser desatendidos; la maleza y el bosque invaden las dilatadas tierras labrantías; los implementos de labranza se enmohecen y destruyen; el silencioso éxodo indígena es gradual y continuo. La incapacidad administrativa de los funcionarios ha aniquilado todo en menos tiempo del que necesitaron sus creadores para poner en pie la primera comunidad. Cuando estalla el movimiento emancipador de Mayo, o sea, 42 años después de la expulsión de los jesuitas, aquel emporio populoso no es más que un vago recuerdo de una grandeza desaparecida.

Aun Belgrano, camino al Paraguay, al pasar por aquellas villas desoladas, donde habitan restos desgastados del antiguo clan, intenta reanimar la extinguida fe en Dios, en el trabajo que hace digno y feliz al ser humano, en la patria que ha nacido para orgullo y libertad de sus hijos. Le acuerda un reglamento para la provincia de Misiones, sobre lo cual, «es un hecho histórico —dice un autor— el que debido a sus peculiares circunstancias, fuese el pueblo de Misiones el

primero entre los pueblos argentinos que hubiese tenido una Constitución escrita y esto con tintes de verdadero progreso y libertad».

Vano y patriótico propósito: las misiones se hunden entre marañas y alimañas, se desintegran los núcleos pobladores, ya no existen los vínculos que antes los relacionaban entre sí para trabajar, vivir en afanoso crecimiento y defenderse en las arduas luchas contra la naturaleza, el aislamiento y los contingentes merodeadores, que intentaron más de una vez entrar a saco en sus riquezas. Pero ese crimen, que en otras horas no habían podido cometer, fué un triste suceso que posibilitó el confuso clima de la revolución emancipadora. Sobre la res caída se lanza siempre el ave carnicera. En turbiones rampantes pasaron de un lado y de otro lado las legiones devastadoras, y tras el saqueo la muerte y el incendio; sólo quedaron como índice acusador algunas ennegrecidas torres de los campanarios, sin lengua de bronce ya, ni alientos suficientes para clamar ante los tiempos por aquella tremenda injusticia.

Una quietud germinal de sombra verde envuelve a la región. No existe demográficamente, no se la nombra. Reaparece fuzgamente en el año 20 en una ilusoria república que levanta como un pendón de jirones el federalista romanesco y heroico Ramírez.

Cubre más de medio siglo de la vida nacional esa soledad que amortaja las ruinas de las Misiones. Por fin, en 1884, por ley 1.532, bajo la presidencia de Julio A. Roca, se le declara gobernación con una superficie retaceada de 29.000 kilómetros. Su ingreso administrativo es un hecho cierto pero también un tanto simbólico.

Los poderes delegados allá en la distancia se mueven en el aire. No tienen dónde asirse porque no existe nada o poco menos que nada; bien es verdad que nada reciben para hacer algo.

Es lento y doloroso el proceso de reagrupamiento. Sin embargo, la región es bella y laborable. Tal que si hubiera absorbido la sangre inocente y cálida de sus tribus extinguidas, los senos de su tierra son rojos y fecundos. Su euforia vegetal se expande victoriosa; tocan las nubes las copas rumorosas de su cedro; las vigorosas ramas del timbó se abren en ramos violetas; crecen exuberantes mil especies arbóreas de noble aprovechamiento industrial; el follaje de la yerba mate se aísla con espontáneo nacimiento en medio de la selva. En su sistema orográfico hay sierras que contienen valiosos minerales. Hasta oro sacaron de ellas, suponen las crónicas imaginativas, aquellos relegiosos que con sus tristezas de exilados del lugar se llevaron el secreto de la escondida veta.

Dos inmensos ríos y centenares de arroyos y corrientes la rodean y entrecruzan. «Es el suelo más irrigado del mundo», afirma un reputado escritor. Para probarlo ante la admira-

ción de quien se acerca tiende su pestaña de aguas esa maravilla universal que es el Iguazú. Vale decir, despojada y olvidada, Misiones continúa siendo rica, extraordinariamente rica. (¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.)

Mas esa recuperación de la grandeza evaporada no tiene más que un medio para hacerse efectiva: la acción civil y privada. Lenta reconquista tendrán que realizar sus pocos nuevos hijos y los que llegan, que se deslumbran ante el esplendente panorama y se quedan con la voluntad genésica de echar raíces y dar flor y frutos. Lenta y penosa tarea que se prolonga a través de largos años, pero que no declina, porque los vuelve a unir el amor al suelo, la abundancia de sus aguas, la realidad de esas bellezas y tesoros que tocan con las manos. Más lenta que la dura brega de ellos es la acción oficial. En aquellas épocas, para el angustiado poblador de nuestros apartados territorios, el poder federal es una redonda tortuga que duerme tranquilamente en el blando colchón de la hojarasca política. Cuando camina es para ramonear en los comederos que la nutren. Después, torna a la paz de su dormitorio, es decir, a su politiquería. No importa que se levante en trombas el clamor de las provincias y gobernaciones, que rujan o lloren su miseria las multitudes obreras; no interesa: comamos bien, durmamos bien, negociemos lo que queda a mano sin mirar a quién ni de quién es. Si alguna cosa hay que hacer que la hagan los que vengan cuando nosotros nos hayamos ido, cuando nos echen o cuando nos muramos. Así fué cruzando etapas nuestro país y en uno de sus extremos territoriales, Misiones.

Pero la savia misionera tiene afluentes que vienen de la historia, que desbordan del manantial represado de su sangre guaraní. Trabaja otra vez el misionero animoso y reflorecen sus tabacales y yerbales; cultiva otra vez con más ciencia y experiencia sus tierras generosas que han vuelto a empujar al bosque, y el maciegal torna a hacerse, una vez más, ancha zona de producción negociable, reinicia la explotación maderera y todo lo que en ella sazona o se halla en condición de ser ofrecido al mercado consumidor es absorbido por la demanda comercial.

Su reconocida energía levanta villas que aspiran a ser mayores; desmonta un predio y construye escuelas; abre a machete y hacha una picada y a poco es un hermoso y suave camino; entre un achaparrado resto de taperas y trincheras amontona cal, ladrillos, cemento y el material invisible que es la fiebre creadora de su corazón, y erige la encantadora ciudad que es hoy su capital.

Y todo, o casi todo, lo hizo la fecundidad de esa tierra y la capacidad de trabajo del hijo y del habitante de esa tierra.

Para poner de relieve lo que hicieron los gobiernos oligárquicos por Misiones, cito dos hechos. Al fijarse los límites de la provincia de Corrientes en 1881, la ley 1.149 acuerda al poder federal la facultad de organizar una gobernación, para cuyo sostenimiento autoriza a invertir ¡700 pesos por mes! Es un espejo histórico que refleja el pensamiento y la obra de las viejas castas gobernantes este vergonzoso presupuesto.

En 1914, en carácter de impuestos y tasas fiscales, incorpora Misiones anualmente un millón y medio de pesos al Tesoro nacional. El gobierno nacional invierte en sueldos y gastos generales de esa región una cantidad que no excedió nunca, hasta entonces, los 200.000 pesos anuales. Es igualmente otro espejo de elocuentes refractaciones.

Con ese pasado y ese presente encuentra el general Perón a la caliente y fecunda región de las tierras ferruginosas en 1946.

Señor presidente: hasta Misiones llega inmediatamente la obra justicialista de Perón, y junto a él va la obra del amor, es decir, va Eva Perón (*Aplausos*), repletos sus brazos generosos a aliviar el dolor y la miseria de los humildes, y es la voz de ella, la voz dulce y enérgica de Eva Perón, la que se escucha en este Honorable Congreso solicitando por medio de una nota, en su carácter de presidenta del movimiento peronista femenino, se dicte la ley que convierta a La Pampa y al Chaco en nuevas provincias argentinas. Pide ella, oyendo el viejo clamor de los territorios nacionales, se haga realidad en la hora tan ansiada de justicia, lo que establecía y establece la Constitución. Hoy sonreirá feliz desde las alturas porque llegó la hora de Misiones.

Señor presidente: gracias a Perón y a Eva Perón están en este recinto los delegados de Misiones. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*) Con ellos todos los delegados de los restantes territorios nacionales. Sé de la felicidad que les embarga, del deseo de manifestar su agradecimiento profundo y sentido por este otro sueño hecho verdad. Por eso se acortan mis palabras hacia aquella santa mujer, inteligentemente emprendedora, que todo lo abarcó y todo lo dió para la felicidad de su pueblo.

Que la provincialización de la gobernación de Misiones, cuyo proyecto firma el general Perón, presidente de los argentinos, sea otro paso más hacia la unión de esta gran familia que forma nuestro suelo y que tiene una sola meta y una sola ansiedad: patria libre, justa y soberana. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados. Varios señores diputados rodean y felicitan a la oradora.*)

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Ravignani. — Substancialmente este asunto incumbe a la Comisión de Territorios Nacionales, de modo que la participación de la Comisión de Asuntos Constitucionales debiera concretarse exclusivamente a aconsejar, en cumplimiento de la Constitución que nos rige, la provincialización del territorio nacional de Misiones.

Esta provincialización viene muy demorada si se tiene presente la transformación económica y social que se ha operado en esa región del país, de características tan singulares y de riqueza tan inmensa.

Comienzo por decir que la elaboración del despacho ha sido un poco penosa y apresurada y que nuestra disidencia finca en aspectos parciales del proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo. Tanto es así, que en las pruebas de imprenta faltan las firmas de los miembros de la Comisión de Asuntos Constitucionales, que recién ahora han sido recogidas.

Después de una larga y penosa sesión realizada ayer, las dos comisiones tuvieron una reunión conjunta y hemos proyectado nuestra disidencia, ya que el trabajo de la mayoría fué hecho respetando totalmente el lineamiento del proyecto.

Quiero referirme no tanto al cuadro histórico-social que en forma inspirada y de alto vuelo literario ha hecho la señora diputada preopinante, que contiene hermosas páginas de literatura justamente en esta materia misionera que ha inspirado grandes obras literarias en el pasado y las sigue motivando en el presente. En el pasado hay, como saben los señores diputados, obras fundamentales que constituyen una rica y esencial bibliografía. Y en la época contemporánea, hay obras literarias de valor estilístico como *El imperio jesuítico*, de Leopoldo Lugones, aunque no coincide con ciertas inferencias que ha hecho la señora diputada con respecto a la expulsión de la Compañía, producida en el año 1767.

Sr. Rumbo. — ¿Cuál es la opinión del señor diputado sobre la expulsión de los jesuitas?

Sr. Ravignani. — Señor diputado: estoy informando y no absolviendo posiciones. De mi exposición inferirá lo que el señor diputado, con su talento, está en condiciones de poder inferir.

Sr. Rumbo. — Pero sería interesante la opinión del señor diputado sobre ese problema.

Sr. Ravignani. — No quiero anticipar mi exposición ni mis razones, como comprenderá el señor diputado. El problema de la expulsión no es tan sencillo, porque responde a la alta política del siglo XVIII, que no procede debatir en este momento, en que tres monarquías cristianísimas y hasta un pontificado estuvieron implicados. Con estas palabras entiendo haber contestado la pregunta del señor diputado.

La zona misionera, llamémosla así, ha sido una amplia zona en una región del país rioplatense, en la cuenca de los ríos Paraná y Uruguay. Y digo la cuenca, porque ha comprendido no sólo los grandes ríos sino todos sus grandes afluentes y además ha afectado al orden social interno en la lucha entre comuneros y la Compañía de Jesús, en la lucha entre españoles y portugueses por las ricas regiones misioneras, y en las luchas políticas de nuestra emancipación.

En realidad la gran zona misionera comprende esencialmente Paraguay, Corrientes, Uruguay (su región oriental), que dió lugar a la famosa defensa de los siete pueblos, donde por primera vez los indígenas revelaron sentimientos de amor a la tierra defendiendo su región misionera de la entrega a los portugueses, a raíz del tratado de permuta de 1750.

Misiones fué una rica región...

Sra. Fernícola. — Es una región muy rica.

Sr. Ravignani. — ...densamente poblada. Yo he visto el censo de Misiones en el Archivo General de la Nación; y, además, por los conocimientos que he podido adquirir, la población ascendía a 140.000 indios adoctrinados que vivían en las regiones de la antigua provincia de Guayrá, que tuvo que desplazarse precisamente por la política portuguesa y refugiarse en la región argentina, expandiéndose a la región oriental del río Uruguay con los siete famosos pueblos, que fueron prósperos.

Misiones cultivó especialmente el reino vegetal. Produjo la yerba, con la que se alimentaba no sólo la región argentina sino que se extendió a toda la América hispana, incluso hasta la zona peruana. He visto el movimiento estadístico de la flota que tenía la Compañía de Jesús, con la que se hacía un amplio comercio de yerba misionera con las regiones santafecinas, porteñas y del interior. En honor a la verdad debo decir que después la yerba misionera adquirió un cultivo más científico, cuando un sabio, ex compañero del gran Humboldt, Aimé Bonpland, logró la transformación científica del *Ilex paraguayensis*.

Misiones es una tragedia en la historia argentina, especialmente en la época a que se ha referido la señora diputada informante. No voy a detenerme en el aspecto histórico de la colonización misionera que, creo, fué la única colonización que pudo realizarse con el indio.

He sido uno de los cultivadores en nuestro país de la historia que ha exhumado, por una concesión de la Compañía de Jesús, las primeras cartas anuas de la región misionera en dos tomos. Tenía preparados cinco tomos cuando vi cortada mi carrera en el Instituto de Historia de la Universidad de Buenos Aires. En esas cartas están los informes provinciales de lo que era Misiones en el período colonial. Puedo decir que no fué un problema de per-

secución exclusivamente a la Compañía de Jesús, sino un problema de alta política de la época del despotismo ilustrado del siglo XVIII, en la que estuvieron embarcados los reyes Luis XV y Carlos III, y el marqués de Pombal, ministro portugués. Y además arrastraron al pontificado, que, por razones políticas, se vió obligado a disolver la Compañía de Jesús, medida que considero un gravísimo error que se ha cometido contra esa gran Compañía.

Sr. Rumbo. — Esa es la opinión que quería conocer del señor diputado.

Sr. Ravignani. — La tragedia de Misiones es otra, y se produce después de la expulsión de los jesuitas, al crearse la zona sujeta al gobierno militar de Misiones.

Los portugueses tuvieron siempre el ansia de llegar a la región del Plata. Los argentinos tuvimos dos guerras: la de la Independencia y la de la recuperación de la provincia Oriental, usurpada por el avance lusitano.

En aquella época Misiones estaba muy poblada. El indio era un hombre de trabajo. Su territorio era extenso y comprendía varias poblaciones que en la actualidad no pertenecen ya a la región misionera, porque hay una confusión en la parte correntina, en el orden territorial. Basta recordar de aquella época de los gobiernos militares que el padre de San Martín fué gobernador de Misiones, y que en Yapeyú nació nuestro gran héroe y nuestro gran Libertador.

También quiero dejar sentado que hemos defendido cualquier insinuación posible de que San Martín no hubiera podido ser de origen misionero ante otras pretensiones que se han difundido.

Misiones era una región rica en ganado. No olvidemos que integró estas regiones a las que se llamó en la historia económica del siglo XVIII y parte del XIX, por parte de los europeos, las regiones del cuero y de la carne y que, en consecuencia, los portugueses realizaban constantemente —mediante las famosas invasiones de los mamelucos y de los bandeirantes— saqueos en los campos orientales y en nuestra región misionera.

Los lusitanos siempre estuvieron en armas, viniendo de la región de Río Grande que perdimos a raíz del tratado de San Ildefonso de 1777, en el que triunfó la diplomacia lusitana, que siempre fué mucho más hábil que la española.

Misiones contó con poblaciones construídas en piedra por los indígenas, como las de San Ignacio, que se han declarado monumento nacional. Precisamente en el proyecto sobre declaración de monumento nacional, siendo yo miembro de la Comisión de Monumentos Históricos, he puesto mi firma para que fuera declarado monumento nacional la región de San Ignacio.

Como ven los señores diputados, tengo algún afecto por la gloria histórica misionera.

Misiones llegó a ser provincia y perteneció, desde el punto de vista político y militar, al conjunto de la región litoral federalista, que estaba por la acción artiguista hasta 1820, en que Ramírez venció definitivamente a Artigas y éste se refugió en el Paraguay, quedando como prisionero del dictador Francia.

¿Qué pasó en Misiones? Misiones fué provincia, las huestes de Andresito, indígena, integraron nuestras fuerzas federales; las huestes indígenas misioneras lucharon por nuestra independencia e integridad nacional, y las huestes de Andresito pelearon bravamente y defendieron un sentido federalista profundo que significaba el federalismo del litoral rioplatense —en eso fueron solidarios con los correntinos, entrerrianos, santafecinos y un gran núcleo de la provincia de Buenos Aires, especialmente de sus campañas—, que luego se extendió a la región de Córdoba, llegando su influencia hasta la región de Córdoba, Tucumán y Mendoza, donde San Martín era gobernador intendente.

Los portugueses no perdonaban la resistencia misionera y saquearon e incendiaron esa región. Los argentinos fuimos víctimas de esos avances lusitanos que fueron convirtiendo las ricas regiones explotadas en eriales; pero la naturaleza era más vigorosa que la propia destrucción del hombre y volvía a surgir esa región natural a que se ha referido la señora diputada.

Misiones estuvo representada en el Congreso de 1824-1827; fué provincia que intervino en la organización nacional en esos momentos. Después se separó de Corrientes, firmó tratados interprovinciales y luego vino la paralización de la vida de Misiones hasta que tuvimos que sufrir el enorme desgarramiento de varios miles de leguas de tierra en nuestras cuestiones de límites con Brasil, cuando se discutió la cabecera de los ríos y la ubicación de los mismos. Entonces Río Branco —¿por qué no vamos a decir la verdad?—, con más habilidad y con más conocimiento, sobre todo geográfico y cartográfico, venció a la defensa argentina frente al árbitro de Estados Unidos y perdimos tierra que, afirmo, era argentina.

Si hubiéramos tenido entonces los conocimientos actuales, que hemos ido adquiriendo en la formación de una escuela histórica argentina, Río Branco no hubiera ganado fácilmente el pleito, pues él se fundaba en el famoso falso mapa de las Cortes para establecer zona de ríos que estaban realmente mal trazados en la defensa argentina.

Sr. Rumbo. — Con la complicidad de alguna cancillería europea se perdió el pleito a que tan acertadamente se está refiriendo el señor diputado Ravignani.

Sr. Ravignani. — Quiero referir esta anécdota. Cuando he estudiado el problema misionero, he encontrado legajos de documentos preparados

en el Archivo General de la Nación que nos daban la razón y que no habían sido siquiera abiertos. Asomaron lágrimas a mis ojos de argentino al comprobar el abandono que se había hecho de la soberanía nacional. Frente a la patria hay que decir la verdad. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Rumbo. — Exacto. Esa es la incuria y la traición que el peronismo viene enjuiciando.

Sr. Ravignani. — ¡No es imputable al radicalismo!

Sr. Rumbo. — No hago ese razonamiento. Estoy juzgando un hecho histórico en su posición trascendente.

Sr. Ravignani. — He querido señalar desde el punto de vista de su valor histórico lo que Misiones significa como territorio nacional y su influencia en el progreso argentino, por lo cual ha motivado la iniciativa de nuestro partido para convertir ese territorio en provincia. Nuestro colega en la Comisión de Territorios Nacionales, el señor diputado Santucho, se ocupará con brillantez de otros aspectos del problema.

Después del 80, cuando se realizó la conquista del desierto y se avanzó en todos los ámbitos, al Norte y al Sur, se pensó en la organización de los territorios nacionales y se instituyeron las gobernaciones nacionales. Con respecto a Misiones, está demorada la solución definitiva del problema.

Misiones ha crecido enormemente. Por su valor económico y demográfico, por su tradición histórica, por lo que significa en la vida del país, Misiones debe ser provincia. Por ello, votamos la provincialización y subscribimos el despacho en general.

Nuestra disidencia es parcial y referente a la constitución de la convención y a la organización futura de la nueva provincia.

La constitución de Misiones debe ser el fruto de todas las fuertes corrientes de opinión que existen en ese útil y gran territorio. No es posible que cuando se ejerce la autonomía local y se dé su propia constitución, fuertes núcleos de opinión queden excluidos, porque de la concurrencia de todas esas opiniones sale realmente el sentido institucional que debe gobernar a esta provincia —esperemos que por muchos años— y que debe darle la prosperidad.

No se trata de establecer quién es mayoría y quién minoría; se trata de ver cuál es la fuerza ponderada de un pueblo laborioso como el misionero, y sería una gran injusticia institucional excluir de la estructuración de un sistema de gobierno provincial representativo y republicano a grandes núcleos por la cifra matemática de un voto más o de un voto menos.

Sostenemos, constitucionalmente, el sistema proporcional, como lo habían proyectado los señores diputados Alende y Nudelman y, en consecuencia, creemos que esa válvula que significa el escape de las fuerzas de opinión daría más solidaridad entre todos los habitantes que

forman ese territorio. Digámoslo de una vez por todas, señor presidente: la solidaridad nace de la concurrencia en la administración de la cosa pública y en la estructuración institucional. En este tiempo no puede haber simplemente vendedores y vencidos; todos son argentinos, todos son ciudadanos, y esa enorme fuerza de opinión tiene que ser respetada y llevada a los estrados de una convención constituyente, tal como lo planea el despacho de la minoría.

En cuanto a la otra forma ulterior hay algunos aspectos cuyo análisis haremos oportunamente y que no podemos aceptar a esta altura de la historia institucional de la República, como el de la justicia. No nos damos cuenta de la necesidad de introducir nuevos funcionarios en la administración del territorio de Misiones. El actual gobernador responde a la tendencia política que representa a la mayoría. El territorio vive en orden. En consecuencia, no hay por qué hacer ninguna transformación fundamental nombrando un comisionado ad hoc.

Con estas breves palabras dejo fundado el punto de vista institucional de nuestra representación como miembro de la minoría de la Comisión de Asuntos Constitucionales. Sólo pido a todos los diputados de este Parlamento que iniciemos esa solidaridad nacional que tanto se preconiza, y esa pacificación nacional a la cual tanto se exhorta, permitiendo que todas las opiniones argentinas puedan manifestarse en los estrados de una estructuración constitucional como la de la provincia de Misiones. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

—Ocupa la Presidencia el señor vicepresidente 1º de la Honorable Cámara, don José V. Tesorieri.

Sr. Presidente (Tesorieri). — Tiene la palabra la señora delegada por Misiones.

Sra. Fernícola. — Señor presidente: desde la inmortalidad gloriosa, presente con su brío de heroína resuelta y obstinada como visionaria providencial de la patria redimida, la Jefa Espiritual de la Nación quiso que el día 26 de noviembre de 1953, cuando se cumplía un año y cuatro meses de su tránsito al seno de los elegidos, convocada esta Honorable Cámara a sesiones extraordinarias, se diera entrada entre los proyectos de ley correspondientes, al de provincialización de Misiones, y que en feliz coincidencia le tocara en turno izar la sagrada bandera de los argentinos, a un representante de Misiones, como señal de que no nos olvida, como signo de que el amor de su pueblo es plegaria que trasciende hasta el trono de Dios y su triunfo prevalece con la voluntad de los que tienen fe en los humildes. (*¡Muy bien!*) No en vano se ha dicho que la voz del pueblo es la voz de Dios, y la señora Evita desde el cielo

nos hace oír su acento vibrante y enardecido por su pasión de justicia, inflamada por el sacrificio y embellecido por la bondad infinita de su corazón bendito. Y es invocando su nombre venerado que hablaré por Misiones en forma clara, sencilla, con lenguaje humilde y sincero, como me manda decir aquí el pueblo de Misiones.

¡Gracias, mi general! Nuestra gratitud entrañable refirma la lealtad juramentada, consolidando en bloque inquebrantable la unidad solidaria de los trabajadores, manantial creador de la nueva Argentina que vive con el alma de Eva Perón y nutre en el genio del líder, general Perón, sus energías de coloso. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

¡Gracias, mi general! Repetimos incesantemente, levantando con la voz del júbilo el grito fanático de dar la vida por Perón y por Evita. Esto tan sencillo y humano es la palpitación emocional de Misiones en estos instantes de restauración provinciana, porque es la verdad que nosotros los misioneros siempre vivimos con la dignidad de la ciudadanía, orgullosos de la historia de nuestra patria chica, que informa de hechos que demuestran y enseñan que contra todas las adversidades prevalece la fatiga de los mártires, de los descamisados, enrolados ayer en las filas de la epopeya emancipadora, y en los tiempos actuales enarbolando las banderas del justicialismo como heraldos y avanzadas bravías de una nueva era peronista. Bueno es que sus resonancias lleguen hasta este Honorable recinto, porque cuando ya el valor de la señora Evita y la doctrina nacional del general Perón han reivindicado los derechos de Misiones, oímos algunas voces que tardíamente en la medida del sentido común, irresponsables, no ya en la dimensión de los siglos, sino de los hechos, intentan vanamente impresionar como defensores de los territorianos, y eso no cuenta con la verdad. Es mi deber declararlo altiva y valerosamente, como nos enseñó en todas las jornadas de su lección sublime la Jefa Espiritual de la Nación, señora Eva Perón, excelsa como capitana de su pueblo: Misiones recupera su dignidad provinciana en la nueva Argentina de Perón y Evita, por mandato del pueblo redimido precisamente por la justicia social, con pleno goce de su soberanía política y dispuesto a desenvolver los potenciales con el dominio de su independencia económica. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Esta realidad pertenece a la era justicialista. Grabémoslo al frente de la provincia restaurada para que no se confundan las edades y aprendan las generaciones que así como la obra del general Perón crece con la magnitud de su figura prócer, así también el amor fructificado de esa mujer maravillosa que fué nuestra inolvidable abanderada, con su ejemplo abofetea desde su inmortalidad la osadía de los aventureros que no titubearon, en un pasado

reciente, en aliarse con los mercaderes que se enriquecieron con la bárbara explotación del mensú.

Nosotros perdonamos, pero no olvidamos. Dura fué la prueba para que tanto dolor quede sepultado por el regocijo de los nuevos tiempos. Nuestra felicidad actual nos hace comprender el valor de los conquistas que debemos al general Perón y a su benemérita y prodigiosa compañera y esposa, señora Evita.

Por eso, cuando por inspiración del Poder Ejecutivo se acuerda a Misiones su jerarquía de provincia, traigo con el amor y la gratitud del pueblo misionero la exaltación de esa tierra colorada que supo de la libertad y que peleó defendiéndola, que acarició una cultura propia y mantiene en sus ruinas los vestigios de su origen noble, cuando los hermanos de la dulce lengua guaraní le dieran forma. Que ésa es una virtud y el máspreciado galardón: crear un estilo que refleja el pensamiento y las aspiraciones de la comunidad.

Emocionada, con el clamor henchido de felicidad, la voz afirma con su voluntad, su fe y su gratitud: ¡gracias, mi general!, porque sin Perón y sin Evita los territorios dormirían el viejo letargo de las esperanzas frustradas. Nadie se llame a engaño imaginando que el progreso hubiera traído reformas semejantes a las que anima el conductor de la nueva Argentina. Basta para comprenderlo el ensañamiento con que se le combatió y la maledicencia con que se trató de deformar su pensamiento y de empañar su nobleza.

Bien lo sabemos los misioneros, escarmentados por un pasado de oprobio. Porque la historia de Misiones, hasta no hace tantos años como para que lo hayamos disipado en la leyenda —y conviene que lo recuerden los falsos profetas de su provincialización— era, para escarnio de la dignidad humana, la infame usurpación de todos los derechos. Se explotaba el callado sacrificio de la selva, en la carne sangrante del mensú. Ante esas ignominias, pensamos que si la tierra misionera es colorada, tiene sus motivos en los ultrajes de los desalmados que sólo vieron en ella una oportunidad para sus ambiciones. (*Aplausos.*)

Misiones, en la nueva Argentina rescatada de las zarpas de la oligarquía colonial por la revolución de Perón y de Evita —que les devuelve sus derechos y los afirma ya para siempre—, debe establecer que fué provincia para los hombres de Mayo y que las contingencias de las luchas civiles jamás pudieron hacer olvidar a su pueblo sus responsabilidades ante la historia de la patria, que es una y debe honrar a la Nación en suma.

Pero no pretenderé retroceder en el tiempo ni en los límites de su territorio en una revisión de carácter reivindicativo, porque confesamos abierta y sinceramente que en la nueva Argentina al redimir al pueblo la justicia

social ha purificado la tierra en plenitud de valores, que han de desenvolverse con la posesión y provecho de la sociedad, considerándonos hermanos en una familia nacional. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Los bienes de la naturaleza ha de valorizarlos el trabajo, y aquí es donde se detiene nuestra unidad, para contemplar en la historia y en el panorama de la nueva Argentina la provincialización de Misiones. Y podemos remontar los siglos comprobando que Misiones, constantemente, desde la conquista española, destacó un carácter típico que la hace original a la crítica y a la crónica. Porque pudo ser inmenso su solar y reunir en su denominación tierras que hoy pertenecen a Paraguay, al Brasil y a Corrientes. Pero hay algo más importante que su extensión territorial, y es su unidad de fe: el misionero, con el amor a la tierra, contraía un deber de solidaridad con sus semejantes. En la comunidad adoctrinada por los jesuitas llegaron a fortalecerse núcleos sociales pacíficos, prósperos y felices.

Luego es de interés histórico el saber que desde la conquista hasta la Revolución de Mayo las vicisitudes alteraron su vida y transformaron los aspectos de sus poblaciones que de fundaciones populosas quedaron reducidas por los saqueos y la destrucción en humeantes despojos.

Hay un interés humano, eminentemente popular, esencialmente social, y es el que presenta un humilde indio acaudillando al pueblo y definiendo en las luchas civiles el espíritu federalista de Misiones. Ese indio, Andrés Guacurarí, para muchos llamado familiarmente Andresito, luchó indomable contra la opresión y alcanzó el título de comandante general de armas conduciendo los ejércitos guaraníes en guerra despiadada, enfrentando a los invasores del imperio portugueses.

Ese período de sacrificios, penalidades y olvidos, Misiones lo vivió con el dolor y la orfandad de los pueblos mártires. Y así como la Junta de 1810 declaró su independencia y le fueron acordados derechos para que enviara sus representantes a la memorable asamblea del año 13, esos nobilísimos títulos no impidieron que fuera víctima de atropellos en sus fronteras. Es que estando el país en guerra contra sus dominadores, cuando era necesaria la unidad, la identidad de una fe, la solidaridad patriótica y el espíritu abnegado de renunciamento, hubo entonces, como ahora, ambiciosos, caudillos temerarios que inadvertidos por su ignorancia de las consecuencias de la confusión, engendraron en la hoguera de la guerra emancipadora los gérmenes de la guerra fratricida.

Luego Misiones despedazada hubo de reconstruirse con su propio esfuerzo, con los hijos de la selva, y más tarde con los sufridos extranjeros que imaginaron un paraíso terrenal, lo que pudo serlo sin la ponzoña de la serpiente del

capitalismo egoísta que aprisionaba a los trabajadores para extenuarlos en una vergonzosa explotación.

Contábamos con la legendaria gesta del indio Andresito, pero sobre su coraje patriota prevalecía la fuerza del enemigo. En realidad, de Misiones poseíamos la jornada de fatiga, ya que el trabajo en vez de ser un aliciente resultaba un castigo, y la rutina presionaba con la densa y sombría certidumbre de que no cambiarían los tiempos de la explotación, porque los gobiernos se sucedían y, como territorio, sus autoridades no consultaban otros intereses que los del privilegio.

Así fuimos avanzando hasta el advenimiento del justicialismo, levantando a fuerza de incalculables sacrificios nuevas poblaciones, pudiendo observarse que por el abandono de las autoridades los extranjeros, como era muy natural que así fuera, enseñaban a sus hijos no ya a pensar en criollo, sino a conservar las tradiciones de la nación lejana de donde provenían.

Este fenómeno, felizmente superado por las previsiones del general Perón (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos*) y la obra educacional portentosa de la señora Evita, tuvo en algunos momentos aspectos alarmantes, y no porque los extranjeros fueran desagradecidos a la tierra que les ofrecía la oportunidad de una nueva vida, sino porque, como en una nueva torre de Babel, se confundían las ideas más que los idiomas. ¿Cómo iban a pensar en argentino esos criollitos sufridos, si vivían sin el amparo de la patria? Con lo que, con el aumento de la población aumentaba para Misiones un peligro de desintegración espiritual, dándose la circunstancia de que antes de sancionar su provincialización, haya sido necesario, conveniente, indispensable, obedeciendo a un sentido de prudencia, verificar antecedentes y confrontar estadísticas, no porque se dudase de los derechos de Misiones para ser reconocida y consagrada provincia, sino para evitar que esa situación hubiera comprometido su destino.

Esta es la verdad que conocen perfectamente bien los misioneros. Por eso quizá resulte interesante señalar que la población de Misiones es de incuestionable mayoría argentina en la actualidad. Los extranjeros son asimilados y sus hijos exaltan su amor por la bendita tierra nativa con el mismo coraje de los que siguieron al Gran Capitán a través de medio continente y al indomable Andresito en la tierra enrojecida de la patria chica. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Y acentuemos una condición debida al justicialismo: los extranjeros fueron asimilados cuando la justicia social iluminó los horizontes de la tierra de sus fatigas, cuando el trabajo se dignificó, cuando se obligó al capital a humanizarse. Recién entonces, en esas condiciones, se argentinizó el pueblo, porque antes el pueblo

no conocía otra bandera que la de su dolor, ni otros ideales que su santa rebeldía para sortear la amenaza constante del látigo y huir, como si la fuga fuera la liberación, aunque en el riesgo dejara la osamenta. Así el mensú, como un símbolo, enjuiciará el pasado. Y sus desgracias serán pruebas condenatorias de los que, fingiéndose afligidos de su suerte cuando ya su situación ha sido fundamentalmente cambiada, intentan atraerse la credulidad de los territorianos con halagos y promesas que, cuando ejercían el poder en el gobierno, despreciaban y no cumplían.

Esta es la terrible evidencia del proceso que culmina con la provincialización de Misiones. Desde ahora en adelante será muy difícil sorprender desprevenido a un territoriano, y menos a un provinciano que ha vivido la humillación y la redención. Porque las canalladas cometidas por las autoridades anteriores a la era peronista, o toleradas con su complicidad manifiesta, son borrones que costará mucho limpiar del historial de ciertos partidos políticos.

La oligarquía entronizó el privilegio de manera inconcebible para una mente cristiana, a pesar de que se llamaban así en su fe los explotadores; sólo volver con la imaginación a ese régimen de terror y de injusticias subleva el espíritu y agita la sangre con los escalofríos de una pesadilla. Porque nadie que no haya asistido al mercado de esclavos de la selva creará, sin resistirse, la descripción de lo que fué diaria realidad, natural y rutinaria. Y tanto que el privilegio, con sus injusticias, asentaba su despotismo como si nunca más pudiera una esperanza alentar la idea de que algo del rigor se atenuaría.

El comercio con las energías claudicantes del mensú no conocía el recato ni el respeto a una autoridad, aunque ésta fuera ficticia. Con el absurdo de que los amos de los grandes obrajes eran paladines de la libertad fuera de sus feudos, pero tiranos implacables en la selva. ¡No lo olvidaremos jamás! Porque cuando se manosea mucho la libertad y no se practica, el síntoma es funesto. Esto lo aprendieron los misioneros en la prédica de los antiguos tiempos y en las realizaciones de los actuales. Y lo recordarán siempre, cuando se intentaba imponerles amor al látigo que hería las carnes del trabajador, sujetándolo con una moral de esclavos, hasta que el general Perón rompió no sólo las cadenas que paralizaban el crecimiento de la Nación, sino también los grillos que tenían al mensú sujeto al abuso de los años de colonialismo.

Este aspecto del proceso de redención de Misiones debe informarse documentalmente para que todos los argentinos, desde la Antártida al Norte, y desde la cordillera hasta el Atlántico, conozcan por qué los misioneros gritan alto con

todos sus pulmones: ¡Gracias, mi general! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*) Y ofrecen, felices, la vida por Perón y por Evita. Es de agradecidos que así juren, porque toda su alegría nace con Perón y con Evita. Hasta su advenimiento, vivíamos desesperados y desengañados.

Hasta hacía un siglo, el despojo era ejercido por los enemigos. La oligarquía, en nombre de la Nación, hacía otro tanto. Y no se intente sugerir que el progreso asentó sus pasos a pesar de todas las contrariedades, porque lo cierto es que el progreso fué ganando pulgadas de terreno penosamente y a costa del sacrificio de los pobladores. Las riquezas de Misiones no pertenecían a Misiones, sino a contados magnates. Su organización fué forzada por efectos que muchas veces violentaban el deseo y la voluntad de los poderosos. Así se aplicaba en Misiones el dicho popular de que «hecha la ley, hecha la trampa», resultando la estructuración del gobierno dependiente de la Nación una arquitectura al servicio de los intereses que dominaban la región.

Muchísimas lágrimas costaron a los humildes ese régimen opresivo. Pero ¿quién iba a llegarse hasta la selva y desenmascarar a los tiranos? Unicamente quien mirara el país como solar común y al pueblo en su dignidad de argentinos. Por eso tuvimos que esperar que Dios nos mandara al general Perón y a la compañera Evita. Y cuando ellos estuvieron en contacto con el pueblo, ¡cómo íbamos a dividir nuestra acción! Con Perón y con Evita es el destino, la vida de la patria, el todo de la consumación de nuestros ideales. El general Perón, para nosotros, es la encarnación del pueblo en un hombre providencial. Para el líder no existen imposibles, y por muy poderosos que fueran los intereses que dominaban a Misiones, su valor y su talento los desintegró, redimiendo la economía de los pobladores y alentando el verdadero progreso de esa rica porción de tierra argentina; rica, no sólo por lo que era antes de Perón, sino riquísima por lo que es ahora en la nueva Argentina de Perón y de Evita. Porque ahora, además de saber cuántos somos y qué es lo que sabemos hacer, hemos aprendido a conocer nuestra tierra y a descubrir tesoros valiosísimos para consolidar la independencia económica de la Nación. Antes Misiones era bosque, yerba mate y misterio, mientras que ahora, además de ese caudal, se cultiva en sus tierras el tabaco, el té y el tung, sin contar el maíz, ananá, mandioca, algodón, hortalizas y legumbres, frutas y cereales, ni hacer mayor mención de la producción pecuaria. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El cuadro social y económico que presenta Misiones en la nueva Argentina es muy distinto del reciente pasado, no porque los misioneros hayamos cambiado, sino porque han cambiado las condiciones de vida del pueblo. Esas nuevas condiciones de vida han transformado el clima

social, espiritual y económico de Misiones. Por consiguiente, las ideas ya no se confunden en disonancias provocadas por la rebelión sofocada de los desvalidos, sino que se vigorizan en unidad y solidaridad, aclamando al general Perón como único conductor indiscutido de la nueva Argentina. ¿O es que acaso alguien puede disputarle ese mérito? ¿Podemos amar a un patriota más de lo que merece por su pensamiento, su acción y sus proyecciones ideales, el líder del justicialismo? ¿Hay alguna mujer, o existió alguna vez alguna heroína que realizara por sí, como lo hemos visto nosotros, la obra maravillosa que construyó con su fervor y su trabajo abnegado de todas las horas, sin descanso, la señora Evita? (*Aplausos prolongados.*) Porque los misioneros, cuando nombran a la Jefa Espiritual de la Nación, no lo hacen honrando y evocando una figura gloriosa a la distancia, sino que exaltan a la mujer excelsa que fué compañera sencilla y buena. Ella, la señora Evita, con su juventud y su belleza cordiales, en emocionada solidaridad con el pueblo humilde, vivió con nosotros realizaciones animadas con sus propias manos. Nosotros la hemos admirado, formando en nuestra multitud como una hermana, clara y decidida, en su palabra y su actitud, blandiendo la verdad y el amor, la bondad y la virtud, la justicia y la fe. Ella sintió al mensú como carne palpitante de su dolor de santa, rendida a la causa del general Perón. Ella estuvo presente con su esfuerzo, sus anhelos y su alegría, infundiendo en nuestros corazones la felicidad y el gusto por ser útiles a la patria. Con la señora Evita, los trabajadores se reconciliaron con la naturaleza y estrecharon sus emociones bajo la bandera celeste y blanca de Belgrano. De ese mismo general Belgrano que, en los albores de la nacionalidad, hizo de Misiones su asiento en su expedición al Paraguay. Por eso, los misioneros desean que figure su nombre como gestora de la ley que consagra a Misiones provincia. Claramente se expresa ese propósito en la nota que enviara el 19 de julio de 1951 al señor presidente del Honorable Senado de la Nación, y en uno de los párrafos decía: «La provincialización de los territorios nacionales —dijo la señora Eva Perón en su carácter de mujer argentina, y como presidenta del Movimiento Peronista Femenino— servirá de aliciente a los demás territorios para que, una vez cumplido su proceso institucional, alcancen como éstos —se refiere a La Pampa y el Chaco, hoy designados con orgullo de sus pobladores Eva Perón y Presidente Perón— los beneficios de su provincialización tan pronto como sea posible.» Y agregaba: «Las mujeres argentinas, unidas en el Movimiento Peronista Femenino que me honro en presidir, quieren y piden que se repare un olvido ya intolerable.» Así habló entonces nuestra abanderada insigne y vibra su

voz esclareciendo las tinieblas de una época superada y destruyendo las maquinaciones, intrigas y fábulas de los que aun se niegan a considerarse sudor de pueblo en la brega heroica de la nueva Argentina, pretendiendo adjudicarse, aunque teóricamente, el mérito remoto de propiciar la provincialización de Misiones.

Esta realidad candente debe marcar al rojo, como la tierra misionera, su encendida fe, las verdades de los nuevos tiempos, que son muy distintas a las de un pasado siniestro, advirtiéndole que cuanto más se aleja el territorio de Misiones en la evocación de su vida, más se aproxima su dignidad al ejercicio del derecho, porque fué en el despertar de la patria que se manifiesta como provincia.

Estos son los hechos. Como que en la Nación recuperada, socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana, ha sido posible el resurgimiento misionero. Y daré satisfacción a esta Honorable Cámara informando de este renacer. Sí, comienza con la redención del mensú y con los raudales de ternura de la señora Evita, prodigándose por la tierra colorada de la que hubo de ser siempre provincia en el concierto de la unidad nacional.

El amor del justicialismo, como una flor ideal, desprendió su aroma hasta el interior de la selva; llegó hasta los más míseros ranchos el cariño fraterno y acunó en su seno la sonrisa del más pequeñito de nuestros infantes con la confianza del más castigado de los ancianos. Así conquistó el peronismo a Misiones, a su pueblo y a su tierra: con la justicia, con el amor, con la organización de sus fuerzas creadoras.

Fué con la fe, el trabajo y la lealtad que nos hicimos bloque humano resuelto a las conquistas heroicas, indivisiblemente unidos al general Perón, que con absoluta franqueza, como criollo, nos hablaba el lenguaje que entendimos todos, sin dobleces ni trampa, el lenguaje llano del pueblo, directo, sin reservas, con acento gaucho y visión de historia. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Y nos reconocimos hermanos, no sólo los misioneros con el resto del conglomerado humano del país, sino, en primer término, con los habitantes de Misiones, descubriendo que el líder había realizado el milagro del enraizamiento del extranjero con la tierra pródiga. El gringo se sentía tocado en su alma por el soplo divino que animaba el Libertador de la República y reaccionaba como argentino sobre el surco bañado con su fatiga.

Ese gringo que hasta las vísperas añoraba el paisaje colorido con otras banderas, ahora, en el deslumbramiento de la nueva Argentina, bebía el pabellón celeste y blanco como un don de Dios. Porque el justicialismo, como movimiento de recuperación y valorización nacional, no preguntaba a nadie su origen, sino que seña-

lab a lo alto la credencial de la dignidad humana, que es identidad con el dolor para remediarlo, con la justicia para que predomine sobre las mezquindades de la mediocridad y el egoísmo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Todos los caminos recobraron la vida perdida y las picadas y los montes trazaban líneas de entendimiento comunicándose el júbilo de una nueva era. Sí, porque el progreso de Misiones ha sido grande en tan pocos años por la mano generosa del general Perón y la cálida bondad fecunda de la señora Evita. Sus nombres son pronunciados con unción porque poseen la virtud del prodigio.

Diez años de gobierno del general Perón han cambiado la fisonomía de Misiones. Sonríen ahora los horizontes y cantan las edades su confianza bulliciosa y feliz. Las miradas torvas ya no existen, y de frente, erguidas las cabezas estallan en irradiación dichas proclamando una vida nueva, en voces que tienen el sabor de la patria y el estilo de las tradiciones más hermosas de nuestro pasado. Porque en la nueva Argentina, se fundamentan las columnas del progreso sobre las excelencias de nuestros bienes espirituales.

Y es que los mercaderes pudieron vender todo menos el alma del pueblo, incorruptible y eterna. Y es sobre esa alma, que se levanta el altar con que el amor del pueblo exalta la presencia en la historia de la Jefa Espiritual de la Nación, señora Eva Perón. Por eso, ese pueblo levantó pedestales de gratitud al pie de las magníficas cataratas, donde el tronar majestuoso de la naturaleza parece repetir, con el fervor de las multitudes ahora satisfechas y felices, el eco que recoge esta Honorable Cámara: ¡Gracias, mi general! Y es que ya no se oye el quejido del mensú; las lamentaciones, ahora, son de los que luchan en el vacío de sus vidas con la ausencia de una razón que los justifique. Ahora, en Misiones, se ha trocado el amargo y reprimido impulso de rebeldía, por el coro radiante de los niños, de los jóvenes, de las mujeres, hombres y ancianos, que no se cansan de repetir emocionados: ¡Gracias, mi general! ¡Bendita seas, Evita! Esas exclamaciones humildes y cordiales, son las que afirman una conciencia social, una unidad, una fe solidaria y activa y una voluntad de honrar a la patria con lo mejor de las energías, de la inteligencia y de la capacidad del pueblo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Así hemos visto, alentados por el gobierno del general Perón y por el amor inmenso de la señora Eva Perón, levantarse edificios gigantescos, construcciones monumentales, fábricas, escuelas y todo cuanto pudo anhelar el más ambicioso de los precursores. Estas realizaciones justicialistas, que transforman el panorama de Misiones, han concurrido como argumentos vitales para conformar la ley que considera esta Honorable Cámara.

La provincialización de Misiones es un hecho histórico producido por el trabajo y el progreso creado en condiciones únicamente posibles por el justicialismo. Con el dolor sangrante y la rebeldía contenida de los pobres mensús, la provincialización era imposible. Con la indiferencia la provincialización hubiera creado un problema; mientras que con la dignidad del trabajo, abriendo sendas de hermandad que aproximan a todos los pobladores en solidaridad propia y feliz, la provincialización es una solución de un viejo pleito institucional.

Y lo maravilloso es que las riquezas producidas por las fuerzas laboriosas de Misiones se diversifican y aumentan auspiciadas por el gobierno justicialista del general Perón, y no se sostienen únicamente de los bienes materiales típicos de la región, sino de otros, que siendo de la región, permanecían ignorados. Por ejemplo, la minería es una nueva contribución con que se acude al progreso de la patria, con títulos que informan la jerarquía que ahora se le otorga y que a los misioneros nos hace felicísimos, porque trabajar para el progreso de la Nación es ofrendar parte de nuestra vida a la obra inmensa del general Perón, que nos indica con su prédica y su labor permanente cuál es el camino y cuáles deben ser nuestras conductas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Así, tenemos el ejemplo de la mártir del trabajo que sacrificó su vida para que fuéramos nosotros más felices en una patria más hermosa.

Por eso, si destacamos que la provincialización de Misiones es un hecho histórico, no hacemos más que reafirmar la verdad histórica de que ha sido posible alcanzar esta restauración en la nueva Argentina, y gracias al general Perón y a la insigne abanderada de los trabajadores, señora Eva Perón. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Porque ellos, y nadie más que ellos, con el pueblo y un ideal que define nuestra personalidad inconfundible de Nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana, han sido los forjadores de la nueva era. Porque no bastaba la voluntad de ser, sino que era necesaria la visión, el acierto, la oportunidad y la eficiencia. Tenemos la prueba en que el primer proyecto de provincialización de Misiones lleva la fecha 19 de agosto de 1919, y recién, en la nueva Argentina, ha sido el general Perón quien se acordó de los territorios. Y no para acordarles derechos de provincia con el interés de ganarlos a su causa, sino luego de haberles proporcionado cuanto necesitaban para su desenvolvimiento. Ese sí que es mérito histórico. El general Perón, antes de promover el instrumento de la ley, creó las bases y condiciones para que esa ley pueda ejercerse con efectividad. Eso es visión de patriota, de estadista y de coloso.

Para comprender la exactitud de estas consideraciones, citaré parte del texto —muy breve—

del mensaje elevado al Congreso Nacional por el presidente Yrigoyen, donde señalaba que: «Misiones, que en su calidad de provincia argentina estuvo representada en la primera asamblea nacional y que tiene páginas destacadas en la historia patria, vuelve hoy rápidamente a su antiguo esplendor...». En realidad esplendor a juzgar por la opulencia de las fortunas acumuladas en Misiones, no así por el aspecto que presentaba su pueblo. En ese primer proyecto se fundamenta un buen deseo y nada más que un buen deseo, porque no prosperó como es fácil comprobarlo en el hecho de que Misiones hasta ahora ha sido, dentro de la organización nacional en lo que lleva el país de estructuración definitiva, un territorio dependiente de un gobernador impuesto por el Poder Ejecutivo. Quiere decir que ahora, cuando el Poder Ejecutivo envía el proyecto de provincialización lo hace, no como en el año 1919, para que se archive, sino para que se consagre. Esa es la gran diferencia entre la nueva Argentina de Perón y de Evita, y la del pasado reciente, cuando si bien es cierto que existieron algunos patriotas, el poder del imperialismo colonialista impidió que sus deseos tuvieran relieve práctico. En resumen, la provincialización de Misiones es un hecho histórico, porque responde a exigencias de su crecimiento, y sus potenciales económicos, sociales, culturales y de todo orden, concurren con honra al prestigio y grandeza de la Nación. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Misiones, que comenzó como algo muy remoto envuelto por el misterio y encantamiento de la selva, nació con los signos que ya hemos señalado, propios de las comunidades con vida plena de posibilidades dentro del marco pródigo de su naturaleza. En su iniciación, cuando la conquista, las distancias, traían desde más allá de la espesura referencias que exageraban todo lo que había en su seno. Acudían a la fundación de poblados colonizadores y misioneros, que, con la cruz redentora, cultivaban el primer surco en la vida social de las comunidades que iban formándose. De esa forma de evangelización, asistida por el trabajo y las artesanías embellecedoras, se configuró un estilo jesuíta que dió carácter local a la región. No tardaron en fundamentarse los principios de una provincia cristiana, original y con régimen propio social y económico. Se organizaba esa zona, realmente como una provincia, y tanto que dependiendo en un principio de la autoridad de Asunción fué incorporada al Virreinato del Río de la Plata. Se produce así un hecho interesante, y es que mientras dependía de la gobernación del Paraguay, esto es desde 1542 hasta 1617, los nativos son simples espectadores de la conquista. Pero a partir de 1618 se introduce el germen vitalizador de una enseñanza moral. Se proporciona a los indígenas una doctrina —ya años antes va-

rios sacerdotes misioneros habían llegado para aprender el idioma guaraní—; luego sigue el período de las fundaciones y reducciones. Y cada pueblo que nace sufre el golpe artero de tribus invasoras bárbaras. Es el caso que, desarrollándose una vida propia en esos establecimientos patriarcales, tuvieron mucho de comunidad cristiana y de familia común. Fué un ensayo de organización social, único en América y en el mundo. Alcanzó grandeza artística, como lo atestiguan los vestigios de las ruinas que aun perduran.

Pero duró ese régimen hasta la expulsión de los jesuitas. Las tendencias disociadoras llegaban con sus influencias hasta ese mundo nuevo, y lo que eran poblaciones crecidas por el trabajo y la fe, fué destruido por la guerra, ya que no podían aislarse los misioneros ni ignorar los sucesos de la Revolución de Mayo. Y no insistiremos en repetir el orden de los sucesos, ni conceptos por conocidos menos ciertos, sino que haremos relación de las razones de por qué el pueblo de Misiones aspiró a su provincialización definitiva y ahora publica ruidosamente su alegría, cuando el gobierno del general Perón propicia su restauración provinciana con todos los atributos de la justicia, de la libertad y la soberanía.

En primer lugar, reúne todas las condiciones exigidas por la ley. En segundo lugar, responde a los reclamos que por ser del pueblo encuentran amparo en el gobierno del pueblo. Porque es justo que lo consignemos: desde que el general Perón ha sido ungido presidente de los argentinos, los territorios aun sin su jerarquía de provincia no fueron olvidados, sino que, por el contrario, en muchísimos casos se les acordó una preponderancia que, como es natural, ahora se manifiesta con la gratitud de los beneficiados, vale decir, el pueblo.

Y es que para el justicialismo el pueblo argentino no se divide en pobladores de regiones privilegiadas y regiones vilipendiadas. No; el más pequeño y humilde territorio, en la nueva Argentina de Perón y de Evita, posee una dignidad y es respetado como antes jamás lo fué un ciudadano por una autoridad que no se sonrojaba de burlar la ley ni de usurpar el poder. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Por eso, si bien podemos citar textos con fechas donde se documenta el proceso institucional del país y observar que hasta 1871, después de la guerra de la triple alianza, se respira la paz en Misiones y desde entonces lentamente se cicatrizan sus heridas, formándose nuevas poblaciones, también nos hacemos una obligación de confrontar las aspiraciones del pueblo con el medio social en que vivía. Y si en 1881 el Congreso de la Nación sancionó la creación de la gobernación de Misiones, y en 1884 se hace efectiva por la ley 1.532 su organización de territorio, recién en nuestros días el gobierno se ejerció como tal, porque tener autoridad no

significa gobernar. Esto lo hemos aprendido los territorianos en los nuevos tiempos del justicialismo, donde aun antes de ser provincias por imperio de la ley, nuestros pobladores se ejercitan en sus derechos ciudadanos con la dignidad que nunca tuvieron en épocas superadas.

La provincialización de Misiones es una posesión de derechos que ya el propio general Perón con su autoridad inspira y confiere con la sanción del Congreso Nacional.

Hora es en la historia que Misiones sea respetada como provincia. Si debemos atenernos a cifras, ya por el número de sus habitantes como por su actividad, dispone de los recursos evolucionados económicamente para sustentar sus títulos con los frutos de su producción.

Digamos, como índice, que existen en Misiones 1.309 establecimientos industriales y que los cultivos a que antes nos referíamos, de té, arroz, tung, café y ananá, son por sí tan valiosos como su tradicional riqueza de maderas y yerbas.

Además, la autonomía se hace necesaria porque existe una conciencia-social eminentemente nacional. Pensamos y vivimos como peronistas, esto es en solidaridad, en acción fecunda y laboriosa, en confianza fraterna, y el volumen físico y valor de lo que producimos es la demostración fehaciente de esta realidad esencialmente justicialista. (*¡Muy bin! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Más de 305.000 habitantes animan esta labor del progreso. Todos los ministerios de la Nación realizan también su parte valiosísima. La unidad de pobladores y gobierno es identidad doctrinaria y sentimiento de patria exaltada en conciencia y en conductas, como natural consecuencia de una responsabilidad común y de un interés social superior que nos fortalece en la defensa de nuestra heredad.

Agregaré algunas referencias que informan de sus nuevas conquistas industriales en la acción de sus empresarios, de las fábricas de madera terciada, que no sólo significan una nueva fuente de ingresos, trabajo y prosperidad, sino que además, por decreto 7.219, del año 1946, fué declarada industria de interés nacional. Actualmente funcionan cuarenta y cuatro plantas modernísimas.

Pero hay más: por estudios técnicos realizados en el territorio con el objeto de conocer las existencias de minerales en Misiones, ha resultado de los cateos efectuados la evidencia de que a las riquezas mencionadas se suman las materias primas provenientes de su suelo, que son valiosísimas. Misiones posee cobre, carbón, plata, oro, piedras preciosas, infinitas arcillas, caolín, tierra de pinturas y gran variedad de otros minerales. Su carbón promete millones de toneladas, y una producción sistemática por cientos de años, resolviendo así en parte importante el serio problema de los combustibles. Sus arcillas aptas para la fabricación de ladrillos refractarios y tejas posee propiedades aislantes interesantísimas. La tierra de pinturas llamada

por los misioneros «taturú» puede emplearse por su textura afortunada de hierro y aluminio, como óptima pintura anticorrosiva inmejorable y muy superior al minio. El «taturú» existe en abundancia considerable en Misiones. Podríamos documentar cifras sobre aplicación e instalación de nuevas industrias derivadas de la minería.

Lo mismo si nos referimos a la educación, donde todo ha cambiado, desde las construcciones y los textos hasta la fisonomía de los escolares. Lo único que no ha cambiado es la devoción del pueblo por las glorias de la patria; en ese culto, el general Perón y nuestra venerada abanderada, señora Eva Perón, han sido maestros, y su ejemplo exalta y anima sagrados ideales que brotan con la nacionalidad y se perpetúan sin límite de tiempo en el decurso de los siglos. (Aplausos.)

Esos ejemplos son los que han asegurado la unidad social del pueblo de Misiones, y por consiguiente los que posibilitaron su progreso, de manera que ahora, en este recinto, se pronuncie la voluntad nacional para que Misiones sea provincia. Esos ejemplos son carne ya en los hijos de Misiones, para prolongarse en estirpe de triunfadores, afianzando las conquistas logradas y trabajando tesoneramente para enriquecerlas merecidamente.

Destaquemos el contraste y confrontación que los grandes ejemplos del líder y de la Jefa Espiritual de la Nación y mártir del trabajo fijan en los caminos del destino nacional, el punto en que se retoma la verdadera y ancha senda de la argentinidad. Porque han sido ellos los que iluminaron el camino cuando el extravío había confundido los pasos de la ciudadanía. El general Perón y la señora Evita fueron los que iniciaron el período de provincialización con los territorios de Chaco y La Pampa, y la provincialización de Misiones, ciertamente fundada, es un nuevo jalón hacia la total incorporación paulatina y efectiva en el proceso institucional argentino.

Con Perón y con Evita, así nombrados familiarmente por el pueblo como entidades que palpitan con sus sensaciones, Misiones ha resurgido de manera tal que la sanción de su provincialización es un acto de justicia. Un acto más de justicia del gobierno justicialista de la nueva Argentina, que restablece una dignidad que las vicisitudes históricas hicieron perder.

Ninguna razón puede oponerse a la aprobación unánime del proyecto de ley sometido al Honorable Congreso de la Nación por el Poder Ejecutivo. Porque si los factores materiales abonan su sanción, las actividades intelectuales y las manifestaciones del espíritu aportan nuevas razones para que por aclamación sea sancionada la provincialización de Misiones. Para dar cifras, informo a la Honorable Cámara que más de trescientas bibliotecas populares

diseminadas por todo el territorio misionero siembran y cultivan el huerto de la espiritualidad de una nueva sociedad solidaria y consciente de sus derechos y sus deberes. Lo mismo en cuanto a los deportes, publicaciones y establecimientos que cuidan de la salud del cuerpo y del alma. ¿Y aun habrá quien pueda intentar una excusa válida para retardar la provincialización de Misiones? ¿O creerán los obcecados que retardando la sanción de la ley alteran la historia de la patria?

Creemos que la historia en su momento juzgará a quienes votaron por la afirmativa y a quienes con malicia mal disimulada buscan e inventan motivos para dilaciones inútiles que a nada provechoso conducen. Las tácticas dilatorias poco bueno dicen de los que las emplean.

Está ahí, con fecha 1919, en la fría fosa de las dilaciones, el primer proyecto elevado por el presidente Yrigoyen. Esa es la demostración de los que teorizan con ideas y neutralizan sus efectos con la estéril actitud de la negación sistemática, como si negando pudieran hacer que la voluntad mayoritaria del pueblo se doblegue; como si esperaran que nuestras convicciones tropezaran con el interés egoísta de los poderosos que todavía sueñan con seducir a los representantes del pueblo. No comprenden que el peronismo es la vida del pueblo en la persona del más pequeño y humilde de sus territorios lejanos; que el justicialismo es la redención no por la caridad sino por la justicia; que nuestra solidaridad se afirma en la hermandad leal, honrada y heroica; que al defender este proyecto de ley como misionera y peronista tengo ante mí conciencia, como hija de esta tierra colorada embellecida por el amor, la transformación de su suelo y de sus gentes.

Yo nací en Misiones y he vivido con el pueblo su dolor, sus esperanzas y su triunfo. Únicamente los que han conocido al mensú como personaje de novela pueden esconder su cobardía civil bajo la máscara de la forma de procedimiento, porque lo importante es la ley, es su finalidad, su cumplimiento y sus previsiones, y todo su articulado informa con dignidad y experiencia.

Mediten los que enneguecidos no pueden ver más allá del deslumbramiento de la nueva Argentina.

El pueblo de Misiones grita con toda su fe y su voz jubilosa: «¡Gracias, mi general!», dispuesto a dar, repito, hasta la última gota de su sangre para que la nueva Argentina sea eterna. Por Perón y por Evita. Porque ellos representan la purificación de la tierra, la confianza, la seguridad, el trabajo feliz y próspero.

Perón y Evita significan la vivienda confortable, el salario justo, la dignidad ejercida como derecho natural. Perón y Evita son los símbolos de una nueva era de redención por la bondad. Antes, ser bueno era algo extraño,

como un cuento de hadas que se imaginaba en lo ideal. Ahora, ser bueno es la obligación de todo argentino digno, porque la gratitud anima a la bondad, así como las condiciones enaltecidas de vida alientan la virtud.

Estas evidencias debieran bastar para que todos los que integran este cuerpo, sin excepción, pronunciaran en armonía, por unanimidad, su voto favorable. Porque cuando en una familia se decide el destino de un hermano, aunque la suerte por anticipado, como en este caso, se sepa venturosa, quien no manifiesta la participación en la alegría común se declara desagradado por la felicidad que debiera hacer propia, al poner obstáculos al pleno goce de esa felicidad.

Eso es lo que parece acontecer cuando para negar la luz del sol se le opone un cristal ahumado, y el sol sigue brillando y alegrando la vida y ayudando a los campos a producir sus cosechas, que serán consumidas con provecho por la comunidad toda, tanto por los que se tostaron con la caricia de ese sol como por los que lo desafiaron con los vidrios ahumados.

Debieran comprenderlo los que sienten el orgullo y la gloria de llamarse argentinos en una nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana, en instantes en que se incorpora a su seno una nueva hermana.

Y debieran comprenderlo, blandiendo la verdad y enfrentando los hechos, iluminados por ese sol que nació en Mayo y que empañado por un eclipse de sangre, vuelve a irradiar ahora radiante y bello con el brillo inicial del heroísmo y de la gloria. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Porque no duden los que titubean ante la fe del pueblo, que únicamente es el pueblo el que otorga el mandato de su voluntad, y ésta es ser leales con Perón y con Evita, fanáticamente leales, porque ellos encarnan los ideales permanentes de una vida mejor.

Los ex territorios del Chaco y La Pampa disfrutaban de su autonomía. Ahora será Misiones, y seguirán los demás territorios, no como obedeciendo a dádivas, sino al proceso institucional que considera la vida de los territorios como integridad de la vida de la Nación y que por regirse por un sistema republicano federal va conformando hacia esa forma su organización práctica, armoniosa y feliz.

Esa es la verdad incontrovertible. La provincialización debe llevar la vida de los territorios hacia su plenitud; no debe ser motivo de disputas internas por el predominio de intereses. ¡Jamás! Las provincias, dueñas de su destino, con el pleno goce de sus derechos, han de llevar a todos sus habitantes, en ascenso, hacia cumbres más altas de convivencia. Para ello, van acondicionando sus formas de vida, en diversidad de actividades y con la posesión de sus recursos. Como Misiones, que puede blaso-

nar de reunir todas las condiciones formales, reales, potenciales y efectivas, para gobernarse por sí misma; por eso confía en que el voto unánime sancionará su provincialización.

Nosotros, los misioneros, no dudamos de alcanzar esa dignidad merecida, y no dudamos porque sabemos, como sabe el pueblo, que ¡Perón cumple! Y podemos repetirlo, recordando el nombre venerado y bendito de la señora Eva Perón, que ¡Evita dignifica! Lo saben muy bien los misioneros de los ranchos humildes, los obreros, los trabajadores que calcinaban sus energías en los montes y agotaban su esperanza en las picadas. Lo saben bien todos los humildes de la patria, que han renacido en la nueva Argentina del general Perón y de la señora Evita. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Por eso mi gratitud enardecida y fervorosa en nombre del pueblo, va hacia el líder del justicialismo, y elevando mi fe hacia el trono excelso desde donde nos contempla la Jefa Espiritual de la Nación y mártir del trabajo, la dama de la esperanza y señora insigne de realidades maravillosas, solicito a esta Honorable Cámara su voto afirmativo, por aclamación, sancionando la provincialización de Misiones, como inspiración y como un nuevo triunfo que enoja los corazones peronistas. Así lo dicta la gratitud del pueblo de Misiones, que al general Perón debe su increíble transformación. Al líder y a su infatigable compañera y presidenta insustituible del movimiento peronista femenino que, ayer en presencia y ya en eternidad, en esencia, anima nuestras glorias; que con ella y por su ejemplo son nacionales y pertenecen al pueblo y a la historia, para perseverar y ser dignos de su sacrificio, que no olvidamos. Tanto es así que al sancionar el proyecto de ley por el cual se declara provincia al territorio nacional de Misiones, solicito que, en homenaje a la Jefa Espiritual de la Nación, dediquemos a su memoria este galardón, que honra también a esta Honorable Cámara y afirma nuestra lealtad fervorosa al conductor genial de la nueva Argentina, para que en el porvenir las generaciones conozcan nuestra posición inconfundible, perfectamente definida, con las aspiraciones del pueblo, con los ideales de la Nación, con Perón y con Evita, como el pueblo anhela.

Por eso, en nombre de mi pueblo misionero, emocionada y dando gracias a Dios por el honor de haber sido intérprete como peronista de sus aspiraciones, una vez más exclamo jubilosamente: ¡Gracias, mi general! (*Aplausos.*)

Quede constancia, señor presidente, que el pueblo de Misiones, agradecido, jura estar dispuesto a dar hasta la última gota de su sangre por la nueva Argentina del general Perón y de la señora Eva Perón. Y sabrá cumplirlo. A ellos debe su grandeza, su resurgimiento y su provincialización. Y a ellos es su emocionada gratitud, que es la gratitud del pueblo reflejada en

sus representantes. Por eso encarezco a la Honorable Cámara su decisión unánime para que la provincia de Misiones sea en la patria ornamento de glorias y progreso y avanzada heroica del justicialismo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados. Varios señores diputados rodean y felicitan a la oradora.*)

Sr. Presidente (Tesorieri). — Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Santucho. — Señor presidente: cuando en el año 1951 se consideró la provincialización de los territorios nacionales del Chaco y La Pampa, la representación radical propugnó idéntica solución con respecto a los territorios de Formosa, Río Negro, Neuquén y Chubut, y el restablecimiento de la provincia de Misiones.

En aquella ocasión, nuestros argumentos no encontraron acogida en el sector de la mayoría, pero han fructificado y nos permite, a través del despacho que estamos tratando, dar un paso más hacia la incorporación de todos los territorios nacionales a la plenitud de los derechos que como entes provinciales les corresponde en el seno de la Nación Argentina. En esta ocasión no repetiremos nuestra protesta por la postergación que sufren los territorios de Río Negro, de Formosa, del Chubut y de Neuquén. Tengo la seguridad de que la mayoría no podrá mantener por mucho tiempo su conducta desoyendo los justos requerimientos de tan progresistas territorios, y de que en un porvenir próximo la Argentina se integrará exclusivamente con organismos provinciales, en el ejercicio de su autonomía, y los ciudadanos todos de la República quedarán equiparados en el uso y goce de los derechos que les confiere tan eminente título.

Ciñéndome al caso sometido a nuestra consideración, cabe destacar una circunstancia particularísima. Ateniéndonos a los antecedentes históricos, no se trataría de la admisión de una nueva provincia, sino del restablecimiento de la antigua provincia de Misiones que gozó de tal calidad desde el año 1810 a 1832. Sería detenerse en una circunstancia intrascendente discutir la filiación de la provincia de Misiones, so pretexto que ésta ha sufrido desmedro territorial como consecuencia de la incorporación de parte de su territorio a la provincia de Corrientes, por los actos internacionales consentidos por la República, sobre cuya equidad no es éste el momento de abrir juicio.

Cuando la Junta de Mayo se dirigió a las provincias haciéndoles conocer el magno acontecimiento del día 25, también lo hizo al coronel don Tomás de Rocamora, con sede en Yapeyú. El gobernador Rocamora recibió la comunicación, resolvió prestarle acatamiento, y convocó para el día 8 de julio de 1810 a los corregidores de los demás pueblos misioneros, a un representante de cada cabildo, a los principales caciques y al vecindario. En tan magna

ocasión respondieron todos juntos y cada uno, por sí, que le reconocían y le obedecían y, desde luego, unían sus sentimientos llenos del más tierno afecto a los de la excelentísima Junta. Misiones estuvo desde entonces al lado de los que lucharon por la emancipación nacional. Recibió de Belgrano el reglamento con que se inician nuestros primeros ensayos constitucionales; concurrió al Congreso Constituyente de 1824; sus hijos dieron el primer contingente al Regimiento de Granaderos a Caballo creado por San Martín, ese gran argentino que nació en lo que ahora es territorio de Corrientes, pero que entonces se denominaba Yapeyú, e integraba las antiguas misiones jesuíticas.

Frente al texto de los artículos 13 y 68, inciso 14, de la Constitución Nacional, nos ha parecido que dentro del texto de la ley era necesario ajustarse a lo que contienen aquellas prescripciones, sin declinar por ello de la verdad histórica, y proclamando que, en el caso de Misiones, es una reintegración más que una admisión de nueva provincia.

Cuando se procedió a la provincialización del Chaco y de La Pampa, no se pudieron dar razones que justificaran la postergación de Misiones. En efecto, desde el punto de vista de la población, si bien Misiones aparecía superada por el Chaco, a su vez excedía considerablemente a La Pampa.

En el debate de 1951 el señor diputado Monjardín hacía mérito de las estadísticas, de las que resultaba que para entonces la población del Chaco alcanzaba a 430.555 habitantes; la de Misiones, a 246.396; y la de La Pampa, a 169.480.

Desde el punto de vista de su capacidad económica, para atender los gastos que supone el gobierno propio, está en una situación de privilegio, pues es uno de los pocos territorios que han logrado diversificar su producción hasta el extremo de no estar sometido a la contingencia de una mala cosecha, pues en Misiones las cosechas se suceden casi sin solución de continuidad.

Su producción por excelencia es la yerba mate, pero a ella se agrega el tung, la fruta cítrica, el té, el algodón, el maíz, la mandioca, el arroz, el ananá, etcétera.

Es particularmente apta su tierra para la industria azucarera, y a corto tiempo se instalará en esa provincia un importante ingenio.

Posee, además, la inmensa riqueza de sus bosques y quizá la ventaja inapreciable de recostarse sobre la margen del río más caudaloso de la República.

Ofrece magnífico ejemplo de cooperativismo. Sus poderosas cooperativas han implantado industrias subsidiarias tales como la de extracción del aceite de tung de la Cooperativa de Eldorado.

Como índice de su potencialidad económica podríamos decir que su consumo de nafta durante el año 1951 ascendió a 21.355 metros cúbicos, que es uno de los mayores del país.

Sólo aparece en una situación menos importante en las estadísticas de depósitos generales en el Banco de la Nación Argentina, pero ello obedece a no estar servida por un sistema bancario suficiente y al desarrollo del cooperativismo, que ejerce fuerte atracción sobre sus ahorros.

A medida que se proceda al desmonte de la selva misionera y al fraccionamiento de la tierra pública, aumentará considerablemente su producción, y su porvenir industrial es imprevisible dada la potencialidad de su energía hidráulica, tal vez la más grande del mundo, así como sus atracciones turísticas, derivadas no solamente de la magnificencia de las cataratas del Iguazú, sino también de su suelo ondulado, cubierto de rica vegetación, cuyos colores contrastan con el de su tierra roja, formando un cuadro de insospechada belleza. A todos los dones de la naturaleza se une, en el caso de Misiones, la calidad de su pueblo, en que se confunden los mejores elementos étnicos.

En el debate de 1951 se arguyó, para justificar el mantenimiento de Misiones en su condición de territorio nacional, la enorme proporción de su población extranjera. Es lamentable no contar con estadísticas que permitan verificar su actual demografía; pero en un trabajo reciente realizado por don Mario Herrera se demuestra, con la elocuencia de las cifras, cómo ha ido creciendo la población argentina y cuán importante es el aporte con que Misiones concurre todos los años a la conscripción nacional. Ello no significa negar que en Misiones existe un problema de asimilación que cumplía eficientemente la escuela argentina que, desgraciadamente, ha sido privada de sus mejores elementos por causas políticas, sin comprender que el extrañamiento de hombres amantes de la libertad significaba privar a la escuela de maestros capaces de contrarrestar cualquier influencia del hogar contraria al espíritu de la nacionalidad.

Nace, pues, la nueva provincia bajo el auspicio unánime de la representación parlamentaria. Tal es el sentido de nuestro voto al no formular despacho en general y adherirnos al de la mayoría, no obstante los proyectos de ley presentados por la diputación radical, entre ellos el de la actual bancada, suscrito por el señor diputado Alende y otros, en junio del año pasado.

Son los representantes de todo el pueblo argentino, sin distinción de matices quienes abren las puertas para que se asiente en el seno de las provincias autónomas ese hermoso rincón de nuestro territorio, donde se está gestando una estirpe que enriquecerá el nombre común y

donde crece una economía de insospechada prosperidad llamada a romper el desequilibrio entre el litoral y los extremos de la patria, en que parece ahogarse el federalismo argentino.

Pero no hemos podido prestar nuestro asentimiento total, pues la ley proyectada en su contexto general no ha sabido elevarse a la altura del acontecimiento que consagra. Hija de los tiempos, sufre su huella. Incorpora principios que parecen destinados a asegurar una unanimidad que no ha de permitir que la Carta Fundamental del nuevo Estado sea la elaboración patriótica, consciente y razonada de todos sus hijos, la armónica conjunción de todos sus intereses y la conciliación de todas las ideas.

Por eso es que hemos formulado nuestra disidencia parcial, que trataré de fundar dentro de la mayor objetividad, pues no soy dado a debates políticos ni quiero empuñar esta deliberación con la pasión partidaria. Deseo que mi palabra serena llame a la reflexión al partido gobernante; que si no puede ser escuchada en forma inmediata, llegue a tiempo para que se corrijan los defectos que empañan los nobles propósitos perseguidos al provincializar a Misiones. El apaciguamiento de los espíritus supone una rectificación de conducta, que entrañe el recíproco respeto y que no allane derechos que son esenciales en la convivencia democrática.

Acabamos de discutir la ley de elecciones nacionales para la integración del Congreso. Se ha substituído el sistema vigente por otro en virtud del cual en cada elección varía el número de circunscripciones y la composición de las mismas. Con tal motivo se ha recordado que ese sistema sirve para desvirtuar la voluntad popular. Con la opinión de Carl Friedrich, el señor diputado Weidmann, nuestro colega de representación, ha expresado que en Estados Unidos sirvió para la práctica denominada de «geometría electoral», mediante la cual un partido gobernante forma las circunscripciones, según le convenga, para sacar una mayor representación en paridad de capital electoral.

En el proyecto del Poder Ejecutivo, el territorio de Misiones se divide en quince circunscripciones electorales, cada una de las cuales elegirá un convencional. Es el Poder Ejecutivo quien delimitará las circunscripciones, y harto sabido es el criterio con que ha procedido en las elecciones nacionales, por lo que ninguna esperanza cabe de que modifique su conducta en el caso de Misiones.

Por lo menos, en la ley nacional, respecto de las provincias que eligen un mayor número de representantes, se ha previsto una menguada representación minoritaria. Ni ese recaudo se toma en el caso de Misiones, pudiendo darse el caso de que la convención sólo se componga de convencionales peronistas y queden sin representación las demás fuerzas opositoras.

No se nos podrá reprochar que nos mueve un propósito menguado, pues se trata de una función transitoria, pero tratándose de Misiones, territorio de una profunda tradición radical, la Unión Cívica Radical exige imperativamente el derecho de contribuir a la sanción de su carta magna, para que ella sea el vínculo sagrado que una a sus hijos, el resguardo de sus libertades, la garantía de sus afanes y el augurio de una sociedad cada vez más justa, cada vez más feliz.

En el caso de Misiones existe otro motivo para que no se multipliquen las circunscripciones formando círculos electorales demasiado restringidos. Y es que la grandeza económica de nuestro territorio, su intensa vida intelectual y artística se debe en gran medida a grupos nacionales radicados en su territorio. Pero esos grupos nacionales todavía no han sido totalmente absorbidos en unidad argentina, predominan en determinadas regiones, y el criterio que se sigue con el despacho de la mayoría podrá quizá hacer que cobren excesiva influencia dentro de cada circunscripción. En cambio, el distrito único haría que cada uno de esos magníficos grupos nacionales se diluyeran dentro de un conjunto armónico en que predominaran los valores y las ideas que constituirán dentro de la gran familia argentina el tipo humano que con orgullo denominaremos el hombre misionero.

Mucho hemos vacilado con respecto al sistema electoral que debe ser preferido para la elección de los convencionales. La representación proporcional es la que más se ajusta a la verdad del sistema representativo; pero se le objeta que contribuye a la dispersión de los partidos, que impide mayorías suficientes para el ejercicio eficaz de la función gubernativa.

No es el caso de dilucidar esta interesante cuestión, pues no se trata de elegir un gobierno sino la asamblea que tiene como única función específica dictar la carta de unión del pueblo de Misiones. En acto tan trascendental, debe procurarse la concurrencia de todas las opiniones, de todos los núcleos políticos organizados y aspirarse a que la norma fundamental que se dicte sea el resultado de la concurrencia de todas las ideas y de todos los intereses.

Una constitución es un gran marco dentro del cual caben muy diversas realizaciones. Ese marco debe tener, pues, la ductilidad necesaria que nace de haber encontrado el punto de coincidencia de los diversos matices de la opinión, para que pueda servir no sólo a las exigencias de nuestra actual sociabilidad, sino a las que nos depare el futuro, con la imprevisible e insospechada trayectoria que en el mundo y en el país experimenten las ideas.

Considerando a todo el territorio de Misiones como un solo distrito, eligiendo a los representantes mediante el sistema de la representación proporcional, que hemos elegido por tratarse de

una convención constituyente, y sin abrir juicio respecto de su conveniencia como solución general, lograremos que en la convención provincial concurren todos los partidos de acuerdo con su caudal electoral.

Nos ha parecido conveniente mantener el número de convencionales propuestos en los diversos proyectos presentados por la diputación radical. No obstante todos los precedentes del derecho público provincial argentino, no es tarea sencilla dictar una constitución. Nos ha parecido, pues, que la duplicación del número de los convencionales, sin constituir una asamblea demasiado numerosa, dará ocasión para la concurrencia de mayor ilustración a fin de que la constitución misionera sea un ejemplo y al mismo tiempo una reacción contra los perniciosos ejemplos de las constituciones de los ex territorios de Chaco y de La Pampa. Que retornen al sistema representativo, republicano y federal, sin injertos foráneos y que contemplen las particularidades de la región misionera, en la que asistimos a una nueva forma de organización económica, sorprendente por su pujanza, por la diversidad de su producción y por la división de los bienes, que excluyendo irritantes diferencias nos ponen en presencia de agrarios independientes, propietarios de la tierra y de los instrumentos con que, al par que labran su porvenir, concurren al engrandecimiento de la patria.

Hemos tenido que apartarnos del proyecto en cuanto a las condiciones de elegibilidad exigidas. Si para ser diputado nacional no se exige el requisito de la ciudadanía nativa, nos parece irritante reclamarla para la designación de convencional constituyente. No puede ser la Argentina de Brown, de Brandsen y de tantos otros héroes de la gesta emancipadora y de la conquista del desierto quien cree incapacidades para el extranjero que ha acogido la nacionalidad argentina y que según la Constitución Nacional puede aspirar a cualquier cargo y a cualquier honor, excepción hecha de la presidencia de la República.

Y resulta sorprendente que así lo sostenga el partido mayoritario, que es el único que sienta en esta Honorable Cámara a ciudadanos naturalizados.

Misiones es obra de hombres venidos de todas las partes del mundo que penetraron en la selva, vencieron la naturaleza y crearon su rica economía. No es, pues, la ocasión más propicia para discutirle al pueblo misionero el derecho para conferir su representación a alguno de esos hombres esforzados que cumplieron tan magna empresa.

Tampoco hemos coincidido con el despacho de la mayoría en cuanto proclama expresamente que el cargo de convencional es compatible con el de miembro de cualquiera de los poderes de

la Nación. No está tan carente de ciudadanos capaces el territorio de Misiones como para declarar una compatibilidad que es irritante desde el punto de vista del federalismo. El convencional debe gozar de plena independencia y debe actuar en un acto esencial para la formación del nuevo Estado, por lo que resulta inconveniente su desempeño por personas que deben contraerse a las funciones que desempeñen dentro de los poderes del Estado nacional.

La próxima renovación de legisladores se refiere a quienes deberán comenzar su mandato el 1º de mayo de 1955. Como no puede presumirse una convocatoria comicial a destiempo que aleje el discernimiento del mandato de su ejercicio por un período tan dilatado en que puede haber variado la opinión pública en el momento del desempeño del cargo legislativo, esta Honorable Cámara está obligada a considerar que no habrá elecciones hasta fines del año 1954.

Resultaría injustificado que resuelta la provincialización de Misiones demoráramos la elección constituyente durante un año. Es por eso que en nuestro despacho se dispone que la elección de convencionales tendrá lugar dentro de los 120 días de la sanción de esta ley.

Séame permitido expresar el anhelo de que de inmediato se restituyan al pueblo de Misiones los derechos y garantías acordados por la Constitución Nacional y se le acuerde a los partidos políticos la posibilidad de realizar su propaganda sin trabas de ninguna especie. Es del caso recordar que durante la última gira realizada por ese territorio por el presidente de mi partido y dos legisladores nacionales, no se les permitió efectuar ninguna asamblea pública, llegándose al extremo de prohibir la realización de una conferencia científica, en que uno de los legisladores debía tratar un tema jurídico en el Colegio de Abogados de la ciudad de Posadas.

No es posible seguir al proyecto en todos sus recaudos, pero nos parece observable que en vísperas de la sanción de una constitución provincial se disponga la estructuración de un gobierno con determinados ministerios y la organización de la administración de la justicia local. Eso es tanto como suponer que en definitiva la convención va a aceptar la pauta que le fija el Poder Ejecutivo nacional, pues de lo contrario no es admisible que para un breve interregno se entre en tales menesteres y se incurra en gastos.

Si Misiones ha llegado a la mayoría de edad, sabrá darse su administración, fijando las ramas de gobierno que deban constituirse en ministerio, y al mejor forma de proveer a la justicia local.

Desde el día de la instalación de la convención constituyente ésta debe ser soberana y sin perjuicio de cumplir la tarea esencial de dictar

una constitución, puede tomar las providencias relativas al interregno preconstitucional.

Señor presidente: la convención constituyente provincial no goza de total autonomía para el cumplimiento de su cometido. La Constitución Nacional garantiza a las provincias el uso y goce de sus instituciones sobre la base de que dicten su propia constitución ajustándose a los recaudos del artículo 5º de la Constitución Nacional. Pero no puede una ley del Congreso tener mayores exigencias y establecer mayores requisitos que los del referido artículo constitucional, porque es preciso no olvidar que las provincias conservan todos los poderes no delegados y no puede ser distinta la situación para las nuevas provincias que se vayan admitiendo en el seno de la Nación Argentina.

Por lo tanto los recaudos de la segunda parte del artículo 9º están comprendidos en el enunciado de su primera parte y, en consecuencia, son superfluos, o son distintos, y entonces no pueden ser eficazmente exigidos a la convención constituyente.

Explicada la razón de nuestra disidencia, cabe formular algunas consideraciones relativas al acto trascendental que consagramos.

El territorio de Misiones constituye un ejemplo de lo que puede el esfuerzo privado. Allí todo es obra del hombre, y sus realizaciones contrastan con la incuria de la obra estatal. Carente de una red ferroviaria, la movilización de sus riquezas reposa en sus caminos y nada se ha hecho para asegurar su uso en una de las regiones del país de mayor precipitación pluvial. Sin embargo, pocas economías concurren con mayores sumas al erario nacional, por lo que cabe esperar aproveche la autonomía que se le confiere para propulsar el progreso colectivo, encauzando esas inmensas contribuciones impositivas que se pierden en el Tesoro nacional hacia las obras por las que Misiones clama y que en vano ha esperado de los gobiernos centrales.

Entrarán en el patrimonio provincial una parte considerable del territorio misionero que pertenece al patrimonio privado del Estado y que tiene un extraordinario valor por su riqueza en bosques. Es de esperar que esa inmensa riqueza no sea dilapidada ni que la autonomía de la provincia sirva, como en el reciente caso de Chaco, para liberarse de las medidas tomadas en el orden nacional en cuanto a la conservación de los bosques.

Y en otros aspectos, no mensurables como bienes materiales, debemos afirmar que ese territorio que fué provincia, tiene en su ámbito habitantes capaces, industriosos, afanosos de superación, ávidos de cultura, que viven la vida civil sin participar en ella directamente, esperando con ansias la instrumentación que los habilite para la cabal vida nacional. (¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados.)

Sr. Presidente (Tesorieri). — Tiene la palabra el señor delegado por Neuquén.

Sr. San Martín. — Señor presidente: es para mí motivo de honda satisfacción traer al recinto de la Honorable Cámara en nombre de los territorios del Sur, de nuestra magnífica y querida Patagonia, la voz de adhesión al proyecto que se debate, por el cual incorporaremos a la gran familia federal argentina el territorio de Misiones. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

En esta ocasión, y a semejanza de otro momento de la vida de esta Cámara —me refiero al debate que dió lugar a la incorporación al régimen federal de las provincias Presidente Perón y Eva Perón—, la política que se siguió y que reanudamos ahora está en un todo de acuerdo con las previsiones de nuestra Carta Magna en los artículos 13 y 68 inciso 14 y con lo que estipula en los capítulos pertinentes el segundo Plan Quinquenal del gobierno de la Nación, esto es, que las exigencias acerca de la madurez política, social y económica que son menesteres para ir agrandando la geografía política del país con nuevas unidades, fueron cumplidas con creces, tal cual lo demostraron ampliamente los distinguidos colegas que me precedieron en el uso de la palabra.

Es, pues, justo y lógico que Misiones pase a integrar con la plenitud de sus derechos nuestra familia federal y que su numerosa población —más de un cuarto de millón de habitantes— se beneficie con todas las ventajas que en el orden nacional y local le brindaría tal situación.

Como se acaba de demostrar, Misiones posee una cultura superior, un nivel de vida realmente envidiable y notoria solidez económica; en efecto, Misiones es el principal productor de yerba del país y cultiva a la vez en gran escala arroz, té, tabaco, etcétera, sin olvidar las grandes extensiones de bosques de los cuales extrae maderas de calidad, todo lo cual le da una fisonomía propia en el panorama económico argentino.

Por su situación geográfica —limita con dos naciones amigas y hermanas— también le corresponde un rango singular en el plano que estamos considerando.

Todo lo tiene, pues, para constituir una unidad económica autónoma, así como la población suficiente para trabajar y explotar sus tierras con entera libertad. Su conciencia cívica es tan acentuada como nos lo demuestra el hecho de que participó activamente en la revitalización nacional iniciada en 1944 y acelerada, con ritmo geométrico, desde 1946 en adelante.

Por otra parte, al dar a Misiones rango de Estado federal, cumpliremos con un objetivo fundamental de la política justicialista, política que está llevando a su máximo esplendor y grandeza al nuevo Estado argentino, y que podríamos resumir en las siguientes palabras —palabras rectoras— del presidente Perón: «Dentro de nuestro pensamiento está el que

cada uno de los territorios, en cuanto esté en condiciones de enfrentar la vida económica, pueda convertirse en una nueva provincia.» (*Aplausos.*)

Sin embargo, y a pesar de que Misiones se hallaba desde hace muchos años en situación de ser transformada en Estado federal, nada hicieron para ello los gobiernos que precedieron al actual. Intereses políticos de menor cuantía, egoísmos de viejos regímenes —afortunadamente desterrados por el justicialismo— postergaron indefinidamente la solución del problema. Guardaron por más de medio siglo silencio absoluto acerca de los derechos de esa comunidad.

Sus habitantes laboraron la tierra de sol a sol, crearon industrias, llamaron hacia sí la atención de propios y extraños, contribuyeron, en fin, grandemente, a la formación del patrimonio general de la República sin percibir ni el reconocimiento lógico que se les debía ni la autorización legal para el uso de privilegios que les eran inherentes y que estaban señalados por textos legales. En efecto, la ley de 1884, establecía categóricamente que cuando la población de algunos de ellos alcanzase un determinado guarismo —sesenta mil— tendría derecho a ser convertido en provincia. Más tarde, a principio del siglo, se presentó otro proyecto de ley al Congreso sobre la materia, el cual no mereció ninguna atención, así como los que se sucedieron casi anualmente hasta el advenimiento del justicialismo. Todo quedó en simples propuestas y en anteproyectos, que fueron a parar a carpetas llenas de polvo y telarañas. Parecía que para algunos grupos políticos de aquellas épocas nuestros territorios eran simples colonias o factorías, ya que, mientras algunos sistemas se adecuaban a las cambiantes modalidades y exigencias de la evolución del país, los territorios seguían rigiéndose por leyes anacrónicas y deficientes, como si no tuviesen todos ellos, y cada uno en particular, sus propias modalidades geográficas, económicas y sociales, y como si no fuesen partes vivas, partes humanas de la patria. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Afortunadamente todo eso, todos esos errores y deficiencias están ya siendo reparados. Ya son provincias Eva Perón y Presidente Perón (*Aplausos prolongados*), y no ha de tardar en serlo la rica y progresista Misiones. Luego tocará el turno a otros territorios, ya que ese programa está en la mente y en el corazón de Perón, hasta completar la unidad política de la República, y hacer de ella la patria grande, fuerte y próspera que todos anhelamos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Yo saludo jubiloso en nombre de la Patagonia este hecho, este acontecimiento, que incorpora a la familia federal argentina el Estado de Misiones, así como anteriormente lo hicimos con los Estados de Chaco y La Pampa.

Entendemos nosotros los habitantes de los paralelos más australes del país, que ésta es la política más hábil, más generosa y más constructiva que hay que seguir en la materia, y es la que debemos apoyar hasta los límites extremos de nuestra fuerza.

Hacemos votos, pues, por la prosperidad de la nueva provincia argentina, en tanto esperamos confiados que lleguen nuestro turno y nuestra hora. Turno y hora que llegarán incuestionablemente, porque aquellas ideas y aquello anhelos son también idea y anhelo de nuestro máximo conductor el presidente Perón. *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.)*

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Honorable Cámara, doctor Antonio J. Benítez.

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Nudelman. — Señor presidente: apoyamos sin reservas la provincialización del territorio de Misiones que, en su feracidad proverbial y en su potencialidad económica y cultural, puede ser en el futuro el vergel de la República.

Se afirma así con nuestra decisión el propósito, como lo expresara en un proyecto, de restablecer la histórica provincia de 1810 a 1834, dentro de los actuales límites de la gobernación del mismo nombre. Pero al apoyarlo quiero también dejar constancia de nuestra aspiración para que, cuanto antes, como lo proyectara, sean convertidos en provincias los territorios de Formosa, Río Negro, Neuquén y Chubut, que se encuentran constitucionalmente con el mismo derecho para orientar y dirigir sus propios destinos.

Votaremos en general con las reservas y salvedades que se han puntualizado en el despacho por los compañeros de sector, Santucho y Ravignani.

Tenemos honrosa y noble tradición partidaria en materia de provincialización. El primer proyecto, después de la ley Sáenz Peña, corresponde a Yrigoyen, en el año 1919. En posteriores iniciativas Eduardo Giuffra, Saccone, Sammartino, del Mazo, Maineri, Monjardin, Frondizi y Alende delinearon esa misma posición y, en el año 1951, el talentoso diputado Monjardin, junto con Yadarola y Pérez Martín, señalaron, en histórico debate, la justicia de la provincialización que se propone.

Sra. Rodríguez (C. E.). — ¿Me permite una interrupción el señor diputado, con el permiso de la Presidencia?

Sr. Nudelman. — Con mucho gusto.

Sr. Presidente (Tesorieri). — Tiene la palabra la señora diputada por Buenos Aires.

Sra. Rodríguez (C. E.). — Deliberadamente en mi exposición, no quise mencionar el proyecto del presidente de la República doctor

Hipólito Yrigoyen, remitido a esta Cámara en noviembre de 1919, porque, hurgando en los archivos, llegué a comprobar que en ese momento había en este recinto 97 diputados radicales, 40 conservadores, 10 socialistas y 4 demócratas progresistas. A pesar de existir mayoría radical, el hermoso proyecto del presidente Yrigoyen quedó durmiendo en los archivos. Si bien no tenía mayoría en el Senado, la tenía en Diputados, y éstos por lo menos tenían la obligación moral de votarlo.

Sr. Presidente (Tesorieri). — Continúa con la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Nudelman. — La interrupción temprana de la señora diputada me obliga a decir desde ya que se explica el hecho simplemente sabiendo que nuestro partido no tenía entonces mayoría en el Senado de la Nación. La provincialización de los territorios fué propiciada con clara visión de progreso por la Unión Cívica Radical...

—Varios señores diputados hablan simultáneamente.

Sr. Nudelman. — ...cumplimos hoy los legisladores del partido con un mandato que viene de la historia del país. Por eso hablamos de restaurar la histórica provincia de Misiones. Se trata además de reparar una injusticia de índole institucional y corresponder al esfuerzo abnegado de sus hijos, que tienen como los demás argentinos, el derecho de administrar sus intereses, de elegir sus gobernantes y de dictar sus propias leyes, dentro de las prescripciones y garantías de la Constitución Nacional.

En el debate del año 1881, a raíz de un proyecto del presidente Avellaneda, referente al territorio nacional de Misiones, el senador Igarzábal afirmó que si el ilustre San Martín pudiera hablar para pedir algo al Congreso de la Nación, sería, precisamente, para que se restableciera la provincia de Misiones, donde él nació. Y Pellegrini, apoyando el propósito, afirmaba: Se trata de la provincia más antigua de la República Argentina. Ella ha estado representada en nuestro Congreso después de nuestra Revolución, y por hechos que sería largo enumerar se encuentra hoy refundida en la provincia de Corrientes.

Misiones, como se ha dicho con razón, fué de las primeras en abrazar la causa de Mayo reconociendo la gesta de 1810.

En histórica reivindicación Mario Herrera, hijo preclaro de ese territorio, en su magnífico libro *La provincia de Misiones*, demuestra cómo es verdad que fué provincia desde 1810 a 1834 a la vez que señala su valiosa contribución a la expedición del Alto Perú, en cuya oportunidad el general Belgrano, como comandante de las fuerzas redactaba el reglamento de treinta artículos, para la provincia de Misiones, en el campamento de Tacuarí el 30 de

diciembre de 1810. En aquel reglamento, verdadera constitución, acaso la primera de la República, se hace saber a los naturales que se venía a restituir sus derechos de libertad, propiedad y seguridad, de los que por tantas generaciones habían sido despojados, liberándolos así del yugo de hierro en que vivían, en momentos de comprobar el dolor de su desnudez y su miseria.

No entraré en los detalles de ese articulado que tiene sin duda proyección de futuro, pero pido que sea incluido en el Diario de Sesiones. En él se refleja el pensamiento de Mayo, libertador y justiciero, que habría de recoger más tarde Echeverría para afirmar la democracia como el régimen de la libertad fundada en la soberanía del pueblo y en la igualdad de clases. «El fin de la institución del gobierno —decía— es garantizar a cada miembro el más alto y libre ejercicio de sus derechos naturales. Cuando los magistrados o gobernantes violan los derechos del hombre y éste no encuentra amparo en las leyes, la insurrección es para cada ciudadano y para el pueblo el más sagrado de sus deberes. Todo tirano o usurpador —concluía— se pone en estado de guerra con la sociedad», y Bartolomé Mitre, Vélez Sársfield, Mármol y Sarmiento en el dictamen de la comisión examinadora de la Constitución que sirve de base a la reforma de 1860, expresan esos mismos conceptos diciendo: que el objeto primordial de los gobernantes es asegurar y garantizar los derechos naturales de los hombres y de los pueblos, y que toda ley que los quebrante destruirá los fundamentos de la sociedad misma.

Misiones contribuyó a dar los primeros trescientos hombres al general San Martín para formar el regimiento de granaderos a caballo.

Un 13 de noviembre de 1813 la Asamblea Constituyente estableció que los diez pueblos de Misiones nombren un diputado para que concorra en su representación.

En el Tratado del Cuadrilátero se estableció que Misiones queda libre para darse su gobierno y para reclamar la protección de «cualquiera de las provincias contratantes».

En 1823 se firma una alianza militar entre el gobierno de Entre Ríos, representado por Evaristo Carriego, y Félix Aguirre por la provincia de Misiones. En 1824 el Congreso Constituyente tuvo dos diputados, Manuel Pintos y Manuel Ignacio Martínez, en representación de la histórica Misiones. En 1832, tras episodios que exponen Mario Herrera en el libro ya citado y Aníbal Cambas en su *Historia política e institucional de Misiones*, el gobernador Ferré de Corrientes se anexa, injustamente a nuestro juicio, el territorio, haciendo valer un decreto olvidado de Gervasio Posadas, del 10 de septiembre de 1813.

La cuestión quedó pendiente, sin embargo. El 9 de febrero de 1843, el tratado que firma el

libertador Urquiza y el gobernador de Corrientes, Pedro Cabral, establece para que sea discutido en la Confederación «que quedan en reserva los derechos que tengan los misioneros como provincia».

Nuestro proyecto de provincialización exterioriza la voluntad del magnífico pueblo de Misiones, al que tuvimos ocasión de admirar hace poco en la expresión de su belleza, en su sentimiento de emoción republicana, en el esfuerzo económicosocial y en la cultura de hijos abnegados que realizan el esfuerzo en ese grandioso crisol de razas en que se funde el alma de la Nación.

Allí, y en todo eso, palpita el corazón de un pueblo que se siente con mayoría de edad para dirigirse por sí mismo. Esas son las razones, por otra parte, que inspiraron siempre los proyectos de los representantes de este sector y que justifican hoy el carácter de nuestro voto afirmativo.

Misiones contó para la formación de sus primeras comunidades humanas con el valioso aporte moral y social de las misiones jesuíticas. Sus doce reducciones guaraníicas, junto con las cuatro de Corrientes, dependían de Yapeyú, hasta que fueron expulsados en 1777 por orden de Carlos III.

Los sacerdotes de las misiones fueron fundadores de pueblos. San Ignacio, monumento histórico, muestra en sus muros de piedra labrada a mano y en todo el conjunto de su obra arquitectónica, el esfuerzo civilizador de aquellos abnegados religiosos. Don Graciano Carvallo en su trabajo *Posadas en pos de su cronología*, y José Gadano en su obra *Territorios nacionales*, enseñan los detalles iniciales de aquella gigantesca obra de redención.

En el territorio de Misiones, junto a la población que llega a casi los trescientos mil habitantes, está la potencialidad económica alcanzada definiendo el derecho a la autonomía que reclaman a justo título los esforzados hijos de esa tierra.

Daré algunas cifras. Las hemos recogido con algunos compañeros de sector y el presidente de nuestro partido al recorrer no hace mucho el territorio

La yerba mate, que es la producción madre de Misiones, abarca 63.000 hectáreas cultivadas, con una cosecha anual de 102.000 toneladas y un valor aproximado de 120.000.000 de pesos. Hay más de 8.300 plantadores y se ocupa a más de 50.000 obreros.

El cultivo del tung, relativamente nuevo en su faz industrializada, cubre una extensión cultivada de 55.000 hectáreas, con una cosecha anual de 80.000 toneladas y con seis fábricas de aceite que elaboran 9.000 toneladas, por un valor aproximado de 36.000 de pesos. Hay más de 9.000 plantadores y se ocupan a más de 30.000 obreros.

De maíz, hay más de 34.000 hectáreas de cultivo. De mandioca, 22.000 hectáreas.

blecido sobre esas bases y que cumplierse honradamente los compromisos que contrajo con el país.»

—Suenan la campanilla indicadora de que ha vencido el término de que dispone el orador para su exposición.

Sr. Presidente (Benítez). — Ha vencido el plazo de que el señor diputado por la Capital disponía para hacer uso de la palabra.

Sr. Nudelman. — Hablo en nombre del bloque, señor presidente.

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia entendió que en nombre de la minoría había hablado el señor diputado por Córdoba.

Sr. Nudelman. — El señor diputado por Córdoba habló en su calidad de miembro de la Comisión de Territorios Nacionales.

Sr. Presidente (Benítez). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Nudelman. — En el despacho que proponemos se dice que la Constitución provincial que se dicte deberá conformar sus disposiciones a las de la Constitución Nacional, asegurando especialmente la igualdad de los ciudadanos ante la ley; la supresión de toda distinción para elegir y ser electo, y una administración de justicia sin fueros personales ni privilegios de grupo.

La Constitución Nacional de 1853, lo dijimos alguna vez, fué plasmada en más de cuarenta años de cruentas luchas entre fulgores de civilización y de desdichas. Consagrada en asambleas populares en los años 1811, 1813, 1815, 1817, 1819 y 1826, y en pactos y tratados provinciales, fué el producto de una larga y dolorosa gestación. Consagra el respeto de la personalidad humana y presidió la unión de los argentinos y el asombroso progreso motivo de admiración de propios y extraños.

Es una superestructura en marcha hacia la justicia como ideal de humana perfección. Es, como dice Joaquín V. González, un legado de sacrificios y de glorias que dieron los padres de la patria para nosotros y los hombres de los siglos por venir. Por eso hay que ahorrar horas de dolor a la República evitando, en improvisaciones suicidas o imitando los malos ejemplos de tierras extrañas, favorecer el retroceso hacia el despotismo.

Nuestro despacho tiene como fundamento la preocupación creada por el régimen instaurado en los ex territorios del Chaco y de La Pampa que motivaron los proyectos de intervención ante esta Cámara, reclamando el remedio federal. En el primero de esos ex territorios se crea una legislatura de tipo corporativo fascista, y en ambos una justicia de clase incompatible con nuestro ordenamiento jurídico institucional. En esas constituciones provinciales se destruye el régimen de igualdad ante la ley, se crean fueros personales y se sancionan privilegios para

ciertos grupos sociales, en pugna con la Constitución Nacional, especialmente en sus artículos 1º, 5º, 6º y 28.

Queremos evitar el régimen que derrotado en los campos de Europa busca su revancha en América, régimen corporativo que por la intimidación y el terror estimuló el automatismo fanático, y el declinar de la razón para servir...

—Hablan varios señores diputados a la vez.

Sr. Nudelman. — ...la obediencia ciega que anula la dignidad.

Los sindicatos que con libertad pueden y deben ser actores ponderables en el progreso económico social, en esos regímenes corporativos fueron instrumentos de desintegración espiritual para terminar convirtiéndose en entes sin alma destinados a la servidumbre.

Queremos evitar la repetición del fenómeno fascista que significa la dictadura. La lucha contra la dictadura es la lucha de todos los siglos. La lucha del Estado al servicio del hombre, frente al hombre al servicio del Estado. Luchamos por el respeto de los derechos individuales.

Sr. Gianola. — El señor diputado no está en la cuestión.

Sr. Presidente (Benítez). — El señor diputado por Buenos Aires observa que el señor diputado por la Capital se aparta de la cuestión en debate. La Presidencia ruega al señor diputado por la Capital que refiera su exposición al proyecto de ley en discusión.

Sr. Nudelman. — Me estoy refiriendo al despacho que traduce el propósito...

—Hablan varios señores diputados a la vez.

Sr. Nudelman. — ...de defender el régimen representativo republicano y federal de la Constitución cuando se organice el próximo gobierno provincial.

A los sindicatos hemos dado reiteradas veces la señal de alerta aquí y en todas partes sobre esta cuestión. En el proyecto de asociaciones patronales para enfrentar a los sindicatos obreros, que ha tenido entrada a la Cámara, se pretende ya lo mismo que antes en Italia y Alemania: crear el estamento para las asociaciones patronales, preparando así las etapas corporativas del futuro.

La Constitución provincial sancionada para el ex territorio de La Pampa, lo mismo que la del ex territorio del Chaco, para los cuales oportunamente solicitáramos la garantía federal, contiene disposiciones que queremos evitar se incluyan en la constitución de la nueva provincia de Misiones, desde que, como ya lo hemos dicho, se subvierte la forma republicana

de gobierno, en cuanto, en materia de justicia, se sanciona diferenciaciones en favor de algunos grupos sociales frente a una misma situación y se establecen prerrogativas y fueros personales que nada tienen que ver con la defensa legítima de los intereses obreros, pero que repugnan a la Constitución Nacional, a la que deben conformarse las constituciones provinciales para que se les reconozca validez.

La igualdad ante la ley a que se refiere el artículo 28 de la Constitución, en concordancia con los artículos 26 y 31, que se refieren a los derechos de los ciudadanos y extranjeros, impone que todos los habitantes gozarán de los mismos derechos y garantías. Por eso la Corte Suprema Nacional ha resuelto reiteradamente que la igualdad ante la ley consiste en que no se establezcan excepciones o privilegios que excluyan a unos de lo que se concede a otros en igualdad de condiciones, según se registra en el tomo XVI, página 118, y tomo CXXVII, página 18, entre otros.

La posición que dejo señalada constituye el fundamento de nuestra lucha de más de medio siglo en defensa de la dignidad humana y de los principios que sirven de base a la democracia que vigoriza siempre el fraterno anhelo de paz y libertad. Los propios hijos del territorio de Misiones que forman en las filas de nuestro partido, demostrando clara madurez política, han fijado su posición en el año 1951, en documento que firman los señores Roberto Martí, Rafael G. Cortés, Julián Francisco Freaza, Pedro D. Rebollo, Roberto Galeano, actual presidente del comité territorial, Raúl López y Mario Losada, entre otros, expresando que aspiraban la provincialización, pero señalaban al mismo tiempo conceptos esenciales de contenido institucional y social.

En materia política decía el manifiesto: «El anhelo provincialista radical debe tender a la obtención de una constitución ampliamente democrática y progresista, que asegure todos los derechos del individuo, en plena armonía con los de la sociedad; que garantice expresamente el derecho de huelga, dándole jerarquía constitucional; que establezca debidamente: la nivelación e independencia recíproca de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial; un régimen municipal electivo para todas las localidades de la provincia, cualquiera fuese su importancia, con la intervención de argentinos y extranjeros en el gobierno municipal...»

En lo social dijeron que «la provincia de Misiones deberá garantizar la plena vigencia de las leyes del trabajo nacionales, dictando las que fueren de su competencia; adoptará el principio del trabajo como deber social; implantará la obligación de retribuir los servicios sin distinción de sexos; establecerá el salario mínimo, vital, móvil; asegurará la agremiación obrera sin ninguna injerencia estatal; or-

ganizará tribunales especiales para dirimir los conflictos del trabajo; y, en fin, propenderá al pleno desarrollo del individuo y de la familia mediante una legislación inspirada en las conquistas sociales más modernas.»

En lo económico y financiero también se proponen, con claro sentido de progreso, las reformas más avanzadas, respecto a cargas tributarias de feudos improductivos, ganancias excesivas y de ausentismo, combatiendo el privilegio y defendiendo la iniciativa privada y el producto del esfuerzo individual legítimo dentro de los derechos y garantías que corresponden al ciudadano para ser dueño de su esfuerzo, sin comprometer los intereses de la sociedad.

En materia educacional y cultural dice el documento que el radicalismo bregará para que la provincia de Misiones dicte leyes de enseñanza que aseguren y difundan el saber elemental, medio y superior, por todos los ámbitos de su territorio; propenderá a todas las actividades físicas y culturales de las masas populares, y muy especialmente cuidará de la formación de una conciencia honradamente inspirada en las tradiciones revolucionarias de Mayo, a fin de acrecentar nuestra personalidad en el cuadro federativo del país y de asegurar la defensa de la democracia y su desarrollo progresista.

Este documento partidario demuestra con precisión el valor intelectual y moral de los hijos de esa tierra, que en plena madurez de su conciencia política afirman el propósito de asegurar todas las conquistas sociales que amparen la cultura y el trabajo sin declinar de los principios morales que exaltan la dignidad humana y la alejan de la decadencia llena de tormentos que señalan el camino de la opresión y el despotismo.

También en nuestro proyecto se solicita como aspiración, que se mantengan los actuales límites y denominación, para rendir así merecido tributo a un hombre que el pueblo está acostumbrado a venerar a través de acontecimientos que precedieron su propia gloria...

Sr. Albrieu. — ¿El señor diputado se refiere a su propio proyecto o al despacho de la minoría?

Sr. Nudelman. — Me estoy refiriendo a nuestra aspiración, a la tradición del nombre y a la razón de nuestro proyecto...

—Hablan a la vez varios señores diputados.

Sr. Nudelman. — Deseamos que no se mezclen con hechos o nombres de actualidad política todo aquello que pertenece al acervo común; queremos que el esfuerzo del pasado en la organización nacional sea valorado debida-

mente para mantener la unidad de la República en reserva para los instantes supremos de la patria en peligro. Con el avallamiento de los juicios apresurados no se defiende el porvenir de las estatuas. No debe por eso la militancia política circunstancial comprometer en idolatría servicios, gratitudes o ambiciones que vuelvan riesgoso el repechar ascendente del progreso. No hay que anticiparse al juicio de la historia. San Martín, después de cruzar los Andes, mandó dar vuelta su chaquetilla de soldado. Tal era el grado de pobreza en que vivía. Sin embargo, toda su obra de héroe libertador constituye la más bella página de nuestra historia.

Sra. Rodríguez (C. E.). — Cuando los homenajes son merecidos, hay que rendirlos en vida.

—Hablan varios señores diputados a la vez.

Sr. Nudelman. — Nerón, después de asesinar a la madre, a su mujer y a su preceptor y teñidas todavía sus manos en la sangre de lo mejor de su pueblo, lo mismo que Pompeyo, asesino de millones de habitantes, se hacían adorar y levantar estatuas con prodigalidad. Himnos, odas y sonetos exaltaban el patriotismo federal del tirano Rosas, y se le rinde adhesión en la Legislatura, en la universidad y en la justicia. El cerro Famatina cambió el nombre en su homenaje. Hitler y Mussolini hicieron lo mismo. Al general Uriburu se le llamó en el Senado «el hombre del destino» y un escritor «vicario de Dios sobre la tierra»...

Sr. Gianola. — El señor diputado por la Capital está fuera de la cuestión.

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sr. Presidente (Benítez). — Si el señor diputado por la Capital insiste en apartarse de la cuestión en debate, la Presidencia se verá obligada a requerir un pronunciamiento de la Honorable Cámara.

Sr. Nudelman. — ...Y como siempre, lo que no fué la obra del tiempo, el tiempo lo destruye. Yo espero que los constituyentes futuros de Misiones, inspirándose en la obra grande de los forjadores, sepan respetar la tradición que honró una cuna de glorias comunes.

Para terminar repito las palabras de Esteban Echeverría, que un día afirmó que «el camino para llegar a la libertad es la igualdad y ésta nace de la fraternidad. No hay igualdad donde la clase rica se sobrepone y tiene más fueros que las otras. Donde cierta clase monopoliza los destinos públicos. Donde el influjo y el poder paralizan para los unos la acción de la ley y para los otros la robustece. Donde las recompensas y empleos no se dan al mérito probado por hechos. Donde los empleados son

agentes serviles del poder, no asalariados y dependientes de la Nación. Donde no tiene merecimiento el talento y la probidad, sino la estupidéz rastrera y la adulación. Es también atentatorio a la igualdad todo privilegio otorgado a corporación civil, militar o religiosa, academia o universidad, toda ley excepcional o de circunstancia. La sociedad o el poder que le representa debe a todos sus miembros igual protección, seguridad, libertad. Si a unos se las otorga y a otros no, hay desigualdad y tiranía».

Al amparo de esas palabras del prócer de Mayo, que se identifican con un mandato ineludible, refirmo una vez más el pensamiento de esta fuerza representativa de la opinión al servicio de la libertad y la democracia, esperando que los constituyentes sepan cumplir con su deber para asegurar así el porvenir y la grandeza de ese magnífico territorio al incorporarse como provincia a la vida nacional. (¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.)

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor delegado por Formosa.

Sr. Mariño. — Señor presidente: en esta sesión, en la que se trata un importante proyecto de ley, como es el de la provincialización del territorio de Misiones, habría mucho que hablar y que decir; pero comenzaré recordando, en apretada síntesis, algunos datos históricos y religiosos que se relacionan íntimamente con el territorio de Misiones.

Su nombre manso proviene de un motivo que ya está lejos en el tiempo. Allá por el 1600 llegó a esas tierras de la actual Misiones una congregación religiosa —los jesuitas—, que venía con el objeto de evangelizar y ganar a la causa de Cristo al indígena indómito. Su obra fué cíclopea y sin desmayos. Las acechanzas del clima, las incomodidades de toda índole y la recelosa desconfianza del elemento a quien venía a evangelizar no fué óbice para que cesara en su intento. La fe puesta en Dios y en sus fuerzas dieron sus frutos en abundancia. Consiguieron atraer al indígena y llevar a su espíritu la luz del Redentor del mundo. Le enseñaron las artes manuales e hicieron de esos seres agrestes seres útiles y provechosos.

Fué la Compañía de Jesús una de las instituciones características de la colonización de América, que viniera de la vieja Europa con el objeto de civilizar al indio, educarlo cristianamente y acostumbrarlo a la vida en común.

El primer asiento de los jesuitas fué en el Paraguay y de allí se extendieron a Chaco —hoy provincia Presidente Perón—, donde después de cruentos sacrificios fracasaron.

Mejor suerte les cupo a las reducciones que se instalaron en el territorio de Misiones, alcanzando las mismas a un número elevado para la época y el lugar, pero su floreciente y próspero progreso despertó la codicia de los paulistas, cuyas sangrientas incursiones en busca de

oro y de esclavos determinaron la ruina de dos décadas de labor.

De los cincuenta mil indios que habitaron aquellas regiones únicamente se salvaron 12.000 que con sus misioneros hubieron de abandonar las tierras asoladas y a bordo de 700 barcas descendieron por el Paraná y se establecieron de nuevo al amparo de las misiones fundadas anteriormente en las márgenes de este río y del Uruguay. En una región fertilísima que abarca parte del Paraguay y de la Argentina —la extensa zona de Corrientes y de Misiones—, regada por dos grandes ríos y numerosos afluentes, floreció el llamado Imperio Jesuítico, en treinta reducciones que, en 1732, según los censos parroquiales, tenían una población de 144.252 habitantes, trazadas de acuerdo a un plan común. Los pueblos reunían condiciones de comodidad e higiene, superiores, según testimonio de la época, a las de muchas grandes ciudades.

Entonces ¿cómo podía caer en el olvido toda esta grandiosa obra, por el solo hecho de que se hubieran retirado los jesuitas con sus indios, si quedaba su recuerdo perdurable y muchos edificios de piedra que hoy admiramos como ruinas de un pasado floreciente? Quedó su recuerdo y el nombre de Misiones, como símbolo, a ese pedazo de nuestra tierra generosa.

Misiones con la ida de los jesuitas y sus reducciones no se derrumbó; y razón de ello da el hecho de que la antigua Candelaria es hoy Posadas, capital del territorio, y que la agricultura que en aquella época se explotaba, especialmente la yerba mate, tabaco, fruta y madera —que constituían su principal fuente de riqueza—, sigue siendo hoy día factor principalísimo de su riqueza. La ganadería, que tenía un papel preponderante, hoy sigue siendo de muy estimable valor.

La actual Misiones tiene una extensión de 29.821 kilómetros cuadrados y su población alcanza ya a la cifra de 246.396 habitantes, según el censo general de 1947. Esta cifra importante da ya la razón de ser de este proyecto de ley de provincialización de Misiones, que a mi criterio es un acto de verdadera justicia, una realidad en la política justicialista del conductor de la nueva Argentina, el general Perón. Visionario innato que ve en Misiones, futura provincia, a un pueblo activo y capaz de ejercer uno de los más nobles derechos de la ciudadanía: el de elegir a sus gobernantes. (Aplausos.)

Este proyecto de ley es un eslabón más del plan que culminará, en un futuro no lejano, con la incorporación de todos los territorios nacionales a la gran familia federal argentina, a medida —lógico es— que cada uno de esos territorios vayan alcanzando la madurez política, social y económica que cimente el íntegro goce de sus respectivas autonomías.

Que Misiones está en condiciones de ser

provincia lo atestiguan los hechos de que su población, por una parte, es más que suficiente; y, por otra, que su madurez social y política ha alcanzado un alto nivel.

En cuanto a su economía, Misiones es un territorio que encierra grandes recursos actualmente en explotación y otros por explotar. La agricultura constituye la riqueza principal de Misiones, especialmente los productos subtropicales. La riqueza agrícola del territorio está representada por el maíz, el arroz, el tabaco, la yerba mate, los citrus y otros más, que sería muy largo enumerar.

La riqueza ganadera le sigue en importancia y la misma está constituida por bovinos, ovinos, porcinos, equinos y caprinos.

Se explotan alrededor de 20.000 hectáreas de bosques y hay cientos de establecimientos industriales con miles de obreros y empleados.

La mayor industria es la de la molienda de la yerba mate. Hay también diversos aserraderos donde se trabaja el peteribí, el cedro, el lapacho y el pino brasil.

Cruzan el territorio de Misiones más de 75 kilómetros de vías férreas y tiene cientos de kilómetros de caminos de tránsito permanente y más de mil de tierra.

Dispone también de una importante vía fluvial, el río Paraná, por el que servicios regulares de vapores comunican a Posadas con Buenos Aires. El río Uruguay se utiliza preferentemente para el transporte de maderas.

El desenvolvimiento de las comunicaciones de los últimos tiempos, ha influido en el desarrollo del turismo que afluye en su gran mayoría a las ya conocidas cataratas del Iguazú.

Cuenta con escuelas en número mayor de 400, lo que da idea cabal de su potencial cultural, atendidas por más de 2.000 maestros; todo esto en cuanto a la instrucción primaria. En cuanto a la secundaria, tiene colegio nacional, escuela normal, escuela experimental de agricultura y escuela de artes y oficios.

Misiones va camino de la grandeza que por derecho natural le corresponde; otrora olvidada por los viejos políticos —que sólo aprovecharon para explotar a sus hijos—, hoy levanta ese pueblo generoso su cabeza para decir que gracias a Perón y a su grandiosa obra llega a su mayoría de edad política, para entrar en el armónico desenvolvimiento de nuestra patria, como una nueva provincia. (Aplausos.)

Este proyecto de ley encaja justo con la realidad de los hechos; al aprobarlo no haremos más que legislar con toda justicia y satisfacer una sentida necesidad del probo y merecedor pueblo misionero que, repito, en otra época fuera tan olvidado, como lo fueron los demás territorios, por los viejos políticos de la oligarquía, que nada sabían de hombres que trabajan y producen y que hoy, con el advenimiento del justicialismo de Perón y Eva Pe-

rón, resurgen como retoños llenos de esperanzas en un futuro mejor y más humano.

Señor presidente: para terminar, en nombre del territorio al cual represento, vaya con esta exposición de hermandad y justicia, que no podría pasar por alto, algunas frases que en otras oportunidades mencioné, como que flota en este instante el recuerdo de aquella mujer, hoy Jefa Espiritual de la Nación, que en día no muy lejano, en la Secretaría de Trabajo y Previsión, ya hablaba a las delegaciones de territorios de estas realidades, confiada y segura, en la acción a desarrollar desde su gobierno por ese gran soldado argentino que se llama Juan Domingo Perón. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Alende. — Señor presidente: no puede pasar inadvertida a un diputado por la provincia de Buenos Aires la importancia de un debate al término del cual ha de aparecer en el cielo político argentino proyectada una nueva provincia; una más será de las que ya integran los que aun son nombres oficiales del país: las Provincias Unidas del Río de la Plata, la Confederación Argentina. No puede desconocer la trascendencia de este asunto el diputado de una provincia que ha sido llamada la primera, aunque se supone, y lo admite, que es igual a sus hermanas, pero que por lo menos fué la primera en consumir el sacrificio de ceder su propia capital para ciudad Capital de la república, contribuyendo así a la organización institucional definitiva de la Nación.

Fué realmente una injusticia notable y notoria, y así fué señalado por los diputados de la Unión Cívica Radical en el correspondiente debate, que Misiones no fuese provincializado como los ex territorios de La Pampa y de Chaco en el año 1951.

En el proyecto que para subsanar ese débito presenté el año pasado, señalaba la significación de las cifras que asigna a este territorio el cuarto censo nacional: 246.396 habitantes, que supera en número a los del ex territorio de La Pampa; población superior, entonces, a las de las provincias de Catamarca, Jujuy, La Rioja y San Luis, con una densidad de población de 8,3 habitantes por kilómetro cuadrado, superior a todos los territorios y a Corrientes, Mendoza, Santiago del Estero, San Juan, Jujuy, San Luis, Salta, Catamarca y La Rioja; territorio el de Misiones que desde 1914 hasta la fecha seguramente ha quintuplicado si no sextuplicado su población.

De las veinticinco divisiones geográficas del país corresponden a Misiones el número 22 por su extensión, el 13 por su población y el 7 por su densidad. Designó diputados a la Asamblea

Nacional del año XIII; envió diputados al congreso unitario de 1824. Está ubicada en tal forma que la mayor parte de sus límites territoriales toman contacto con países extranjeros, aunque hermanos. Es necesario incorporar a la vida cívica del país a los hijos de los numerosos extranjeros que en un porcentaje del 26,33 por ciento constituyen su población total, para evitar incluso episodios ingratos, que el país ya ha olvidado, pero que deben tenerse en cuenta en este caso preciso ante la evidencia del peligro que significaría para la futura suerte del país y el destino social de ser argentino mantener tratos diferenciales entre compatriotas. Fué en realidad un error.

El diputado Colom, significativo exponente del pensamiento de la mayoría, dijo que Misiones no se provincializaría hasta tanto la población extranjera se asimilara a la vida nacional.

Sr. Bumbo. — Fué una opinión personal.

Sr. Alende. — Por ese motivo, y para tratar de contrarrestar ese error de los poderes públicos, cumpliendo al mismo tiempo con un mandato del partido y con una decisión del bloque, presentamos un proyecto de provincialización, no sólo del territorio de Misiones sino también extensiva a los actuales territorios nacionales de Formosa, Río Negro, Chubut y Neuquén, que ya se encuentran en las condiciones legales especificadas para tomar el rango de provincias.

Por eso, señor presidente, deseo, ante algunas expresiones de legisladores de la mayoría, significar que ante esa defección de los poderes públicos no hacemos expresa renuncia, como el ex diputado Monjardín lo hiciera en el año 1951, del mérito de la iniciativa, sino que reclamamos para estos legisladores la paternidad que corresponde a los diputados de la Unión Cívica Radical, que vieron, señor delegado San Martín, cómo el proyecto de provincialización de Misiones dormía el sueño eterno entre el polvo y las cucarachas de algunas carpetas de la comisión correspondiente sin que siquiera los delegados representantes de ese distrito tuvieran la inquietud de solicitar su pronta sanción a la Honorable Cámara.

Sr. Gramajo. — Pero ustedes tuvieron mayoría y no hicieron nada.

Sr. Alende. — Me estoy refiriendo, señor presidente, a lo ocurrido durante los periodos 1952 y 1953. Considero prudente hacer una breve y rápida disquisición sobre la responsabilidad del radicalismo en materia de provincialización de territorios.

Sra. Rodríguez (C. E.). — ¿Me permite una interrupción el señor diputado, con permiso de la Presidencia?

Sr. Alende. — Con mucho gusto.

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra la señora diputada por Buenos Aires.

Sra. Rodríguez (C. E.). — Tengo sobre mi banca el Diario de Sesiones del 19 de julio de 1951, en que a una interrupción del señor dipu-

tado Tilli contesta el señor diputado Monjardin, que acaba de recordar el señor diputado por Buenos Aires, en la siguiente forma: «No me voy a referir a la gratuita imputación de bizantinismo que acaba de hacer el señor diputado a la Unión Cívica Radical. Pero si desde 1913 a 1938 no se mandaron el Registro Nacional y otras publicaciones a la Biblioteca Nacional, no veo por qué razón ha de continuarse haciendo lo mismo en algunos otros aspectos oficiales.»

De manera que se confirma que durante esos años, en que había una mayoría radical, ustedes no hicieron nada. (Aplausos.)

Sr. Alende. — Voy a contestar en una forma genérica las interrupciones de la señora diputada y de todos los señores diputados que hacen críticas al radicalismo en cuanto a sus realizaciones.

Ya hemos dicho más de una vez, y muchas veces, que aceptamos todo el pasado del radicalismo, con sus grandes aciertos, extraordinarios, y con sus defectos.

Sr. Miel Asquía. — Así andaba el país, dando tumbos.

Sr. Alende. — Aceptamos todo eso sobre nuestras espaldas, porque sería extraordinario, sería excepcional que un partido con tantos años de vida puestos al servicio de la República no hubiera cometido algún error en su trayectoria.

Aceptamos la crítica y aun la calumnia, porque eso nos enseña a ser mejores para contrarrestarlas; y después de veintitrés años de llano aceptamos a la manera de Rodó con su concepto de que «las estatuas no se odian», con ese tranquilo sentido retrospectivo de la historia argentina, la propia, la introspectiva crítica de nuestros aciertos y de nuestros errores, para superarlos.

Estamos orgullosos de ser radicales, pero permítaseme que en esta materia, como lo podría hacer en todas, establezca la responsabilidad del radicalismo.

El país tenía desde 1884 una deuda con los territorios nacionales, y estamos prestos a reconocer honrada y noblemente todo aquello que pueda ser un acierto del peronismo en la conducción del país...

Sr. Albrieu. — Pero no lo hacen.

Sr. Alende. — ... como estamos dispuestos también a no retacear en lo más mínimo nuestra denuncia sobre la vocación liberticida del régimen.

Aquella ley 1.532 establecía que cuando un territorio llegaba a contar con sesenta mil habitantes debía convertirse en provincia. Reconozco que pudimos haber tenido una deuda con el territorio de La Pampa, que no la puede mitigar el hecho de que la provincialización de este territorio, que había sido el único en 1914 en llegar a la cifra establecida por la ley, provocaba controversias en razón de observarse una declinación en el aumento progresivo de

su población y porque en la propia provincia de Buenos Aires se discutía un problema nacional: el establecer una nueva provincia con la ciudad de Bahía Blanca como capital, que comprendería partidos de la provincia de Buenos Aires y todo el territorio de La Pampa.

En 1914 el censo nacional estableció las cifras para los territorios nacionales. Solamente La Pampa...

Sr. Otero. — ¿Por qué no hicieron el censo antes?

Sr. Alende. — A eso voy, señor diputado; y vamos a hablar de los censos, como vamos a hablar de los errores de los censos peronistas. Por ejemplo, en el censo agrario se equivocan nada menos que en doce millones de cabezas de ganado.

Sr. Albrieu. — Así hubiera cualquier cosa; pero se han hecho los censos.

Sr. Alende. — Es cierto que hay una disposición constitucional que establece la necesidad de realizar cada diez años un censo nacional...

Sr. Albrieu. — Que no cumplió el radicalismo.

Sr. Alende. — ...y ellos se realizaron en 1859, 1895, 1914 y 1947.

Sr. Albrieu. — Todo el período del radicalismo sin censos. Así no se puede gobernar.

Sr. Alende. — No puede achacarse al radicalismo una demora solamente de seis años —desde 1924 hasta 1930— en realizar un censo nacional, cuando este gobierno de la perfectibilidad que organiza todo, aun aquello que no debe ni puede organizar, hizo el censo de 1947 y recién en 1951, cuatro años después, empiezan a conocerse las primeras cifras, y a los seis años todavía no se han publicado los tomos completos del censo para que el pueblo argentino se entere de los resultados detallados. Entre paréntesis, afirmo que lo conocido del censo acusa graves deficiencias en cuanto a su preparación y sus conclusiones.

Sr. Miel Asquía. — Ustedes no hicieron nada, ni siquiera una oficina de censos y estadística.

Sr. Alende. — Quiero referirme a un capítulo del libro *Pueblo y gobierno*, de que es autor Roberto Etchepareborda, y que pido se publique en el Diario de Sesiones, para terminar de una vez con todas las imputaciones que se hacen al radicalismo por aquello que Yrigoyen señaló diciendo que podía en cualquier momento de su presidencia haber declarado caducos los poderes originariamente falsos que se convirtieron en núcleos de resistencia, pero a los que prefirió mantener para dejar más vivo y descubierto el régimen, que así como no fué capaz de contener a la opinión pública en su pronunciamiento, así tampoco iba a detener al gobierno en su des-envolvimiento, en sus poderes, en su capaci-

dad y en el acierto singular de sus exteriorizaciones. Y si los hechos posteriores demostraron que en 1930 se coaligaron los intereses extranjeros con los de los políticos opositores para derribar al gobierno legítimo de Hipólito Yrigoyen produciendo una revolución cuyas consecuencias todavía percibimos, no quita ninguna gloria a la Unión Cívica Radical, sino que, por el contrario, la eleva y exalta por lo magnánimo de sus resoluciones y por la intensa y luminosa proyección histórica de sus gestiones cuando tuvo a su cargo la defensa de los intereses sagrados de la Nación. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

—Varios señores diputados hablan simultáneamente.

Sr. Alende. — Yo no hubiera querido decir estas cosas. Frente a una provincia que nace y se incorpora para siempre a la vida institucional del país, hubiera sido más interesante e importante hablar de cómo se formó nuestra Argentina, cómo fué haciéndose, cruenta, lenta y laboriosamente la organización nacional, tal como lo recuerda este gran maestro de la literatura, de la sociología y de la política argentina que es Ricardo Rojas, la aparición de cuyo primer libro, titulado *La victoria del hombre*, acaba de cumplir cincuenta años, ciudadano que aspiramos logre el premio Nobel como un acto de justicia. Evoquemos con él aquellas muchedumbres guerreras que se habían empobrecido en su bregar por la independencia, y no vestían los elegantes trajes de aquellos que en la ciudad capital de la República preconizaban hegemonías de círculo y buscaban en las cortes europeas un rey extranjero. Recordemos cómo los historiadores del país llamaron anarquía, guerra civil, período crítico, a aquel luminoso y salvador proceso del año 20; cómo las regiones interiores asumieron, ante la defección de los círculos porteños, su propia autonomía y la mantuvieron con sus vinchas rojas, con sus montoneras, con sus caudillos y con sus sables al tope, muriendo en los campos de la guerra civil para dar a la República una conformación federal. Todo habría de culminar en Caseros frente al sedicente federalista Rosas —unitario en el fondo—, cuando el general Urquiza entraba por la calle Florida de Buenos Aires, llevando en su chambergo el cintillo federal.

Rememoremos fugazmente la segregación de Buenos Aires, su sacrificio posterior en 1880, sacrificio que, como ya señalé alguna vez, fué destacado en memorable discurso por Leandro N. Alem, contrariando la federalización de la ciudad de Buenos Aires.

Es necesario traer este recuerdo, porque Misiones ha de ser también una provincia histó-

rica. Ella tiene adquiridos títulos para aco- plarse a sus hermanas, porque ella, aunque no dentro de sus actuales límites territoriales, reconoció tempranamente y frente a Velazco el gobierno revolucionario de la Primera Junta; porque ella albergó en su seno a aquel gobernador de espíritu argentino que fué luego el jefe de los orientales y que impartió desde su campamento de La Purificación, en el territorio de la entonces Misiones, las famosas instrucciones a los cinco diputados a la Asamblea del año XIII, sobre las que habrían de afirmarse —y ésta es la hora de hacerlo en común, argentinos y uruguayos— las bases auténticamente federalistas de la que hoy es nuestra gran Nación argentina. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) Así muy bien acota el doctor Ravignani, uno de los primeros autores argentinos que estableció la filiación histórica y auténticamente argentina de José Gervasio de Artigas, aquel héroe romancesco, aquel gallardo caballero gaucho de la República Oriental del Uruguay.

Nosotros debemos traer este recuerdo, porque vemos que está venido a menos nuestro federalismo; es necesario hacerlo, porque entendemos que para que una provincia argentina con legítimos títulos pueda sentirse total y cabalmente hermana de sus mayores —de éstas que hoy abren sus brazos amorosos para incorporarla como igual al seno de la familia argentina—, debe responder a esas tradiciones que desangraron las montañas y los llanos de nuestra tierra, para darnos jerarquía argentina y congruencia nacional.

El artículo 99 del despacho establece la necesidad de que la nueva provincia proceda a dictar una constitución que asegure los derechos debere y garantías de la libertad personal. Por consiguiente no podía huir de las más nobles tradiciones argentinas y encaminarse al régimen corporativo que repudiamos e impugnamos; no podía una vez más instaurarse la supresión de todas las libertades públicas, la represión de la libertad de reunión y de pensamiento.

Nuestras provincias no cumplen con su tradición. En ellas infiltra la política su sucia uña para deformar la conciencia de los hombres que se instruyen y se educan en las escuelas primarias, en las secundarias y en las universidades; se practica la infiltración totalitaria, en todas las actividades políticas, sociales, deportivas, culturales y artísticas de la población. Habrá que creer al multimillonario Aloé, que entiende que no hay gobernadores, ni Legislaturas ni nada. No habrá gobernadores en las provincias; serán simples «podestá» los gobernadores, y las provincias pasarán a ser simples marquesados, en este camino de degradación institucional que suponen el incondicionalismo y el unicato.

Sra. Rodríguez (C. E.). — ¿Me permite una interrupción el señor diputado?

Sr. Alende. — ¡Cómo no! Me sirve para descansar.

Sra. Rodríguez (C. E.). — Le voy a dar oportunidad al señor diputado para que descanse.

El señor diputado por Buenos Aires se va en palabras, como siempre. Como mujer peronista, en esta hora de justicia social, me duele que el señor diputado por Buenos Aires, que tiene clara inteligencia y dominio de la palabra, agregue adjetivos irónicos en sus referencias a personas que merecen el mayor respeto. Entiendo que cuando hay que hacer alguna acusación debe ser hecha de frente...

Sr. Alende. — Lo he hecho en la Cámara, y he demostrado...

Sr. Otero. — No ha demostrado nada.

Sr. Alende. — ...que en la Empresa Haynes, mientras el señor Aloé ganaba el 1.500 por ciento, los sueldos de los empleados y obreros subieron en 400 por ciento.

Sra. Rodríguez (C. E.). — El señor diputado por Buenos Aires trae permanentemente a la Cámara referencias que no corresponden.

Sr. Presidente (Benítez). — El señor diputado por Buenos Aires está considerando un problema ajeno al debate.

Sr. Alende. — He de terminar haciendo llegar un voto a la futura provincia de Misiones.

En el proyecto del diputado Monjardin se hablaba de restablecer la provincia de Misiones; nosotros preferimos estar en la ortodoxia constitucional y admitir a Misiones como nueva provincia, con lo que coincidimos con el despacho de la mayoría. Creemos, sí, que esta nueva provincia de los misioneros tendrá que ser la que recoja y acepte o la que deje de lado la histórica tradición de ese territorio. Serán los propios misioneros los que decidirán la conservación de un nombre que tiene no sólo resonancia política sino también evocaciones religiosas, que llegan a lo más hondo del sentimiento argentino. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Y así como el señor diputado Nudelman recogía las palabras del maestro Esteban Echeverría, útil será tener presente que en ese litoral de Pancho Ramírez y de Estanislao López se gestó el federalismo argentino; que se recuerde cómo los misioneros deben ser celosos custodios de esas tradiciones que hacen a la arquitectura fundamental de lo argentino en lo político, en lo constitucional y en lo jurídico. Piensen como Artigas —hay que poner trabas constitucionales al despotismo de los militares— y hagan suya su divisa: «Con la libertad, ni temo ni ofendo». (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor delegado por Misiones.

Sr. Ríos. — Señor presidente: en esta histórica jornada que vive hoy la Honorable Cámara

ra tócame el alto honor de intervenir en el debate en nombre del bloque peronista, al que tengo el orgullo de pertenecer; y aspiro a traducir con fidelidad, en el transcurso de mi exposición, el sentimiento de mis compañeros de sector, que tienen para Misiones inmensa admiración, y gran cariño para su heroico pueblo.

En un debate parlamentario dijo cierta vez un diputado que si el ilustre San Martín pudiera hablar para pedir algo al Congreso de la Nación Argentina, ese algo sería, precisamente, la provincialización de Misiones.

Hoy parece que el espíritu del insigne Capitán de los Andes se hubiera reencarnado en el ilustre conductor; y es el general Perón el que llega a esta Honorable Cámara, por medio de este proyecto de ley, a requerir de los diputados de la Nación la sanción de esta trascendental obra, anhelada profundamente por el pueblo de aquel que hasta hoy es territorio nacional.

El que habla se honra en representar al territorio de Misiones, en su carácter de delegado ante esta Honorable Cámara, y quiere en esta circunstancia formular algunas referencias que puedan ilustrar a los señores diputados a fin de que, en conocimiento de ellas, sientan la inmensa satisfacción de haber cumplido con una obra de sano patriotismo y de estricta justicia, incorporando un nuevo territorio a la confederación argentina, para que, unido y junto a sus hermanos mayores, marchen firmes en pos de los ideales proclamados por nuestro conductor, y contribuya con su esfuerzo, con su sacrificio y con su trabajo, para que esta Argentina de Perón y de Eva Perón sea por siempre justa, libre y soberana. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

No dudo un solo instante de que el pueblo de Misiones ha de saber responder con lealtad a esta distinción que le hace nuestro conductor y que esta Honorable Cámara ha de consagrar en esta histórica jornada, porque nuestro pueblo se ha formado, en el rudo batallar de la lucha diaria del hombre contra la naturaleza, venciendo todos los obstáculos y todas las dificultades, talando los inmensos bosques misioneros, donde dejaron sus vidas y sus esperanzas tantos hombres de bien que hoy forman el legado inapreciable de nuestra patria chica, de esos hombres y mujeres que abriendo picada en la enmarañada selva fueron llevando los primeros jalones de civilización y de progreso donde reinaba el desierto y la barbarie.

A esos hombres y mujeres que con el machete y el arado fueron abriendo los primeros surcos del progreso de Misiones; a esos hombres que vieron crecer la pujante riqueza de la tierra colorada para verla hoy florecer en todo el esplendor de su belleza; a aquellos hombres que sufrieron en su carne y en su espíritu el peso brutal de la injusticia y de la explo-

tación; a esos humildes obreros de la tierra y del bosque; a esos auténticos forjadores y autores de la riquezas de Misiones; a esos pioneros de la civilización yo quiero rendirles en la figura gloriosa del mensú el homenaje que por humana justicia les corresponde. Aquellos hombres que venidos de tierras lejanas y con ciego fanatismo se internaron en el medio de la selva para convertir pedazos de ella en oasis de fe y esperanza para progreso y civilización; a ellos que escucharon tantas veces el bramido salvaje de las fieras; a los que lucharon con bravura indómita y que junto con nuestros criollos abrieron los primeros surcos de civilización; a ellos que dieron lo mejor de su inteligencia y el esfuerzo de sus músculos para contribuir —¿por qué no decirlo?— con verdadero patriotismo al progreso real, efectivo y positivo de nuestra patria.

Ahí están, como otros tantos cantos de gloria a la patria, Eldorado, Oberá, San Javier, Libertador General San Martín, Apóstoles, Alem y tantas otras colonias y pueblos que hoy se levantan vigorosos en su progreso y en su riqueza y que son el fruto del sacrificio abnegado de esos hombres y mujeres para quienes yo reclamo el homenaje de nuestro más sincero reconocimiento. (*Aplausos.*)

Es indudable que ese pueblo esforzado y trabajador de Misiones, cuya tremenda lucha para forjar la riqueza de nuestro territorio he querido evocar en pocas palabras, es fruto de su propio esfuerzo, porque siempre vivió extranjero en su propia patria.

Nosotros, los territorianos, éramos iguales a todos los hermanos de nuestra patria para trabajar, pero nos diferenciábamos de los provincianos porque no gozábamos de iguales derechos. Eramos, pues, verdaderos colonos dentro de la misma patria. Nos separaba la incompreensión injustificada de los hombres que por tantos años tuvieron el control de la cosa pública, y que siempre se negaron a aceptarnos como verdaderos hermanos en la acepción integral del término.

Por un lado nos llenaban de promesas; por el otro, nos negaban el derecho más fundamental de todo argentino, cual es el de intervenir en la elección de sus propias autoridades y el de participar en las trascendentales medidas de gobierno.

Por un lado la Constitución proclamaba y proclama que no existen en la República Argentina prerrogativas de nacimiento y que todos los argentinos somos iguales. Nos enseñaban en las escuelas ese principio constitucional y nos decían que los mismos derechos nos asistían a los nacidos en La Quiaca, en Buenos Aires o en Tierra del Fuego; pero la verdad era muy otra. Los que vivimos en los territorios nacionales éramos parias dentro de la patria, porque se nos negaba la participación que nos correspondía en la elección de nuestros propios gober-

nantes, que es el derecho que diferencia a los argentinos de los extranjeros.

Recuerdo que no en un caso, sino en muchas oportunidades, diputados radicales y conservadores visitaban nuestro territorio y nos prometían la provincialización. Hace pocos días aun, dos de ellos visitaron Misiones y prometieron la provincialización de nuestro territorio. Esa es la demagogia que ellos siempre practicaron, y por medio de la cual mantuvieron engañados a nuestros pueblos sufrientes y hambrientos de justicia, ambulando siempre entre la incompreensión y la insensibilidad de los hombres que tuvieron el manejo de la cosa pública. (*Aplausos.*)

A esta altura de mi exposición he de contestar los cargos que nos acaba de formular el señor diputado Alende. Decía el señor diputado que los delegados del territorio de Misiones no habíamos activado los proyectos de provincialización presentados por el sector radical. Pregunto a los señores diputados del bloque radical cuándo ellos hicieron uso de los resortes que reglamentariamente tienen para solicitar la activación de esos proyectos.

Quiero dejar perfectamente establecida nuestra participación y nuestro trabajo dentro del Congreso argentino desde nuestra elección.

Los delegados misioneros teníamos fe y esperanza, y hoy tenemos la certeza absoluta de que nuestro conductor hace la justicia que equitativamente le corresponde recibir al pueblo argentino. El acierto de nuestra esperanza lo tenemos hoy en que estamos viviendo la realidad anunciada en el segundo Plan Quinquenal. Esperamos tranquilos, seguros de que Perón vendría al Congreso argentino a hacer justicia a Misiones, como hizo justicia ayer con el Chaco y La Pampa. (*Aplausos.*)

Sabíamos los territorianos argentinos que, con su mediación, habríamos de lograr la conquista por tantos años anhelada por nuestro pueblo. Así, la gravitación que nuestro ilustre conductor ejerce en toda la vida política e institucional de la República, no tardó en provocar en nuestro territorio el profundo cambio, llegando por fin a aquellos pueblos la verdadera justicia largamente anhelada.

Eva Perón, la extraordinaria compañera de nuestro conductor, palpó en los territorianos todas las injusticias y todos los dolores que aquejaban a los argentinos territorianos, a quienes se nos negaban los derechos de que gozaban nuestros propios hermanos.

Fué Eva Perón la que se convirtió en defensora fanática, decidida y valiente de los territorianos. Por eso todos los territorianos guardamos dentro de nuestros corazones un altar sagrado para venerar permanentemente a quien nos sacó de aquel ostracismo y de aquel olvido injusto en que vivíamos. Eva Perón será el nombre que todos pronunciaremos con recogido

respeto, porque significa la bandera y el símbolo de nuestra liberación política.

Decía, señor presidente, que con Perón se reivindicó al pueblo territorialiano. En la Constitución de 1949, realizada bajo la inspiración genial de nuestro conductor, se practicó la reforma largamente esperada por nuestros pueblos, reemplazándose los decadentes principios del liberalismo por los nuevos principios —triumfantes ya— de justicia social, independencia económica y soberanía política. Es así que por obra de Perón comenzamos a participar activamente en las grandes luchas cívicas del país, y se nos otorgó el derecho a elegir presidente y vicepresidente de la Nación y a elegir delegados ante esta Honorable Cámara.

Perón es el primer presidente argentino que hizo cumplir aquel postulado constitucional que dice que en esta tierra no existen prerrogativas de nacimiento y que todos los argentinos son iguales, tanto para el cumplimiento de sus deberes como para el ejercicio de sus derechos, ya que todos los argentinos, en cualquier lugar de nuestra patria en que nos encontremos y en que nos sepamos conducir con decoro y dignidad, somos iguales siempre que respetemos las autoridades constituidas, cumplamos con nuestras leyes y experimentemos el profundo orgullo de sentirnos cobijados bajo la bandera azul y blanca, que nos cubre por igual a todos los hijos de la patria grande de San Martín y de Perón, sin hacer diferencias odiosas y mezquinas entre los hermanos argentinos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Por eso, señor presidente, nosotros proclamamos que esta conquista es obra de nuestro conductor, porque fué el único que supo pulsar con sano patriotismo las necesidades de aquellas poblaciones olvidadas, para traducirlas en magníficas obras de bien y de progreso.

Misiones, como procuraré destacar, tiene sobrados méritos para alcanzar la soberanía plena de su autonomía como provincia argentina. Tiene en la actualidad un promisorio porvenir económico que, con estricta justicia, ha prestigiado su industria y su comercio en el mercado nacional e internacional por la diversidad y la calidad de su producción.

Para ilustrar mejor mi exposición daré lectura a algunos de los últimos datos estadísticos con el objeto de que no queden en el ambiente algunos guarismos mencionados por el señor diputado Nudelman, totalmente erróneos.

El total de la población extranjera en el territorio de Misiones es en estos momentos de 49.407 habitantes. La densidad de la población nativa arroja el 10,23 por kilómetro cuadrado, en tanto que la de la población extranjera alcanza al 1,06 por kilómetro cuadrado. La población total del territorio es de 310.000 habitantes; y, restando a este número la población extranjera, queda una población nativa de 260.500

habitantes. La proporción de habitantes extranjeros con relación a la nativa es de 16 por ciento.

La producción agraria es la más importante del territorio. Tiene 64.694 hectáreas dedicadas a la yerba mate, con un volumen de producción de 135.000 toneladas, lo que hace un valor de 291.600.000 pesos; 50.000 hectáreas de tung, con una producción de 70.000 toneladas que arroja un valor de 38.500.000 pesos; 10.000 hectáreas con 80.000.000 de unidades cítricas, que producen 24.000.000 de pesos; 41.500 hectáreas sembradas con maíz, arroz, maní, papa, poroto seco, poroto soja, batata, avena, algodón, caña de azúcar, *lemmon grass*, ananá, banano y ramio, que producen 60.000.000 de pesos anuales; 2.000 hectáreas de té, que producen 300 toneladas anuales y 9.000.000 de pesos; 91 hectáreas de uva para vinificar, que producen 347.500 pesos anuales; 6.100 hectáreas de tabaco, que producen 3.697 toneladas por valor de 9.280.765 pesos. Es decir que el total del valor de la producción agrícola de Misiones suma 432.728.265 pesos.

La superficie boscosa calculada es de 445.860 hectáreas. Están en producción fiscal 34.834 toneladas, y la producción privada alcanza a 133.715 toneladas.

La producción pecuaria está constituida por 195.722 cabezas de ganado vacuno, 99.572 de porcinos, 14.506 de lanares, 42.000 caballares, 8.000 mulares y 3.000 caprinos.

El movimiento del Banco de la Nación Argentina en el mes de mayo de 1951 alcanzaba a: depósitos generales, 45.200.000 pesos; depósitos en caja de ahorros, 8.900.000 pesos, y préstamos generales, 125.000.000 de pesos.

Existen en la actualidad en Misiones 44 plantas industriales de terciado. Se estima en 1.400 el número de establecimientos dedicados a diversas actividades industriales, a saber: molinos de yerba mate, fábricas de aceite de tung, almidón de mandioca, dulces, productos cítricos, y otras industrias (tabaco, té, etcétera).

En el territorio de Misiones existen 1.300 obrajes para la explotación de sus bosques, desde empresas que ocupan a más de 1.000 obreros, hasta los pequeños obrajes a cargo de los colonos, y que pueden llamarse familiares.

Se calcula que en esta actividad trabajan alrededor de 10.000 obreros que representan con familiares aproximadamente 40.000 almas. Hay instalados alrededor de 400 aserraderos, con un capital invertido calculado en 40.000.000 de pesos.

Con estos datos queda demostrado fehacientemente el poder económico de la nueva provincia, que está perfectamente asegurado. Es decir, que no se ha de ir tras la ventura de posibilidades, sino que se cuenta con la realidad incontrastable de un porvenir maravilloso que recibe día a día el impulso vigoroso del trabajo honesto y constante de esa inmensa colmena de hombres y mujeres que, jornada

tras jornada, laboran con fe y entusiasmo la grandeza pujante de la tierra colorada, de esa tierra generosa que en cada surco entrega al hombre lo mejor de su entraña para que él le arranque a manos llenas el preciado fruto que hace la grandeza de la patria, la felicidad del pueblo y que ha dado a Misiones justa fama nacional e internacional. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Siento profundamente que en esta sucinta exposición no pueda reflejar en todos sus detalles la capacidad cultural y económica del pueblo de Misiones. Por ello he de hacer una muy sintética referencia a uno de los aspectos más interesantes de nuestro pueblo y que tiene total coincidencia con las orientaciones económicas que el general Perón da al pueblo argentino para que, unidos en sociedades cooperativas, los productores defiendan mejor el fruto de sus esfuerzos y de su sacrificio y para que los consumidores defiendan mejor sus intereses. El movimiento cooperativista de Misiones es todo un orgullo para el pueblo de su territorio; en él están agrupados la producción, la industria, el agro y los consumidores. Una bien formada conciencia cooperativista es la manifestación más elocuente de la cultura social y económica de nuestro territorio. Estas manifestaciones tan loables y tan patrióticas estuvieron siempre desamparadas de la ayuda y del estímulo oficial. Recién con el gobierno del general Perón el movimiento cooperativista de Misiones, que auspicia este sistema nacional de organizaciones, estimuló, protegió y desarrolló sus actividades. Los hombres de trabajo de nuestro pueblo se ven por primera vez respaldados por una sana política económica que hace vivir el apogeo, el esplendor de este movimiento, tan saludable para la economía nacional y regional.

Así tenemos que la actual Misiones cuenta con treinta cooperativas de hombres de distintas actividades, y una federación. En ellas se agrupan más de quince mil socios; cuentan en total con un capital suscrito superior a 15.000.000 de pesos. En 1951/1952 realizaron operaciones por una suma que sobrepasa los 110.000.000 de pesos; sus reservas eran entonces de 260.000 pesos, con un excedente de 2.220.000 pesos, habiéndose registrado pérdidas que sólo llegan a 1.887 pesos.

Esto es tan sólo un reflejo del alto exponente de la capacidad económica de nuestro territorio, como también de la cultura alcanzada por nuestra sociedad y sobre cuyos resultados podemos sostener las más optimistas presunciones.

Puede, pues, nuestro conductor, el general Perón, tener esperanzas fundadas en que su prédica y su acción en favor del cooperativismo ha de encontrar siempre el apoyo del pue-

blo misionero laborioso y patriota que, jornada tras jornada, va logrando nuevas conquistas que hacen a la felicidad y la grandeza de nuestra patria chica; como también puede estar seguro nuestro conductor de que ese pueblo lo admira y respalda, porque reconoce en él al más grande realizador y propulsor de nuestra riqueza y único gestor de nuestra liberación política. (*Aplausos.*)

Me referiré ahora a otro aspecto importantísimo de la vida de Misiones. Lo he de hacer con la más profunda emoción, porque he de exaltar el alto y disciplinado espíritu sindicalista de mis compañeros trabajadores, ya que el que habla es representante directo de esa inmensa masa de hombres y mujeres humildes, modestos, abnegados y, por sobre todas las cosas, peronistas leales y sinceros, soldados incondicionales de nuestro conductor, que reflejan día a día, en todas sus acciones, las enseñanzas que inspiraron en ellos los postulados de nuestra doctrina nacional, afianzados en sus espíritus y en sus mentes por el ejemplo patriota de nuestro ilustre conductor.

El pueblo trabajador de Misiones está organizado tal como lo dispone el segundo Plan Quinquenal de Perón. La masa obrera de Misiones, antes del advenimiento del gobierno peronista, se hallaba desunida, desorganizada y anarquizada por la acción perniciosa de gobiernos antipopulares, y de un capital inhumano. En Misiones, como en toda la República Argentina, el dirigente gremial era perseguido y escarnecido; a los sindicatos se los clausuraba como organizaciones despreciables del pueblo y de la sociedad, fruto todo ello de los principios decadentes y caducos del viejo liberalismo imperante en aquella época, que luego cayó vencido frente a los vigorosos y pujantes principios de la nueva doctrina que naciera en la República Argentina por inspiración genial de nuestro conductor y que se consagrara en la Constitución Nacional peronista como justicia social, independencia económica y soberanía política. (*Aplausos.*)

Así se despertó un nuevo espíritu sindical en aquellos sacrificados hombres de trabajo.

Misiones, como ninguna otra, conoció la mayor de las miserias sociales que haya vivido la República Argentina: modestos obreros que con su sudor y la fuerza de sus músculos amasaron tantas fortunas para hombres sin alma, sin conciencia, para hombres inhumanos, para hombres sin Dios; obreros modestos que se internaban en la selva enmarañada para desentrañar de ella la riqueza de sus bosques y que, como único pago, recibían el castigo corporal, el ultraje moral y por fin la muerte.

¿Por qué en esa época, pregunto yo, estos mismos politiqueros de hoy, no salieron en defensa de tanta miseria y de tanta barbarie?

A nosotros, que hemos vivido esta tremenda realidad, no se nos puede hablar de esa libertad que tanto anhelan los politiqueros del liberalismo, que ya está extenuado por los nuevos principios sociales, porque esa libertad que ellos pregonan sólo sirve para el sometimiento y la explotación inhumana del trabajador.

He ahí la mejor explicación de por qué el pueblo trabajador de Misiones se unió sin reservas y con todo entusiasmo al movimiento peronista, y cómo esa profunda fe se ve fortalecida en sus principios fundamentales cuando el entonces coronel Perón se convierte en líder de las masas trabajadoras, y con Eva Perón tendió su mano generosa y amiga a aquel pueblo que por tantos años no conoció la recompensa y el reconocimiento de la justicia. El coronel Perón exhortó a la organización de los trabajadores, y el eco divino de las palabras reivindicadoras del conductor resonó por igual en las riberas del alto Paraná y en nuestras incomparables cataratas, como en las laderas andinas o aquí en las riberas del Plata.

Y así, señor presidente, Misiones presenta al panorama argentino, como orgullo, una perfecta organización gremial, que a través de 86 sindicatos se agrupa en dos delegaciones regionales de la Confederación General del Trabajo que las orienta y las dirige por el camino seguro que nuestro conductor señaló y señala para felicidad del pueblo trabajador. En sus filas se hallan reunidos más de sesenta mil trabajadores que hoy agradecen, con la más viva expresión de su entusiasmo, todas las conquistas sociales y económicas que nuestro conductor puso a su alcance. Son todos trabajadores con profunda y arraigada fe peronista, que están dispuestos a dar su vida por Perón, porque ellos saben mejor que nadie que es preferible ofrendar su vida con dignidad y honor por su líder que los liberó de la ignominia y por la patria que los cobija con amor, antes que vivir nuevamente arrodillados con humillación ante la antipatria. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Nuestras organizaciones gremiales llevaron hasta el más apartado rincón de la tierra colorada los principios reivindicatorios proclamados por la doctrina nacida del genio de nuestro conductor, y clavaron la bandera de la justicia social ahí mismo donde antes existía la inicua explotación.

Podemos, pues, afirmar con toda certeza y sin temor a equivocarnos que ese pueblo está perfectamente preparado para entrar por la puerta ancha de la mayoría política; y podemos adelantar a nuestro conductor que las justas políticas de la nueva provincia le han de brindar todas las satisfacciones que tenemos el compromiso irrenunciable de ofrecer a quien nunca nos prometió nada pero que nos dió todo lo que anhelábamos en forma generosa y espléndida. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

En esta acción de educación gremial y de unión de los trabajadores, se destacó la labor tesonera y entusiasta de la entidad madre de los obreros argentinos, la Confederación General del Trabajo, que como fiel intérprete de las enseñanzas del general Perón supo llegar a cada trabajador para inculcarle la noción de sus derechos y de sus deberes, y supo remover todos los prejuicios y los temores que el viejo régimen había sembrado en la masa trabajadora como cizaña que impidiera todo acercamiento y toda organización. La Confederación General del Trabajo triunfó por sobre todas las dificultades y afianzó, con la solidez que hoy podemos comprobar, este alto espíritu de organización gremial, bajo su orientación prudente y señera, y dentro del más fiel respeto a las normas de la doctrina nacional peronista.

El sector minoritario ha hecho objeciones más de forma que de fondo al proyecto en discusión.

No voy a entrar a considerar las observaciones formuladas por el señor diputado Ravignani. El mismo ha expresado que las disidencias que planteaba eran meramente formales. Quizá por mi condición de ser, precisamente, representante del territorio que se está por provincializar —hecho trascendente en especial para los territorianos— es que subestimo más de lo necesario cualquier objeción —con mayor razón si es de carácter formal— que tienda siquiera a sombrear este instante luminoso del advenimiento de una nueva provincia argentina. Eso para mí es lo fundamental, que toca tan hondo mi sensibilidad territorialiana, y si no pretendo rebatir las apreciaciones del señor diputado sobre un tema ya dilucidado profundamente por esta Honorable Cámara, y hasta agotado en el día de ayer, quiero, no obstante, dejar expresada mi convicción personal de que el pueblo misionero, que con tantas ansias ha anhelado poder ejercitar el derecho de autodeterminación, dándose su propio gobierno, está compenetrado de los supremos ideales contenidos en los lineamientos básicos que señala la Carta Magna y en su auténtico sentir de pueblo, hoy reivindicado por el insigne conductor de la nueva Argentina.

En cuanto a la otra observación formulada por el sector de la minoría respecto de la aplicación del artículo 20 del proyecto, debo expresar mi profunda extrañeza ante esta observación, por cuanto los miembros del sector minoritario saben perfectamente que las actuales autoridades del territorio de Misiones fueron designadas conforme a lo establecido en la ley 1.532, que por esta ley queda derogada para el territorio de Misiones. En consecuencia, deberán cesar en sus funciones todas las autoridades que actúan en este momento. Ello no significa que no puede el Poder Ejecutivo designar a los mismos funcionarios, a los que actúan en este momento, como miembros de la intervención del territorio.

He querido con estas palabras bosquejar brevemente las principales manifestaciones de la vida de nuestro territorio. No he citado muchas, tal vez tan importantes como las que relaté, porque el tiempo de que dispongo reglamentariamente no me lo permite, y por no abusar de la gentileza de los señores diputados. Siento se me interponga este inconveniente, porque hubiera querido hacer una relación detallada de las fuerzas de la producción, del agro, de la industria y del comercio de Misiones. Hubiera querido hacer una reseña de la organización de las fuerzas vivas de nuestro territorio; pero solamente me limitaré a exponerlas a la consideración de la República como ejemplo de disciplina y de identificación con los postulados del segundo Plan Quinquenal de Perón, así como también a exaltar su promisorio porvenir fundado en la riqueza de nuestro suelo y en la generosidad de nuestro clima, que le brinda inmensas posibilidades.

Hubiera querido hacer también una referencia a las instituciones culturales, sociales o deportivas, pero solamente he de destacar que todas ellas enorgullecen a los habitantes, porque son centros que agrupan al pueblo según sus afinidades espirituales y donde se pone de manifiesto, en cada oportunidad, una bien arraigada sociedad, culta, noble y generosa en todas sus manifestaciones, integrada por hombres que han formado sus hogares en el culto del trabajo y de los sagrados principios del cristianismo, como el mejor tesoro para ellos, para sus hijos y para sus esposas. Hubiera querido hablar de sus institutos educacionales, de sus escuelas y de sus nobles y prestigiosos maestros; pero solamente he de rendir mi mejor homenaje al abnegado maestro que con clara conciencia patriótica cumple su sagrada misión, venciendo todas las dificultades de tiempo y distancia y que, en aquellas soledades del monte y de la selva, ha cumplido y cumple con dignidad la delicada misión con que la patria lo ha destinado como formador de la mente y del espíritu de nuestra niñez.

Nuestro pueblo es, por sobre todas las cosas, honesto y trabajador. Su mayor preocupación es el progreso constante de nuestra patria chica, y para contribuir a él no hay un solo habitante que escatime un esfuerzo, que no contribuya con sus mejores fuerzas, que no brinde sus mejores energías, y que no dé lo mejor de su inteligencia para ver a Misiones cada día más grande y con mayor potencialidad.

Yo he visto en nuestro pueblo las más espléndidas demostraciones de desprendimiento y de renunciamento personal en favor del bienestar general. Es un pueblo vigoroso, activo, abnegado e incansable trabajador. Es una inmensa colmena donde cada uno trabaja para su felicidad personal y para el bienestar de su

familia, pero también donde todos coinciden en brindar sus mejores esfuerzos en beneficio del progreso general. Ese es nuestro pueblo, generoso en sus manifestaciones, humilde en su vida, modesto en sus ambiciones, democrático en sus acciones públicas, pero —eso sí, señor presidente— altivo y valiente en la defensa de sus intereses. Ese es el pueblo de Misiones que hoy y en estos instantes, precisamente, está de pie, esperando ansioso, pero tranquilo y sereno, el voto de esta Honorable Cámara en favor de su provincialización: ansioso porque es un anhelo por largos años esperado y que está arraigado en lo más profundo de sus entrañas; tranquilo y sereno porque sabe que el alto espíritu de patriotismo y de justicia que reina en esta Cámara peronista habrá de reconocerle los méritos que conquistó en su trayectoria limpiada y brillante. Y mañana, señor presidente, cuando en los albores del primer día de la nueva provincia ese pueblo continúe tesonosamente forjando las primeras conquistas del nuevo estado, todos hemos de repetir las palabras que pronunciara el santo apóstol del cristianismo cuando exigía, para reconocer a Jesús, poner sus propias manos sobre las heridas del crucificado, porque mañana, señor presidente, todos habremos palpado lo que para nosotros en este momento significa la mejor realidad peronista, y todos llevaremos por siempre el agradecimiento permanente al gran conductor argentino, general Perón. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

Sr. Presidente (Benítez). — Corresponde votar en general el despacho en discusión.

Sr. Miel Asquía. — Pido la palabra para proponer la forma de la votación.

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Miel Asquía. — Propongo que la votación en particular se haga en un título único que abarque todas las disposiciones contenidas en el proyecto de ley.

Sr. Presidente (Benítez). — Si hay asentimiento, así se hará.

—Asentimiento.

Sr. Presidente (Benítez). — Se votará en particular el proyecto de ley como título único.

Sr. Miel Asquía. — Solicito, señor presidente, que la votación en general se haga nominalmente.

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia desea saber si está suficientemente apoyado el pedido de votación nominal.

—Resulta suficientemente apoyado.

Sr. Presidente (Benítez). — Se votará nominalmente.

Sr. Ravignani. — Pido la palabra, para una brevísima aclaración.

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Ravignani. — La representación radical no va a insistir en que se nos permita sostener nuestra disidencia en la deliberación en particular; pero entendemos que, con las exposiciones de los miembros de nuestro sector que han intervenido en la discusión en general, han quedado expuestos los fundamentos de nuestra disidencia, y afirmamos que nuestras observaciones no han sido refutadas por ninguno de los representantes de la mayoría.

Sr. Miel Asquía. — Es una opinión personal del señor diputado.

Sr. Presidente (Benítez). — Se va a votar en general el proyecto de ley.

—Se practica la votación nominal.

Sr. Prosecretario (Pardo). — Ha resultado afirmativa por unanimidad de 135 votos.

Votan por la afirmativa los señores diputados: Acosta, Acuña, Aguilar de Medina, Albarelllos, Albrieu, Alende, Alonso, Alvarado de Blanco Silva, Alvarez, Argumedo de Pedroza, Arias, Astorgano, Atala, Balbi, Bidegain, Biondi, Blasi, Brigada de Gómez, Brizuela, Bustos Fierro, Campano, Camus, Cantore, Carballido, Carreras, Carrizo, Castagnino, Casuccio, Caviglia de Boeykens, Clement, Cobelli, Chalup, Dacunda, Da Rocha, Degliuomini de Parodi, Deimundo, Del Río, De Prisco, Díaz de Vivar, Di Bernardo, Diskin, D'Jorge, Domínguez (R.), Dussaut, Espejo de Ramos, Fassi, Fernández (E.), Fernández (H. S.), Ferrer Zanchi, Flores, Fontana, Forteza, Gaeta de Iturbe, Gago, Gallo, García, Gianola, Gobello, Goitia, Gómez, González (A. F.), González (V.), Gramajo, Gro, Hermida, Idománico, Labanca, Lanfossi, Latella Frías, Loguercio, López (G.), López (N.), López (P.), López (P. G.), Luna, Macabate, Macri, Marcó, Martínez, Mattis, Merlo, Messina, Miel Asquía, Miguel de Tubío, Montes, Moreno, Moreschi, Moya, Musacchio, Nudelman, Ordóñez Pardal, Orlandi, Ortiz de Sosa Vivas, Osella Muñoz, Otero, Pallanza, Parino, Paz, Pelerano, Peralta, Perette, Pérez Otero, Pericás, Piovano de De Castro, Posada, Pracánico, Presta, Ravignani, Rinaldi, Rocamora, Roche, Rodríguez (C. E.), Rodríguez (M. F.), Rodríguez de Copa, Rouggier, Rumbo, Sáinz, Salaver, Salvo, Santucho, Scandone, Siboldi, Spachessi, Tejada (B. M.), Tejada (M. U.), Tesorieri, Tofanelli, Tommasi, Torterola de Roselli, Ulloa, Vergara, Villafañe, Villa Maciel, Weidmann y Zerega.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración en particular, como título único, el proyecto de ley.

Si hay asentimiento, se prescindirá de la lectura del texto de los artículos.

—Asentimiento.

Sr. Presidente (Benítez). — Se prescindirá de la lectura.

Sr. Ravignani. — Si me permite el señor presidente...

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Ravignani. — Deseo que quede constancia de que votaremos por la afirmativa, y de que nuestras disidencias parciales están establecidas en el despacho de comisión que hemos suscrita y en las exposiciones con que hemos fundado esas disidencias.

Sr. Presidente (Benítez). — Quedará constancia de las manifestaciones del señor diputado por la Capital.

Se va a votar en particular el proyecto de ley, como título único.

—Resulta afirmativa de 115 votos; votan 124 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Queda sancionado el proyecto de ley (1). (*Aplausos.*)

Se va a votar si se incorpora al Diario de Sesiones la inserción solicitada por el señor diputado por la Capital.

—Resulta afirmativa de 99 votos; votan 124 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Se hará la inserción solicitada (2).

Se va a votar si se incorpora al Diario de Sesiones la inserción solicitada por el señor diputado por Buenos Aires.

—Resulta negativa de 108 votos; votan 125 señores diputados.

Sr. Aguilar de Medina. — Pido la palabra para formular una moción de orden.

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra la señora diputada por Salta.

Sra. Aguilar de Medina. — Hago moción de que se pase a cuarto intermedio, para reanudar la sesión el próximo miércoles a la hora habitual.

Sr. Presidente (Benítez). — Se va a votar la moción de la señora diputada por Salta.

—Resulta afirmativa de 101 votos; votan 122 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Invito a la Honorable Cámara a pasar a cuarto intermedio.

—Se pasa a cuarto intermedio a la hora 13 y 20.

(1) Véase el texto de la sanción en la página 2459.
(2) Véase la inserción en la página 2460.

2

APENDICE

I

SANCIONES DE LA HONORABLE CAMARA

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Declárase provincia, de acuerdo con lo dispuesto en los artículos 13 y 68, inciso 14 de la Constitución Nacional, al territorio nacional de Misiones.

Art. 2º — La nueva provincia tendrá los límites actuales fijados para el territorio nacional de Misiones.

Art. 3º — El Poder Ejecutivo nacional procederá a convocar la convención constituyente, que se reunirá en la ciudad capital del territorio.

Art. 4º — La elección de convencionales se efectuará de acuerdo a la ley nacional de elecciones y sobre la base del Registro Nacional de Electores y tendrá lugar en la misma fecha en que se realice la próxima elección de renovación del Poder Legislativo de la Nación.

Art. 5º — Se elegirán 15 convencionales a razón de uno por circunscripción, aplicando el sistema electoral para elegir diputados nacionales vigente en el momento de la convocatoria.

Art. 6º — Para ser convencional se requiere ser argentino nativo y reunir los demás requisitos y calidades que para ser diputado de la Nación. Los convencionales gozarán, mientras dure su mandato, de las mismas prerrogativas e inmunidades que los diputados nacionales y recibirán en concepto de compensación de gastos la suma de siete mil pesos moneda nacional (\$ 7.000.00) por todo el término de su actuación.

Art. 7º — El cargo de convencional es compatible con el de miembro de cualquiera de los poderes de la Nación.

Art. 8º — La convención deberá terminar su cometido dentro de los 90 días de su instalación y no podrá prorrogar su mandato.

Art. 9º — La convención dictará una constitución bajo el sistema representativo, republicano, de acuerdo con los principios, declaraciones y garantías de la Constitución Nacional y que asegure la administración de justicia, el régimen municipal, la educación primaria y la cooperación requerida por el gobierno nacional a fin de hacer cumplir la Constitución Nacional y las leyes de la Nación que en su consecuencia se dicten.

Deberá igualmente asegurar los derechos, deberes y garantías de la libertad personal, así como los derechos del trabajador, de la familia, de la ancianidad y de la educación y la cultura, estableciendo, además, el carácter de función social de la propiedad, del capital y de la actividad económica. Sus principios no pueden ser contrarios a la Constitución

Nacional ni a las declaraciones de la independencia política y económica.

Art. 10. — Toda la legislación vigente en el territorio en el momento de su admisión como provincia quedará en vigor en el nuevo Estado hasta que sea derogada o modificada por la respectiva Legislatura, salvo que el cambio o modificación provenga de la presente ley o de la constitución de la nueva provincia.

Art. 11. — Pasarán al dominio de la nueva provincia los bienes que estando situados dentro de los límites territoriales de la misma pertenezcan al dominio público de la Nación, como así también las tierras fiscales y bienes privados de ella, excepto aquellos que necesite destinar a un uso público o servicio público nacionales. En este caso la excepción respectiva podrá ser establecida por la ley de la Nación dentro de los tres años de promulgada la presente ley.

Art. 12. — Mediante convenios entre la nueva provincia y la Nación se determinará cuáles escuelas públicas pasarán a depender de aquéllas.

Art. 13. — La nueva provincia procederá a la organización de su Poder Judicial. Cuando se haya procedido a la organización del Poder Judicial local, le serán transferidas las causas tomando en consideración las reglas generales legales que rijan las jurisdicciones respectivas. Igualmente le serán transferidos todos los legajos, registros y actas correspondientes a las causas pendientes.

Art. 14. — Una vez organizada la justicia provincial, habrá dos jueces nacionales de primera instancia, uno de la capital y otro en Eldorado.

Art. 15. — Mientras la nueva provincia no dicte sus propias disposiciones tributarias continuarán en vigencia los impuestos, tasas y contribuciones que rijan al tiempo de su provincialización.

Art. 16. — El gobierno de la Nación continuará percibiendo todos los impuestos y pagando todos los servicios administrativos con arreglo al presupuesto del territorio y a las disposiciones que por esta ley se dictan, hasta seis meses posteriores al día en que se constituyan las autoridades provinciales, sin perjuicio de las transferencias parciales o totales que pudieran hacerse a la nueva provincia antes de la fecha indicada. Este plazo podrá ser prorrogado por acuerdo entre el Poder Ejecutivo nacional y el gobierno provincial.

Una vez que se haya organizado la nueva administración como asimismo el Poder Judicial, se hará la liquidación correspondiente a lo cobrado por las diferentes contribuciones.

Art. 17. — El gobierno de la nueva provincia convendrá con el Poder Ejecutivo nacional las transferencias de los registros y demás antecedentes rela-

tivos a impuestos por conducto del Ministerio de Hacienda de la Nación.

Art. 18. — El Poder Ejecutivo nacional efectuará la entrega de los distintos servicios administrativos con sus derechos y propiedades, créditos, activos y pasivos que deban pasar a la nueva provincia por conducto del ministerio respectivo. A tal fin se establecerá la forma y oportunidad de la entrega y las obligaciones a que hubiere lugar.

Art. 19. — A los funcionarios, empleados y obreros que pasen a depender de la administración de la nueva provincia, cualquiera sea el modo de la prestación de sus servicios y la forma de pago, se les reconocerá:

- a) Identidad de jerarquía y sueldo;
- b) Aportes realizados; y
- c) Término, condiciones y monto jubilatorio.

A todos estos efectos la Nación celebrará con la nueva provincia los convenios respectivos.

Art. 20. — Dentro de los treinta días de promulgada la presente ley, el Poder Ejecutivo nacional designará comisionado en la nueva provincia, cesando el gobernador del territorio. El comisionado asegurará la continuidad de los servicios públicos locales y estructurará la futura administración provincial con arreglo a las disposiciones de esta ley y a las que oportunamente dicte la Convención Constituyente.

Art. 21. — A fin de cumplimentar lo dispuesto en el artículo anterior, el comisionado instalará de inmediato los ministerios de Gobierno, Economía y Asuntos Sociales, y organizará la administración y la justicia locales con arreglo a las instrucciones que

le impartirá el Poder Ejecutivo nacional por conducto del Ministerio del Interior, y ulteriormente según las normas que establezca la Constitución de la nueva provincia.

Someterá a la aprobación del Poder Ejecutivo nacional el presupuesto de gastos de la provincia y propondrá, asimismo, la asimilación por parte de la administración local de todas las oficinas nacionales con asiento en el territorio, las que deberán transferirse gradualmente a la provincia en todo cuanto no sea materia de competencia federal. A los fines establecidos en este artículo, el comisionado queda autorizado para convenir dichas transferencias con los ministerios respectivos.

Art. 22. — Organizada la administración local, el Poder Ejecutivo nacional convocará a elecciones para que la nueva provincia designe sus autoridades. Una vez constituidas éstas, cesará toda intervención de los poderes nacionales en los asuntos de orden provincial.

Art. 23. — Los senadores y diputados nacionales se elegirán simultáneamente y en el mismo acto en que se elijan las autoridades provinciales. El Poder Ejecutivo nacional fijará los límites de las circunscripciones para esta elección de diputados.

Art. 24. — Los delegados del territorio nacional de Misiones cesarán al tiempo de la incorporación al Congreso Nacional de los diputados electos por la nueva provincia.

Art. 25. — Los gastos que demande el cumplimiento de la presente ley se atenderán de rentas generales con imputación a la misma.

Art. 26. — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

II

ASUNTOS ENTRADOS

Despachos de comisión

ASUNTOS CONSTITUCIONALES Y DE TERRITORIOS NACIONALES:

En el proyecto de ley del Poder Ejecutivo por el que se declara provincia al territorio nacional de Misiones.

—A la orden del día.

III

INSERCIÓN SOLICITADA POR EL SEÑOR DIPUTADO NUDELMAN

Reglamento dictado por Belgrano para el régimen político y administrativo de los pueblos de Misiones (la primera Constitución argentina):

A consecuencia de la proclama que expedit para hacer saber a los naturales de los pueblos de Misiones que venía a restituirlos a sus derechos de libertad, propiedad y seguridad, de que por tantas generaciones han estado privados, sirviendo única-

mente para las rapiñas de los que han gobernado, como están de manifiesto hasta la evidencia, no hallándose una sola familia que pueda decir: «Estos son los bienes que he heredado de mis mayores», y cumpliendo con las intenciones de la Excma. Junta de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y a virtud de las altas facultades que como a su vocal representante me ha conferido, he venido en determinar los siguientes artículos, con que acredito que mis palabras no son las del engaño ni alucina-

miento con que hasta ahora se ha tenido a los desgraciados naturales bajo el yugo de fierro, tratándolos peor que a las bestias de carga, hasta llevarlos al sepulcro entre los horrores de la miseria e infelicidad, que yo mismo estoy palpando con ver su desnudez, sus lívidos aspectos y los ningunos recursos que les han dejado para subsistir:

Primero: Todos los naturales de Misiones son libres; gozarán de sus propiedades y podrán disponer de ellas como mejor les acomode, como no sea atendando contra sus semejantes.

Segundo: Desde hoy les liberto del tributo; a todos los 30 pueblos y sus respectivas jurisdicciones les exceptúo de todo impuesto por el espacio de diez años.

Tercero: Concedo un comercio franco y libre de todas sus producciones, incluso la del tabaco, con el resto de las provincias del Río de la Plata.

Cuarto: Respecto a haberse declarado en todo iguales a los españoles que hemos tenido la gloria de nacer en suelo americano, les habilito para todos los empleos civiles, políticos, militares y eclesiásticos, debiendo recaer en ellos como en nosotros los empleos del gobierno, milicia y administración de sus pueblos.

Quinto: Estos se delinearán a los vientos Nordeste, Sudoeste, Noroeste y Sudeste, formando cuadras de cien varas de largo y veinte de ancho, que se repartirán en tres suertes cada una, con el fondo de cincuenta varas.

Sexto: Deberán construir sus casas en ellos todos los que tengan poblaciones en la campaña, sean naturales o españoles, y tanto unos como otros podrán obtener los empleos de la República.

Séptimo: A los naturales se les darán gratuitamente las propiedades de las suertes de tierra que se les señalen, que en el pueblo será un tercio de cuadra y en la campaña según las leguas y calidad de tierras que hubiere en cada pueblo su suerte, que no haya de pasar de legua y media de frente y dos de fondo.

Octavo: A los españoles se les venderá la suerte que desearan en el pueblo después de acomodados los naturales, e igualmente en la campaña, por precios moderados, para formar un fondo con que atender a los objetos que más adelante se dirá.

Noveno: Ningún pueblo tendrá más de siete cuadras de largo y otras tantas de ancho, y se les señalará por campo común dos leguas cuadradas, que podrán dividirse en suertes de dos cuadras, que se han de arrendar a precios muy moderados, que han de servir para el fondo antedicho, con destino a huertas u otros sembrados que más les acomodase, y también para que en lo sucesivo sirvan para propios de cada pueblo.

Décimo: Al Cabildo de cada pueblo se le ha de dar una cuadra que tenga frente a la Plaza Mayor, que de ningún modo podrá enajenar ni vender y sólo sí edificar, para con los alquileres atender los objetos de su instituto.

Undécimo: Para la Iglesia se han de señalar dos suertes de tierra en el frente de la cuadra del Cabildo, y como todos o los más de ellos tienen sus templos ya formados, podrán éstos servir de guía para la delineación de los pueblos, aunque no sea tan exacta a los vientos que dejo determinados.

Duodécimo: Los cementerios se han de colocar fuera de los pueblos, señalándose en el ejido una cuadra para ese objeto, que haya de cercarse y cu-

birse con árboles, como hoy los tienen en casi todos los pueblos, desterrando la absurda costumbre, prohibida absolutamente, de enterrarse en las iglesias.

Décimotercero: El fondo que se ha de formar con los artículos octavo y noveno, no ha de tener otro objeto que el establecimiento de escuelas de primeras letras, artes y oficios, y se han de administrar sus productos después de afincar los principales, como dispusiere la Excm. Junta o el Congreso de la Nación, por los Cabildos de los respectivos pueblos, siendo responsables de mancomún *et in sólum* los individuos que los compongan, sin que en ello puedan tener otra intervención los gobernantes que la del mejor cumplimiento de esta disposición, dando parte de su cumplimiento para determinar al Superior Gobierno.

Décimocuarto: Como el robo había arreglado los pesos y medidas para sacrificar más y más a los infelices naturales, señalando 12 onzas a la libra, y así en lo demás, mando que se guarden los mismos pesos y medidas que en la gran capital de Buenos Aires, hasta que el Superior Gobierno determine en el particular lo que hubiere conveniente, encargando a los corregidores y Cabildos que celen el cumplimiento de este artículo, imponiendo la pérdida de sus bienes y extrañamiento de la jurisdicción a los que contravinieren a él, aplicando aquéllos a beneficio del fondo para escuelas.

Décimoquinto: Respecto de que a los curas satisfice el Erario el sínodo conveniente, y en lo sucesivo pagará por espacio de diez años el de otros ramos, que es el espacio que he señalado para que estos pueblos no sufran gabela ni derecho de ninguna especie, no podrán llevar derechos de bautismos ni entierro, y, por consiguiente, los exceptúo de pagar cuartas a los obispos de las respectivas diócesis.

Décimosexto: Cesan desde hoy en sus funciones todos los mayordomos de los pueblos, y dejo al cargo de los corregidores y Cabildos la administración de lo que haya existente y el cuidado del cobro de arrendamientos de tierras, hasta que esté verificado el arreglo, debiendo conservar los productos en arca de tres llaves, que han de tener el corregidor, el alcalde de primer voto y el síndico procurador, hasta que se les dé el destino conveniente, que no ha de ser otro que el fondo para las escuelas.

Décimoséptimo: Respecto a que las tierras de los pueblos estén intercaladas, se hará una masa común de ellas y se repartirán a prorrata entre todos los pueblos, para que unos y otros puedan darse la mano y formar una provincia respetable de las del Río de la Plata.

Décimooctavo: En atención a que nada se haría con repartir tierras a los naturales si no se les hacían anticipaciones, así de instrumentos para la agricultura como de ganado para el fomento de las crías, recurriré a la Excm. Junta para que abra una subscricción para el primer objeto y conceda los diezmos de la Cuatropea de los partidos de Entre Ríos para el segundo, quedando en aplicar algunos fondos de los insurgentes que permanecieren resistentes en contra de la causa de la patria a objetos de tanta importancia, y que tal vez son habidos del sudor y sangre de los naturales.

Décimonoveno: Aunque no es mi ánimo desterrar el idioma nativo de estos pueblos, pero como es preciso que sea fácil nuestra comunicación, para el mejor orden prevengo que la mayor parte de los

Cabildos se han de componer de individuos que hablen el castellano, y particularmente el corregidor, el alcalde de primer voto, el síndico procurador y un secretario que haya de extender las actas en castellano.

Veinte: La administración de justicia queda al cargo del corregidor y alcaldes, conforme por ahora a la legislación que nos gobierna, concediendo las apelaciones para ante el Superior Gobierno de los 30 pueblos y de éste para ante el Superior Gobierno de las provincias en todo lo concerniente a gobierno y a la Real Audiencia en lo contencioso.

Veintiuno: El corregidor será el presidente del Cabildo, pero con un voto solamente, y entenderá en todo lo político, siempre con dependencia del gobernador de los 30 pueblos.

Veintidós: Subsistirán los departamentos que existen con las subdelegaciones, que han de recaer precisamente en hijos del país para la mejor expedición de los negocios que se encarguen por el gobernador, los que han de tener sueldo por la Real Hacienda, hasta tanto que el Gobierno resuelva lo conveniente.

Veintitrés: En cada capital del departamento se ha de reunir un individuo de cada pueblo que lo compone, con todos los poderes para elegir un diputado que haya de asistir al Congreso Nacional, bien entendido que ha de tener las calidades de probidad y buena conducta, ha de saber hablar el castellano, y que será mantenido por la Real Hacienda en atención al miserable estado en que se hallan los pueblos.

Veinticuatro: Para disfrutar la seguridad, así interior como exteriormente, se hace indispensable que se levante un Cuerpo de milicias, que se titulará «Milicia patriótica de Misiones», en que indistintamente serán oficiales así los naturales como los españoles que vinieren a vivir en los pueblos, siempre que su conducta y circunstancias los hagan acreedores a tan alta distinción; en la inteligencia de que ya estos cargos tan honrosos no se dan hoy al favor ni se prostituyen como lo hacían los déspotas del antiguo Gobierno.

Veinticinco: Este Cuerpo será una legión completa de infantería y caballería, que irá disponiéndose por el gobernador de los pueblos, igualmente que el Cuerpo de artillería, con los conocimientos que se adquieran de la población, y están obligados a servir en ella, según el arma a que se les destine, desde la edad de dieciocho años hasta los cuarenta y cinco, bien entendido que su objeto es defender la patria, la religión y sus propiedades, y que siempre que se hallen en actual servicio se les ha de abonar a razón de 10 pesos al mes al soldado, y en proporción a los cabos, sargentos y oficiales.

Veintiséis: Su uniforme para la infantería es el de patricios de Buenos Aires, sin más distinción

que un escudo blanco en el brazo derecho, con esta cifra: «M. P. de Misiones»; y para la caballería, el mismo, con igual escudo y cifras, pero con la distinción de que llevarán casacas cortas y vuelta azul.

Veintisiete: Hallándome cerciorado de los excesos horrosos que se cometen por los beneficiadores de la yerba, no sólo talando los árboles que la traen, sino también con los naturales, de cuyo trabajo se aprovechan sin pagárselo, y además hacen padecer con castigos escandalosos, constituyéndose jueces en causa propia, prohibo que se pueda cortar árbol ninguno de la yerba, so la pena de 10 pesos por cada uno que se cortare, a beneficio, la mitad, del denunciador, y la otra mitad, para el fondo de las escuelas.

Veintiocho: Todos los conchavos con los naturales se han de contratar ante el corregidor o alcalde del pueblo donde se celebren, y se han de pagar en tabla y mano, en dinero efectivo, o en efectos, si el natural quisiere, con un 10 por 100 de utilidad, deducido el principal y gastos que tengan desde su compra, en la inteligencia de que, no ejecutándose así, serán los beneficiadores de yerbas multados por la primera vez en 100 pesos, por la segunda con 500 y por la tercera embargados sus bienes y desterrados, destinando aquellos valores por la mitad al denunciante y fondo de escuelas.

Veintinueve: No les será permitido imponer ningún castigo a los naturales, como me consta lo han ejecutado con la mayor iniquidad, pues si tuvieren de qué quejarse concurrirán a sus jueces para que les administren justicia, so la pena que si continuaren en tan abominable conducta y levantara el palo para cualquier natural, serán privados de todos sus bienes, que se han de aplicar en la forma dicha arriba, y si usaren el azote serán penados hasta con el último suplicio.

Treinta: Para que todas estas disposiciones tengan todo su efecto, reservándome por ahora el nombramiento de sujetos que hayan de encargarse de la ejecución de varias de ellas y lleguen a noticia de todos los pueblos, mando que se saquen copias para dirigir al gobernador D. Tomás de Rocamora y a todos los Cabildos para que se publiquen en el primer día festivo, explicándose por los padres curas antes del ofertorio y notoriándose por las respectivas jurisdicciones de los predichos pueblos hasta los que vivan más remotos de ellos. Remítase igualmente copia a la Excma. Junta provincial gubernativa de las provincias del Río de la Plata para su aprobación, y archívese en los Cabildos los originales para el gobierno de ellos y celo de su cumplimiento.

Fecho en el Campamento de Tacuarí, a treinta de diciembre de mil ochocientos diez. — (Fdo.): Manuel Belgrano.